



**La representación social del habitante de la calle
en el Centro Histórico de la Ciudad de México**

Proyecto de tesina realizado por:
Mónica Jacqueline Nieves López
2143012446

María de los Ángeles Rosas Herrera
2142016897

Asesora de tesis:
Dra. Martha Lilia de Alba González

Lector:
Dr. Raúl Romero Ruiz

Fecha de entrega
Agosto / 2018

**Representación social sobre el habitante de la calle
en el Centro Histórico de la CDMX**

María de los Ángeles Rosas Herrera
2142016897

Mónica J. Nieves López
2143012446

ÍNDICE

Introducción (Planteamiento del problema: justificación, pregunta de investigación y objetivos a grandes rasgos)

I. Conceptos claves: Exclusión, representaciones sociales, habitante de la calle, habitación y apropiación del espacio.

- 1.1 ¿Por qué enfocarnos en “el Habitante de la calle”?
 - 1.1.1 Un caso de exclusión social y vulnerabilidad
 - 1.1.2 Diversas conceptualizaciones
 - 1.1.3 Definición de “Habitante de la calle”
 - 1.1.4 El Habitante de la calle en el centro histórico de la ciudad de México
 - 1.1.5 ¿Qué es habitar el espacio?
 - 1.1.6 La apropiación del espacio público
- 1.2 ¿Qué es la exclusión?
 - 1.2.1 Posibles definiciones
 - 1.2.2 Vinculación con otros conceptos “afines”
 - 1.2.3 Tipos o formas de exclusión
 - 1.2.4 Implicaciones
 - 1.2.4.1 ¿Por qué existe la exclusión?
 - 1.2.4.2 ¿A quiénes afecta y cómo?
 - 1.2.4.3 El impacto de las políticas públicas frente a la estigmatización
 - 1.2.4.4 ¿Por qué es tan importante?, ¿qué dice de nosotros?
- 1.3 Estigma y discriminación
 - 1.3.1 Implicaciones
 - 1.3.2 Tipos y formas de discriminación
 - 1.3.3 La discriminación a partir de la idea del orden
- 1.4 ¿Qué son las representaciones sociales?
 - 1.4.1 Definición y ejemplos
 - 1.4.2 ¿Para qué nos sirven?

- 1.4.3 ¿De dónde vienen?
- 1.4.4 ¿Cómo podrían éstas propiciar o soslayar la exclusión, o bien, quizás también ser consecuencia de la misma?

II. Metodología

- 2.1 Planteamiento del problema
 - 2.1.1 Justificación
 - 2.1.2 Pregunta general de investigación
 - 2.1.2.1 Preguntas específicas
 - 2.1.3 Objetivos
 - 2.1.3.1 Objetivos específicos
- 2.2 ¿Qué hicimos? / Tipo de diseño y alcance de la investigación.
- 2.3 ¿Cómo se trabajó? / Descripción de los instrumentos o técnicas de recolección de datos.
 - 2.3.1 Observaciones de campo
 - 2.3.1.1 Características del instrumento
 - 2.3.2 Entrevistas
 - 2.3.2.1 Características del instrumento
 - 2.3.2.2 ¿Con quiénes se trabajó? / Descripción de los criterios de inclusión de la población.

III. Resultados

- 3.1 Descripción etnográfica de la Plaza Aquiles Serdán y la Plaza de la Conchita
 - 3.1.1 Plaza Aquiles Serdán
 - 3.1.1.1 Historia
 - 3.1.1.2 Cartografía del lugar
 - 3.1.1.3 Ocupantes y usos del lugar
 - 3.1.1.3.1 Habitantes de la calle
 - 3.1.1.3.2 Otros ocupantes
 - 3.1.2 Plaza de la Inmaculada Concepción de María
 - 3.1.2.1 Historia
 - 3.1.2.2 Cartografía del lugar
 - 3.1.2.3 Ocupantes y usos del lugar

3.1.2.3.1 Habitantes de la calle

3.1.2.3.2 Otros ocupantes

3.2 Representaciones sociales de los espacios ocupados por los habitantes de la calle: Plaza Aquiles Serdán y Plaza de la Conchita.

3.3 Formas de interacción de los habitantes de la calle: entre nosotros, con otros.

3.4 Representaciones sociales de los espacios ocupados por los habitantes de la calle: Plaza Aquiles Serdán y Plaza de la Conchita.

IV. Conclusiones

Bibliografía

INTRODUCCIÓN

Infortunadamente en la Ciudad de México, y en el mundo, la exclusión y marginación social han venido posicionándose como una de las problemáticas más importantes y crecientes, cuyas consecuencias se vislumbran ya desde hace tiempo e inciden negativamente y de forma directa en la vida de muchas personas que son objeto de las mismas y a quienes resulta cada vez más difícil lograr integrarse a los diferentes ámbitos de la vida social de las comunidades, viéndose frustradas sus oportunidades de empleo, su desarrollo y su bienestar.

Uno de los territorios en los que más alcanza a evidenciarse este problema es el Centro histórico de la Ciudad de México –particularmente la delegación Cuauhtémoc de la capital– en cuyos escenarios innegablemente muchas veces la miseria, la precariedad y abandono se

contrastan con la opulencia, la exuberancia y lo “culto” (Red de Investigaciones y Estudios Avanzados en Trabajo Social A. C., 2016).

A partir de esto último consideramos pertinente e incluso indispensable tratar de abordar la problemática desde una perspectiva psicosocial sin dejar de lado, por ello, algunas contribuciones interdisciplinarias, que posibiliten una mejor comprensión de la misma. De modo que la motivación y objetivo del presente trabajo radican en el interés de conocer la o las representaciones sociales existentes en torno a los Habitantes de la Calle y del espacio o lugar que estos ocupan en la delegación Cuauhtémoc de la CDMX.

Queremos dar cuenta de cómo quienes habitan la calle son representados socialmente, qué es lo que se piensa de ellos, y cómo ello quizás también influye en la percepción de los sitios que frecuentan e incluso en el trato que reciben. Lo anterior precisamente, en vías de buscar una mayor aproximación al fenómeno de la exclusión del Habitante de la calle.

Pese a que indiscutiblemente existen diversas investigaciones respecto a la exclusión y marginación son pocas las que abordan específicamente el caso de poblaciones en situación de calle en la CDMX desde los anteojos de la psicología social.

I. Conceptos claves: Exclusión, discriminación, representaciones sociales, habitante de la calle, habitación y apropiación del espacio.

1.1 ¿Por qué enfocarnos en el Habitante de la calle?

Este apartado, y nuestro trabajo de investigación en sí, se centran en las personas que viven y sobreviven en las calles de la ciudad de México en tanto que se ven expuestas a sufrir diversas formas de exclusión. Nuestro interés respecto a estas personas radica en conocer la representación que tienen los otros sobre ellas y del espacio que ocupan –considerando que aparentemente a veces su presencia pasa “desapercibida”, pese a que es notable–.

Comenzaremos describiendo aquí cuáles son las condiciones socioeconómicas de la vida de las personas que residen en las calles y por las que consideramos a esta nuestra población de interés. Después hablaremos acerca de las distintas formas en las que se ha intentado conceptualizar a estas poblaciones, haciendo un balance sobre ellas y justificando por qué consideramos la de «habitantes de la calle» la más pertinente. Haremos luego un esfuerzo por retomar algunas investigaciones previas sobre exclusión y poblaciones callejeras realizadas en los últimos años, con el fin de orientar nuestro trabajo. Y, finalmente, describiremos qué significa «habitar» y «apropiarse» del espacio público y algunas de sus implicaciones.

1.1.1 Un caso de exclusión social y vulnerabilidad

Como veremos en el apartado 2.2.4.1, han sido varias explicaciones propuestas para dar cuenta del fenómeno de la exclusión social, pero, en el caso de los y la habitantes de la calle, independientemente de que sean estructurales o voluntarios los motivos por las que llegan y permanecen en las calles, lo cierto es que ese contexto muchas veces los coloca en una condición de vulnerabilidad.

Lo anterior porque generalmente se ven desprovistos de los recursos necesarios o al menos suficientes para subsistir dignamente. Para obtenerlos eventualmente pueden verse forzados a incurrir en conductas delictivas u ocuparse en trabajos demandantes o que ponen en riesgo su integridad (Pérez, 2012).

Además –al menos que acudan a algún albergue o institución– suelen estar expuestos a las inclemencias del clima, a la delincuencia, a las adicciones, a los programas de “limpieza social” y/o a la intolerancia de la gente. Enfrentan procesos de segregación y marginación social, la transgresión de sus derechos y también la dificultad para insertarse en una red de apoyo, en algunos casos incluso dentro del mismo colectivo indigente (Navarro, 2011).

Los habitantes de la calle –como aseguran los autores Ossa (2005) y Bayón (2014) y como tuvimos oportunidad de corroborar durante nuestro trabajo de campo– son conscientes de sus limitaciones y desventajas y de los estereotipos negativos que se construyen sobre ellos y a su forma de vida (Bayón, 2014). Ellos generalmente perciben una asida indiferencia por

parte del resto de la sociedad y como consecuencia de ello tienen sentimientos de soledad e incluso de inferioridad (Cfr. Weason, 2006).

Según Correa (2007) –quien es secundado posteriormente por Mazattelle & Tomarchio (s.f.)– la exclusión a la que se ven expuestos los y las habitantes de la calle los coloca “fuera de lugar” y los califica negativamente:

“las personas que viven en la calle tienen un profundo sentido de marginalidad, de abandono, de no pertenecer a nada. Son como extraños en su propia tierra; perciben que lo establecido no es para ellos, sienten inferioridad y desvalorización personal con un escaso sentido de la historia, y viven un perpetuo presente” (p. 42).

Dado que los y las habitantes de la calle constituyen una de las poblaciones –si no es que la que más– mayormente susceptibles a sufrir alguna forma de discriminación, teniendo ésta severas implicaciones en su vida –independientemente de que decidieran o no voluntariamente vivir en la calle–, hemos querido enfocar este trabajo en ellos.

1.1.2 Diversas conceptualizaciones

Las definiciones propuestas para referirse a las personas que viven en las calles son variadas y de carácter dinámico.

Bibliográficamente se les ha denominado «homeless», en el caso del idioma inglés; «personas de la calle»; «personas en situación de calle»; «indigentes»; «sin techo»; «callejeros»; «pobladores de la calle» –sin contar aún las diferentes denominaciones ideadas para distinguir entre niños, adolescentes, adultos y ancianos–; y, generalmente desde la cultura popular, como «vagabundos», «pordioseros», «teporochos» o «mendigos», por nombrar algunos. Pero el que consideraremos más oportuno es el término «habitante de la calle», en cuya definición ahondaremos en el siguiente apartado.

Sin embargo no está de más hacer un breve balance sobre algunos de los conceptos que antes hemos mencionado para esclarecer algunas dudas que puedan surgir sobre lo que cada uno sugiere y que ello nos permita justificar con mayor claridad el que hayamos elegido el de «habitante de la calle».

El término *homeless*, por ejemplo, es traducido llanamente por el diccionario de Oxford como “aquella persona sin un hogar, que usualmente vive en la calle”. Algo similar reseña el de *sin techo* (Calcagno, 1999). Y el de *indigente*, por su parte, refiere a aquella persona “incapaz de tener acceso a una vivienda adecuada y de mantenerla mediante el uso de sus propios recursos o con el apoyo de algún servicio social” (Barreat, 2007: 163).

Todas estas definiciones privilegian en su estructura el hecho de “no tener un lugar dónde vivir” como rasgo definitorio de la población de la que hablan y, de hecho, no es ese exactamente el caso de todos los que *habitan* la calle. Algunos sí tienen una casa y una familia a las cuales acudir, sólo que, por diferentes motivos, prefieren alojarse en la calle que suelen configurar como su hogar—. La noción de *indigente* sólo añade una referencia a la condición de pobreza de esa población, pero aún con ello, según esa definición, todo habitante de la calle es indigente, pero no todo indigente puede considerarse habitante de la calle.

Poblaciones callejeras es el término empleado por el Diagnóstico de Derechos Humanos del DF (2009) para designar a “quienes comparten la misma red de sobrevivencia y en conjunto han gestado una cultura callejera” (p.). Tal definición tiene un cierto grado de afinidad – como veremos después– con la concepción del *habitante de la calle*, pero no parece reconocer las diferencias de rasgos y necesidades que hay entre los niños, adultos y jóvenes que conforman esas poblaciones, lo que institucionalmente, creemos, sería importante y necesario.

El Hogar de Cristo y la Red de Trabajo con Personas en Situación de Calle (s.f) definen, en Chile, como *persona en situación de calle* (PSC) a aquella que sufre exclusión social, que carece de un hogar y de vínculos afectivos significativos (Pendiente completar referencia). Lo que la diferencia de la noción de *habitante de la calle* es que este último, lejos de carecer de vínculos significativos por residir en la calle, es en ella que muchas veces encuentra la posibilidad de hallarlos o formarlos.

Otros conceptos como los de «vagabundo», «descobijado» o «mendigo», aunque responden a rasgos a veces característicos de las personas que habitan la calle –porque con frecuencia tienen que desplazarse, no cuentan con recursos económicos suficientes o un techo que los resguarde y, para intentar soslayar algunas de sus necesidades, muchas veces se ven forzados

a pedir limosna— por sí solos sólo alcanzan a abarcar apenas una dimensión de lo que implica habitar y vivir en la calle. Además algunos de ellos tienden a tener una connotación negativa o despectiva. Por eso optamos por limitar su uso en nuestro trabajo.

1.1.3 Definición de Habitante de la calle

El *Habitante de la calle* es una “persona cuya vida se desenvuelve fundamentalmente en la calle, como espacio físico-social, donde resuelve sus necesidades vitales, construye relaciones afectivas y mediaciones socioculturales estructurando un estilo de vida” (Universidad de Antioquia, 2006: 6; citado en Correa, 2007: 40). «Habitar» se refiere a la forma en que se experimenta, se vive y se construye el espacio que se ocupa el espacio calle (Giglia, 2012).

En tanto que consideramos que vivir en la calle implica mucho más que la sola carencia de una vivienda, ha sido ésta la definición más acertada que hemos encontrado para referirnos a quienes por una u otra razón viven, crecen y se desenvuelven en la calle.

•

1.1.4 El Habitante de la calle en el Centro Histórico de la Ciudad de México

En los últimos años se ha hecho más evidente en muchos de los espacios que comprende el Centro Histórico la presencia constante de un mayor número de personas en situación de calle (Confr. Red de Investigaciones y Estudios Avanzados en Trabajo Social A. C., 2016:98), contrastándose la opulencia, la erudición y el folclore, con la precariedad y la indigencia.

Según el censo realizado por Iasis (2009) las principales delegaciones ocupadas por esta población son Cuauhtémoc, Benito Juárez, Miguel Hidalgo, Venustiano Carranza e Iztacalco. Todas, a excepción de esta última, forman parte del Centro Histórico de la Ciudad de México que actualmente es sede de una gran movilidad de personas y en él se concentran importantes fuentes económicas y un denso número de eventos, actividades turísticas, financieras y comerciales y sitios históricos, recreativos, artísticos y baluartes de nuestra cultura.

Posiblemente para quienes habitan la calle todas estas condiciones les ofrezcan mayores oportunidades para sobrevivir y por ello decidan permanecer allí.

Han sido varios los investigadores que se han interesado en el estudio del fenómeno de la exclusión de los niños, jóvenes, adultos o ancianos que se alojan en las calles del Centro Histórico de la capital. Algunos mostrando especial interés por conocer cómo estas poblaciones construyen, entre sí, redes de apoyo y una identidad a partir de su pertenencia a esas redes (Confr. Ossa, 2005). Otros, como Sara Makoswki (2007), prestan mayor atención a los significados y códigos de comunicación propios que dichas personas desarrollan o por el sentido de la vida que éstas tienen. Y también ha habido quienes se enfocan básicamente en las prácticas y estrategias de supervivencia que ellos despliegan para subsistir en las calles —entre ellos Strickland (2011), Pérez (2012) y Barragán (2012)—.

De modo que quienes se han ocupado del estudio de poblaciones callejeras lo han hecho intentando abordar diferentes puntos de interés y desde distintas perspectivas (generalmente la antropológica) y metodologías. Sin embargo, hasta dónde hemos podido comprobar, sólo trabajos como los de Ortega (2009), Navarro y Tamayo (2009), Tamayo y Londoño (2010), y el de Santillán y Palacios (2014) se han ocupado del estudio de la percepción popular que se tiene sobre las personas que viven en la calle.

Juan Manuel Zepeda (2005) hizo un trabajo etnográfico en el que describe algunos rasgos comunes en las condiciones de vida de personas en situación de calle en la Ciudad de México. Esto poniendo especial énfasis en las limitaciones o desventajas que ellas tienen y las penurias por las que pasan: abandono, hambre, frío, enfermedades que adquieren antes o durante su estancia en la calle, falta de acceso a servicios médicos y demás recursos necesarios para subsistir dignamente, sumados al maltrato y segregación que a veces sufren de la mano de las autoridades y transeúntes.

En el texto *“Ciudad de México: territorios de la exclusión”*, Makoswki (2007) hace un análisis en la Alameda en la Plaza de la Solidaridad sobre el uso y la reapropiación del espacio público de grupos de jóvenes que viven en la calle. Este estudio destaca cómo quienes habitan

la calle, a partir de su apropiación del espacio público –que consiste en ver este último como propiedad privada, es decir, vivirlo como un hogar–, le imprimen al lugar la huella de la exclusión y de la marginalidad. No obstante, ese espacio les permite socializar e interactuar con sus semejantes, posibilitándoles esto un amalgamiento social.

Por su parte Ruth Pérez (2012) realizó un arduo trabajo de investigación con niños y jóvenes “callejeros”–es así como suelen autodenominarse– principalmente en las colonias Santa Anita, en la delegación Iztacalco, y Niños Héroes, de la delegación Benito Juárez, entre octubre de 2003 y enero de 2005. Se trató de un estudio mixto que buscaba aproximarse a la perspectiva y las vivencias en la calle de los jóvenes y niños de esas poblaciones.

En su libro *“Vivir y sobrevivir en la Ciudad de México”* Pérez da cuenta de las diferentes adversidades y peligros –como el narcomenudeo u otras formas delictivas, la violencia física y emocional, violaciones y prostitución– a los que los niños y jóvenes entrevistados muchas veces habían estado forzados a enfrentar o adherirse para asegurar su supervivencia.

Sin embargo, pese a todo, la calle no siempre es vivida negativamente por todos y para algunos de ellos no sólo representa un punto de referencia sino también una oportunidad de integración –de «formar parte *de*» algo– e incluso fuente de reconocimiento, libertad, independencia y realización. La valoración de tales prerrogativas parecen arraigarlos más a la vida que llevan y que comparten en muchos aspectos con otros iguales a ellos.

La misma autora junto a Lucía Barragán (en *Nueva Antropología*, 2012), entre el año 2008 y el 2009, durante once meses, indagaron sobre las dinámicas, prácticas y estrategias sociales adoptadas por un grupo de jóvenes adultos indigentes –de entre 19 y 26 años– en las inmediaciones de la plaza Zarco, en la colonia Guerrero.

Hallando entonces que –coincidiendo en algunos aspectos con otros trabajos que estudian otras poblaciones– los jóvenes durante su estancia en la calle se apropian de un espacio –tendencialmente un lugar céntrico de la ciudad– y en él construyen lazos y relaciones afectivas que son un recurso para ellos, lo mismo que el consumo de sustancias psicoactivas que, según ellos, les valen para aminorar la pesadumbre o yugo de lo que implica vivir a la

intemperie. Además suelen ocuparse en actividades laborales informales y, generalmente, no por vivir en las calles se consideran meramente pobres ni dejan de ver definitivamente a sus familias. Y aunque en ocasiones de manera intermitente dejan de frecuentar la plaza por diferentes motivos, casi siempre regresan.

Estas prácticas y estrategias ineludiblemente inciden en el lugar en el que se encuentran ocupando, convirtiéndolo en un espacio de vida y transformando la concepción que se tiene del mismo, su significado e identidad y, a partir de ello, ellos también definen la suya, es decir: una identidad propia.

Habla también sobre la relación de los jóvenes con otros actores sociales, como con los policías que laboran en la zona –con los que muchas veces tienen roces porque son estos los encargados de “limpiar” el espacio público y mantenerlo libre de ellos– y los vecinos –que aunque, según ellos mismos describen, no miran con recelo su presencia, pero de alguna forma si procuran mantener distancia de ellos–.

Sin duda el trabajo de Pérez y otros afines contribuyen a una aproximación más a la realidad de quienes ocupan las calles para habitar en ellas. Pero vale la pena acotar, para evitar tergiversaciones o malas interpretaciones, que, desde nuestro punto de vista, el que algunos de los jóvenes y niños –y quizás otras poblaciones de la calle– hayan desarrollado un discurso que neutraliza las penurias a las que se ven expuestos en la calle, dando mayor peso a los “beneficios” que en ella encuentran –que pueden ser reales, pero, creemos, no suficientes para verdaderamente contrarrestar el arbitrio del que a veces ineludiblemente son objeto– no significa que ellos están absolutamente conformes o resignados frente a los escenarios menos favorables en los que casi siempre se enfrentan.

Tales narrativas pueden ser resultado de un razonamiento disonante que les permite, como un recurso de ellos, contrarrestar las dificultades de su vida.

Continuando, en 2010 Sara Makowski publicó *“Jóvenes que viven en la calle”*, resultado de un estudio antropológico realizado en la Colonia Centro de la Ciudad de México, apoyada

por recursos etnográficos, visuales y audiovisuales –los dos últimos proporcionados principalmente por los mismos jóvenes con los que estuvo trabajando–. En él evidencia que la calle tiene una doble función:

“Por una parte dota a los jóvenes de una identidad, «ser de la calle», y hace posible que sean interpelados y etiquetados como tales: por otra, hace patente el hecho de que vivir en la vía pública significa no tener domicilio fijo, no tener lugar, estar fuera de lugar” (ibíd., p.12).

A la par hace un registro sobre las vivencias biográficas de los jóvenes de la calle que entrevistó y daba cuenta sobre el significado que ellos atribuyen a algunas cosas; la forma en que construyen el propio espacio que ocupan; cómo la exclusión se impregna en su experiencia, memoria y cuerpo; y se ven forzados a desarrollar aprendizajes específicos y formas de supervivencia que se convierten en su único recurso frente a las distintas dificultades que deben sortear.

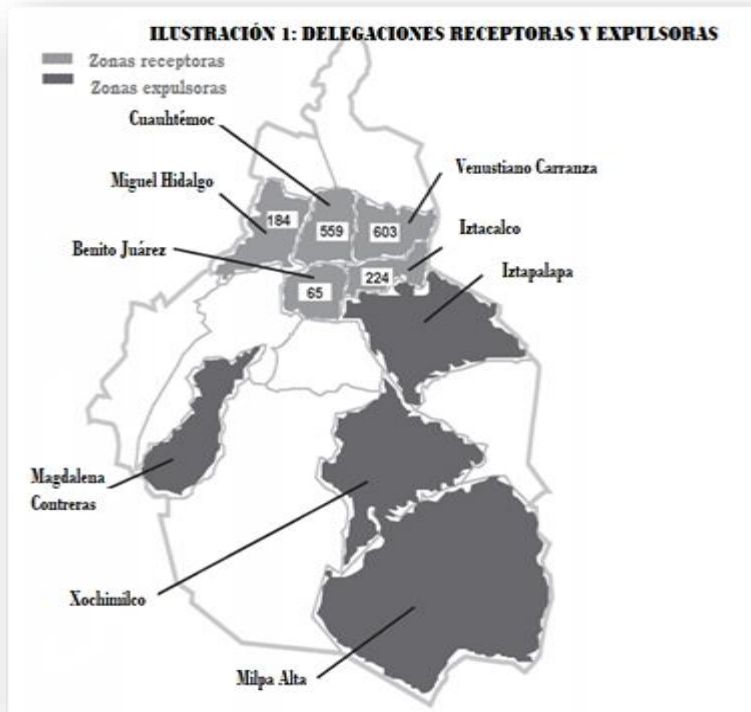
Rebeca Danielle Strickland (2011) a partir de un estudio meramente hemerográfico, también sobre niños de la calle en la ciudad de México –retomando las aportaciones de Patricia Redondo, Martín Pérez, Patricia Murrieta y Ricardo Lucchini, entre otros, que muchas veces concuerdan con las de autores que hemos mencionado en páginas anteriores–, destacó, en este caso basándose en el trabajo de Patricia Murrieta (2008), que los niños –al igual que otros sectores callejeros– significan la vía pública como una estancia que a veces los acoge y provee, en ella desarrollan vínculos y afectos que –aunados al miedo a perderlos, a las adicciones y la falta de oportunidades– no les permiten salir de las calles y más bien los enraízan a ellas.

Conjuntamente, cuando deciden mudarse a la calle lo hacen porque en ella esperan hallar autonomía y libertad de actuar y ser como ellos desean (Confr. Shaw, 2002).

Strickland refiere también la existencia de relaciones de poder entre ellos determinadas por factores relacionales, económicos o temporales –estos últimos referentes a la antigüedad, es decir, el número de semanas, meses o años que cada uno lleva viviendo en la calle o en un territorio específico– y distingue entre zonas de expulsoras y receptoras dentro de la ciudad

“Los niños callejeros generalmente huyen de las colonias marginadas en la periferia de la ciudad (zonas expulsoras), espacios ocupados exclusivamente por los pobres que viven allí, al centro de la ciudad (la principal zona receptora) donde se mueven y conviven con gente de todas las clases sociales” (S.f.: 125).

Imagen 1. Mapa de las principales zonas expulsoras y receptoras en la Ciudad de México



(Elaboración propia; basada en ibíd., 125).

Asimismo los niños constantemente se disputan los espacios que ocupaban con otros grupos –comerciantes o transeúntes que no los admiten–, pandillas o autoridades y para ello, siguiendo a Augusto De Venanzi y Gisela Hobaica (2003), construían acuerdos internos, con sus grupos de pertenencia, los cuales además les permiten resguardar las pocas pertenencias materiales que tienen. Los niños desarrollan estrategias particularmente violentas que ponen en juego para sobrevivir, son estrategias que aplican por igual con sus pares o con otros (transeúntes, policías, vecinos, etc.).

Las anteriores, como en algunos casos hemos apuntado, no dejan de ser aportaciones destacables y cuyos hallazgos o conclusiones ciertamente resultan relevantes. Pero hemos

notado que, la mayoría al menos, elijen hilvanarse en una aproximación al fenómeno de la exclusión esencialmente desde la percepción y vivencia de quienes la padecen –y a quienes nosotros llamamos «habitantes de la calle»–. Y aunque en definitiva esto es sumamente importante, razonamos que también debe serlo considerar, además, la narrativa de quienes se encuentran cerca de ellos y que posiblemente en algún momento dado puedan ser agentes de exclusión.

De modo que lo que nos interesa saber y motiva este trabajo de investigación es, básicamente, conocer qué piensan y cómo se sienten las personas aledañas a poblaciones de la calle respecto a ellas, a qué atribuyen que vivan en las condiciones en las que lo hacen y cómo justifican sus propias actitudes y formas de relacionarse con ellos. En resumen: qué representación social existe respecto a los y las habitantes de la calle y de los sitios que estos ocupan.

En otros países latinoamericanos e incluso en México se han intentado realizar trabajos relativamente afines: En Colombia, por ejemplo, Oscar Navarro y Marta Gaviria publicaron “*Representaciones sociales del Habitante de la calle*”. Este trabajo tenía como objetivos realizar un estudio exploratorio en Medellín acerca de cómo las personas concebían y explicaban algunos aspectos de vivir en la calle, para con ello poder dar o no cuenta de la existencia de una representación social del Habitante de la calle. La investigación fue llevada a cabo con 100 estudiantes universitarios de Ciencias Sociales y de la Salud.

A partir de la evocación libre se buscó que los estudiantes dijeran todas las palabras que vinieran a su mente con la palabra “Habitante de la calle”. Lo que resultó es que las categorías sociales para nombrarlos son «gamín» o «indigente» las cuales tienen que ver con su pobreza o su condición de desplazados. También se aludió a las dificultades que enfrentan, como el frío y el hambre, trayendo esto consigo la compasión aunada a la tristeza y la sensación de injusticia. Aunque no por ello se dejó de lado la existencia de un sentimiento de inseguridad –o miedo– que evita acercarse a ellos y que justifica la discriminación hacia ellos y por ende su exterminio.

Encontrando así una paradoja, por un lado estaba la compasión por las dificultades que implicaba vivir en la calle, por el otro un sentimiento de inseguridad causado por su mal aspecto y por el consumo de sustancias psicoactivas que han tomado como práctica.

Poco después Navarro, esta vez en compañía de Tamayo (2011), emprendió otro trabajo que buscaba conocer las representaciones sociales que se tienen de las personas en situación de calle también en Medellín tomando en cuenta la opinión de los implicados así como de los funcionarios de la administración municipal de Medellín que trabajan con ellos. La investigación se llevó a cabo a través de 20 entrevistas semiestructuradas (10 a operadores y 10 a habitantes en situación de calle) para posteriormente realizar un análisis comparativo. Se abordaron temas como el cuerpo, el territorio y la relación con la norma.

Los resultados que obtuvieron fueron extensos, sin embargo lo que queremos destacar es que:

Había una tendencia a diferenciar dos tipos de HSC: los habitantes de la calle buenos, es decir los que se dejan ayudar y los que no -considerados desechables-. Se concluye que no existe una representación social homogénea acerca de esta población sin embargo encontraron que elementos recurrentes en la construcción de esta representación eran la *drogadicción* y una *apariencia desatendida*.

En cuanto a las razones que llevan a la calle a esas personas tampoco se encontró unanimidad en los discursos de las personas, que lo adjudican a diversas causas, pero en su mayoría lo asocian con factores socioeconómicos. Además a partir de las categorías formuladas se hizo alusión a una atribución interna o disposicional de las PSC respecto a su situación, teniendo como consecuencia la exclusión social. Tales premisas, creemos, son referentes importantes para el proyecto que hemos emprendido.

La apropiación de un lugar obedece a la obtención de la tranquilidad, la seguridad e incluso la invisibilidad que ese lugar pueda otorgarles. Hablando de espacios el Habitante en Situación de Calle (HSC) siente una amenaza latente –las autoridades, vecinos inconformes– que no permite su establecimiento definitivo en un espacio.

Desde su propia perspectiva mala apariencia los lleva a ser vistos como delincuentes y ahí encuentran justificación las acciones de limpieza social ejercidas sobre ellos. La agresión y la violencia forman parte de su vida cotidiana y es por ello que no creen en la justicia.

En México Rafael Santillán y Fátima Palacios (2014) realizaron también una publicación titulada “*Niño de la calle: representación social del concepto en Guadalajara y Ciudad de México*”, que fue el resultado de un estudio sobre las representaciones sociales que existían en torno al objeto social «niño de la calle» y se proponía además explorar y describir las consecuencias que éstas tenía en la vida de los niños de la calle.

La investigación fue llevada a cabo en la zona centro de Guadalajara y la Ciudad de México. La población fue elegida por la cercanía al fenómeno y estaba compuesta por 110 personas (56 de la Ciudad de México y 54 de Guadalajara; 63 hombres y 47 mujeres). Y el principal instrumento empleado fue la técnica de evocación libre a partir de la frase “un niño de la calle es...” con la cual se tenían que asociar 3 palabras.

Aunque en las dos ciudades se compartían elementos de representaciones sociales había diferencias que obedecían al contexto, en la ciudad de México por ejemplo aunque se hace notable una tolerancia hacia estas personas también se habla de aspectos negativos como la pasividad en la que se encuentran, en la ciudad de Guadalajara en cambio la representación que se tiene resultó ser más compasiva.

El núcleo central de la representación social hallada a partir de este estudio está constituido por cuatro elementos: «personas que viven en la calle», «pobreza», «tristeza» y «sin familia» a partir de lo anterior se generan una serie de creencias y evocaciones respecto al niño de la calle, lo que da cabida a un proceso de categorización social propia de cada contexto. La categorización social surge como algo necesario para dar sentido a lo extraño, a lo desconocido –generalmente haciendo mayor uso de las características negativas del objeto, cosa que resulta imprescindible considerar en nuestra investigación– en este caso al niño de la calle para así justificar el estigma que se tiene de él y su exclusión.

En Pachuca, Hidalgo, a través de un estudio exploratorio Ortega, Norma, Gualberto Reyes, Ximena Vargas & Ana Rivera (2009) se propusieron conocer la percepción de los ciudadanos

sobre la indigencia para posteriormente analizar los resultados con un análisis estadístico. La población estuvo conformada por 80 participantes de la zona sur, norte, este y oeste a quienes aplicó un cuestionario conformado por 12 preguntas.

Los resultados obtenidos en forma general fueron los siguientes: la mayor parte de los participantes –el 24%– siente tristeza por ellos, al 11.1% les son indiferentes y el resto les tiene miedo, se siente inseguro, tiene desconfianza, impotencia, repudió o desagrado hacia ellos. También hay a quienes les causan ternura –el 2.5%–. La mayoría coincide en que la indigencia es un gran problema y su percepción hacia ellos no es negativa y suele preocuparle a su situación. Para el resto no es un problema, pero evita tener contacto con ellos.

De modo que existen diversos proyectos afines –ratificando que infortunadamente se trata de un problema común en muchas partes del mundo y que sigue ameritando atención–, sin embargo, hasta donde hemos podido comprobar, no así en la Ciudad de México, particularmente en la Delegación Cuauhtémoc del Centro Histórico de la metrópoli, que hoy se posiciona como la que mayor población de calle concentra.

Esto sin considerar aún que eminentemente las personas y los contextos en los que se llevaron a cabo las investigaciones que acabamos de referir varían y las condiciones no son las mismas y, por tanto, tampoco las conclusiones y resultados a los que estas llegaron pueden ser fácilmente transferibles o equiparables al contexto del Centro Histórico de la ciudad.

De acuerdo con Schteingart y Rubalcava (citados en Pérez, 2012, p. 45) la delegación Cuauhtémoc, junto con la Benito Juárez y la Miguel Hidalgo, contenían hace algunos años –y, visiblemente, todavía– a las poblaciones con mayores ingresos de la Ciudad de México. Sin embargo la predominante desigualdad en la distribución de los recursos impregna la gran urbe y ello hace posible la coexistencia de las colonias populares y las más pudientes. Las primeras se ubican usualmente en zonas periféricas a las segundas.

Por todo lo antes expuesto, consideramos que la Delegación Cuauhtémoc continua siendo un foco de interés relevante para el estudio de la exclusión de los y las habitantes de la calle. Además la que intentamos proponer ahora es una visión primordialmente psicosocial.

1.1.5 ¿Qué es habitar el espacio?

El término habitar ha adquirido diversos significados, comúnmente se asocia el habitar con la casa, lugar que nos provee seguridad, que nos brinda protección y resguardo de los peligros que depara el entorno.

Sin embargo, siguiendo los planteamientos de Ángela Giglia (2012), «habitar» supone poder ubicarse y establecer una relación con el espacio en el cual uno se desenvuelve y lleva a cabo determinadas prácticas. Es apropiarse de un espacio y significarlo, se trata de un proceso continuo que modifica y da sentido al entorno que nos rodea; mismo que también nos transforma y, a su vez, transformamos.

La relación que una persona o un grupo sostiene con el lugar y con los otros implica por sí misma *habitar*.

“habitar la metrópolis alude al conjunto de fenómenos vinculados a la experiencia de la gran urbe y a la relación con sus espacios entendidos como lugares, es decir espacios geográficamente delimitados, materialmente reconocibles y provistos de significados compartidos, domesticados hasta donde la complejidad de la vida cotidiana contemporánea lo permite” (Giglia, 2012, pág. 19)

El habitar contiene dentro de sí la idea de *domesticar*, es decir, hacer familiares los espacios: “la relación reiterada de cierto espacio lo transforma en algo familiar, utilizable, provisto de sentido, en una palabra domesticado” (Giglia, 2012, pág. 16).

Los distintos tipos de espacios que son habitados nos expresan las motivaciones e intenciones del grupo social que ha decidido instalarse ahí. A través de la forma en que funcionan los espacios podemos deducir que estos han sido producidos con alguna intención.

Con todo lo que se ha expuesto al respecto y en tanto que el término habitar va más allá de contar o no con una vivienda, y más bien, se refiere a aspectos simbólicos creados por las personas. Reafirmamos la idea de llamar habitantes de la calle a quienes no sólo ocupan y realizan determinadas prácticas en ese espacio sino que se apropian de él, domesticándolo y otorgándole significado.

Habitar, trae consigo la idea de ordenación de un espacio para poder hacer uso de él, de modo que termina por imprimírsele la huella de los actores sociales que la ocupan:

“Conllea a la vez producirlo y pensarlo en tanto que espacio propio, subjetivo, imaginario, que se instituye dinámicamente como proceso de plasmación de las prácticas sociales de los sujetos, y que simultáneamente es percibido como instituido, esto es, organizado, en virtud justamente de esa experiencia activa de creación del espacio” (Miceli & Gallego, 2008; 17)

1.1.6 La apropiación del espacio público.

El concepto de *apropiación* surge de la Psicología Ambiental y de la Psicología Social.

Se trata de un concepto que refiere a un fenómeno en el que, a partir de algunos desarrollos teóricos, se incluyen otros procesos como el de apego, identificación, conducta territorial y personalización. De modo que es un proceso complejo. Uno espontáneo –sin dejar de ser intencional por eso–, continuo y dinámico y que está contextualizado, ya que lo enmarcan modelos culturales, roles sociales y formas o estilos de vida (Pol, 1996; en Iñiguez & Pol, 1996).

La apropiación le permite al ser humano orientarse por lo que significa su entorno y el sentido social de un lugar se da como consecuencia de esa apropiación, es decir, se trata de un proceso dialectico que contribuye, entre otras cosas, a preservar o reforzar la identidad lo cual permite una cierta estabilidad o certidumbre, sin embargo toda apropiación es temporal, la persona continuamente esta en interacción con nuevos y distintos entornos.

Al hablar de apropiación hacemos referencia a esa capacidad de transformación de un espacio en un lugar con sentido, atreves de esta el espacio –público o no- pasa a ser un lugar significativo, le imprimimos una identidad. Este se vuelve reflejo de hábitos, modos de vida, valores, etc., al tiempo en que también se transforman nuestras formas de ser y hacer.

Según Villela Petit (1976) esto habla de un espacio apropiado y un espacio apropiante (en *ibíd.*). Esta autora define la «apropiación» como una representación de la imagen del individuo, como aquello que lo simboliza y no necesariamente busca intencionalmente una significación del lugar, sino que más bien habla de una personalización –transformación de

un espacio con la intención de darle cierta imagen—. Es con el tiempo y con los usos del espacio y de los objetos como se llega a lo significativo.

Por su parte Brower (1980) hace uso del concepto de «personalización» más ligado a una conducta territorial en cuanto al sentido de pertenencia, identificación y al sentimiento de posesión —que conlleva un control de la apariencia y uso— de un espacio. Cuando nos apropiamos de un espacio es natural que ante una “amenaza percibida” adoptemos mecanismos de defensa, lo que lleva al establecimiento de barreras y normas de uso de espacio entre otras cosas. Como ocurre cuando invitamos a alguien a dormir a nuestra casa y sentimos la necesidad de ser bastante específicos respecto a la hora de acostarse, al uso adecuado que debe dársele al baño o que nadie puede tomar sin permiso ciertos productos del refrigerador. El proceso de interacción desempeña un papel crucial en esto, en tanto que sin él difícilmente construiríamos una significación del espacio y sin esta no habría necesidad de su defensa.

Según Paul Henry Chombart de Lauwe “los procesos psicosociales de la apropiación comprenden a la vez procesos cognitivos, afectivos, simbólicos y estéticos que dependen de la relación con otros individuos o grupos y de situaciones objetivas de dominancia ligadas a los modos de propiedad” (1976; en *ibíd.*: 8)

Otra propuesta que no deja de ser interesante es la de Proshansky (1976) quien da dos sentidos al proceso de apropiación uno que tiene que ver con los otros, es decir con la conquista de un espacio y otro dirigido hacia uno mismo teniendo este que ver con adaptar un espacio a las necesidades. Con ello también nos habla de un proceso de identificación en espacio y tiempo implicando una influencia mutua entre la persona y el espacio.

Siguiendo la idea de la necesidad de sentirse identificado Sansot (1976) liga a la apropiación con un proceso de identificación, según él no podemos apropiarnos de aquello con lo cual no nos sentimos identificados.

Finalmente, como bien se propone en el modelo dual de apropiación hay dos componentes que son principales en el proceso. En primer lugar la apropiación por acción-transformación,

que tiene relación con nuestra conducta territorial; y en segundo lugar la apropiación por identificación más ligada a diversos procesos cognitivos, afectivos, simbólicos, etc.

Una de las definiciones propuesta y que retomaremos ya que abarca la mayoría de los ejes antes mencionados es la de Maríe-José Chombart de Lauwe (1976), la cual dice que:

“Apropiarse de un lugar no es sólo hacer de él una utilización reconocida sino establecer una relación con él, integrarlo en las propias vivencias, enraizarse y dejar la propia impronta, organizarlo y devenir actor de su transformación. Puede ser también acotarlo para limitar el acceso sólo a los elegidos, aceptados, y con ello diferenciarse de los demás, situar su lugar en la sociedad, especificándose y oponiéndose” (en Pol, 1996: 20).

Otra definición de apropiación que podemos rescatar es aquella que involucra prácticas sociales y la capacidad de transformación o producción del espacio por parte de la persona:

“El espacio vivido por el sujeto y/o por el grupo social es ante todo su espacio de acción e imaginación. El grado de apropiación dependerá no sólo de estas dimensiones anteriores, sino también de la libertad y determinación de acción sobre él y, lógicamente, del hecho de participar activamente en su conformación o producción” (Martinez, 2014, p. 17).

El espacio público no está exento de ser apropiado – de forma simbólica o real– es por ello que es común observar que miles de personas han construido un mundo de vida en las calles, la división entre espacios públicos y privados ha sido eliminada: la calle constituye para ellos ambos tipos de espacio –ahí se gestan hábitos, rutinas, normas, relaciones y costumbres-. En ella encuentran las condiciones mínimas para vivir y el reconocimiento y afecto negados por la sociedad. La ocupación –distinta a la establecida- en algunas de las plazas del Centro Histórico por parte de actores sociales marginados es muy visible “al interior de un espacio dado, de un territorio, existen, a lado de formas de apropiación hegemónicas, espacios vividos desde la subalternidad” (Hoffmann & Salmerón, 1997: 113)

El Habitante de la calle siente que existe ese espacio existe la posibilidad de ser reconocido, de vivir como él desea, sin limitantes, la considera y constituye como su hogar (Confr. Makowsky, 2010b).

La calle se convierte en un espacio que brinda refugio y un referente para la conformación de una identidad, y es por ello que genera un vínculo con ese espacio público, al grado de apropiarse de él: “las personas reconstruyen el sentido y los significantes que tiene el espacio como un elemento que provee identidad según la zona territorial” (Red de Investigaciones y Estudios Avanzados en Trabajo Social A. C., 2016: 97).

No obstante aun cuando el Habitante de la calle ha terminado por apropiarse de distintos espacios y haberlos ocupado de forma real y simbólica, la apropiación no es del todo completa, puesto que la ciudad está configurada de tal forma que los múltiples sitios que la componen son regulados por normas de uso - aun cuando se trata de un espacio que es para todos -. Es aquí cuando entra el conflicto por quiénes y cómo es que deben hacer uso del lugar, los Habitantes de la Calle han impuesto un cambio en esos espacios a raíz de las prácticas que ahí realizan y ello ha resultado en problemas con otros actores sociales por tratarse de una forma de apropiación del espacio que resulta poco convencional.

1.2 ¿Qué es la exclusión?

Hablaremos aquí sobre la exclusión, lo que ésta implica y cómo, y desde qué puntos de vista, se ha intentado abordarla y definirla.

1.2.1 Posibles definiciones

La *exclusión social* es una problemática que por su magnitud y complejidad ha despertado el interés de muchos teóricos e investigadores. Cada uno de ellos, como veremos, ha aportado una perspectiva distinta de cómo abordar, definir y entender este fenómeno social.

Así, por ejemplo, algunos remontan el origen del término exclusión social a los tiempos aristotélicos, o bien, a la Francia de los años setenta con los trabajos de René Lenoir (1974), que en su libro *Les exclus: Un Francaise sur dix* se refería a ella como una *ruptura de los lazos sociales* que mermaba la integración nacional y la solidaridad social (Citado por Raya, 2006; Pérez, K. & M. Eizaguirre, 2006). Sin embargo fue a partir de la crisis económica de los años venideros que el concepto comenzó a difundirse por otros territorios de Europa adquiriendo de ese modo mayor popularidad y relevancia política, social y también académica.

Ha sido así que, desde diferentes disciplinas –principalmente la economía, la sociología y la antropología–, varios autores han hecho un esfuerzo para definir la exclusión social.

Economía

Desde la economía, por ejemplo, el Banco Interamericano de Desarrollo (2007) se limita a atribuir la exclusión social a la *ruptura* de los individuos con los mercados de los que se espera forme parte, infortunadamente algunos otros han incurrido en el mismo error –ya tendremos oportunidad de ahondar en ello más adelante –.

Pero anteriormente autores como Marx, Adam Smith o John Stuart Mill también hicieron un esfuerzo por considerarla e integrarla en el desarrollo de sus trabajos. Mismos en los que definen la exclusión, casi siempre refiriéndola respecto a la pobreza, como el resultado o efecto de los procesos estructurales incontrollables que se expresa en formas extremas de desigualdad que eminentemente existen a partir del capitalismo.

Manuel Castells (2001) (sociólogo-economista) que la describe como un “proceso por el cual a ciertos individuos y grupos se les impide sistemáticamente el acceso a posiciones que les permitirían una subsistencia autónoma dentro de los niveles sociales determinados por las instituciones y valores en un contexto dado” (p.98)

Sociología

Anthony Giddens (1999) por su parte, también desde el campo de la sociología, sostenía que la exclusión social en volvía una serie de *mecanismos* que actúan alejando a algunas personas con rasgos particulares de la corriente social (excusándose en las pautas o cánones sociales que determinan qué es aceptable y qué no), diferenciándola entonces del concepto de «inclusión».

Loïc Wacquant (2007), sociólogo también, habla sobre una *marginalidad avanzada* para contrastar el progreso y del desarrollo macroeconómico con la realidad de muchas personas que se encuentran al margen de los mismos y expuestas a severas condiciones de precariedad (esto significaría que a pesar de la manifestación de señales de crecimiento económico de un país o región la pobreza y la miseria persisten y pueden incluso ir en aumento).

Las aportaciones respecto a la constitución del *self* de los también sociólogos George H. Mead (1934) o Charles Cooley (1902) y la consideración de los tres principios básicos del interaccionismo simbólico reconocidos por Herbert Blumer (1956) constituyeron también, en su momento, formas novedosas para intentar acercarse a una mayor comprensión del fenómeno de la exclusión. Considerando que, en tanto que las personas guiamos nuestras acciones hacia las cosas (otros individuos, objetos o animales) en relación a lo que éstas significan para nosotros –como dicta la primera y una de las más importantes premisas de la teoría interaccionista–, la exclusión social podría explicarse bajo los mismos principios.

Antropología

En cuanto a la antropología, el estadounidense Oscar Lewis (1961) dedicó gran parte de su trabajo al estudio de la pobreza y la marginación y en su obra *Antropología de la pobreza: cinco familias* funda el concepto de «cultura de la pobreza» para referirse a las características que adoptan algunos miembros de las clases excluidas y que tienen que ver con prácticas y actitudes que reafirman y perpetúan sus condiciones de vida.

Otros la conceptualizan básicamente como un conjunto de desventajas económicas y sociales que desembocan en un estado de absoluta carencia.

...

De tal forma que, resumiendo, se ha intentado describir a la exclusión social como un *estado*, o condición, o un *proceso* (Gore y Figueiredo, 1997; en Jiménez, 2008); como una infortunada circunstancia o un aspecto inherente o natural de cualquier sistema social; como una circunstancia que es posible adjudicar a los mismos sujetos excluidos, como resultado de una estructura socio-económica y cultura decadente, o bien, como una *construcción* social.

De toda esta gama de definiciones–bastante diversas y algunas de ellas incompatibles entre sí– es posible rescatar algo esencial: que la exclusión social tiene que ver con la desigualdad económica lo mismo que con la desintegración social, el desempleo, la inequidad de género, la política, la inaccesibilidad a los servicios y recursos públicos, la inestabilidad de los vínculos sociales y demás problemáticas sociales afines; y que todas estas dimensiones

convergen en el fenómeno de la exclusión social, no pudiendo considerarse una enteramente independiente de la otra.

Siendo así debe admitirse, como la Comisión de las Comunidades Europeas hizo acertadamente en 1992, que se trata de un fenómeno *multidimensional* que engloba en sí mismo muchos otros –innumerables, tal vez– procesos de “diferente” naturaleza, pero que están aun así vinculados.

De modo que en este trabajo entenderemos por la exclusión social la privación parcial o absoluta a una persona o colectivo del ejercicio de sus derechos humanos, políticos y sociales, a disponer de los recursos básicos para vivir dignamente y de participar activamente en la toma de decisiones de la sociedad de la cual forma parte.

1.2.2 Vinculación con otros conceptos “afines”

En tanto que se ha vinculado estrechamente el término «exclusión» a los de «pobreza» y «marginación» al grado de confundirse con ellos, no deja de parecernos pertinente reservar un espacio, aunque breve, para diferenciar estos conceptos que, aunque estén relacionados y en determinados contextos muchas veces converjan, no dejan de ser y referirse a cosas relativamente distintas.

1.2.2.1 Pobreza

«Pobreza» ciertamente parece ser el término más común al que se asocia el de «exclusión social» o el de «exclusión» –a secas–, sobre todo seguramente por la predominancia de las definiciones economistas sobre éstas.

Quien mejor ha delimitado las diferencias que hay entre ambos conceptos ha sido José Félix Tezanos (2000) que describe que la noción de pobreza está vinculada a los esquemas del contexto social –se es pobre en función de que así lo estipulan los cánones o preceptos sociales del lugar en que se vive– y connota *carencia*, la insuficiencia de los recursos suficientes para satisfacer las necesidades básicas y que, por tanto, obstaculiza a quienes le padecen el acceso a una forma de vida digna (citado por Jiménez, 2008).

Además, Tezanos describe a la pobreza como un concepto estático, que constantemente hace referencia a lo mismo; personal que, por tanto, se limita a describir las circunstancias de *un* individuo siguiendo una lógica jerárquica que va de un status alto a uno bajo; y a subrayar las desigualdades económicas.

La exclusión social en cambio es mucho más amplia y va más allá de las limitaciones monetarias de quienes la sufren—generalmente personas que forman parte de algún grupo o colectivo concreto por el hecho de hacerlo— afectando sus oportunidades de empleo y de acceso a la cultura y demás recursos sociales; es una problemática inestable e, infortunadamente, también una característica traslucida de las sociedades postmodernas.

Estas y otras consideraciones quedan mejor especificadas en el cuadro 1:

Cuadro 1
Diferencias entre los términos de pobreza y exclusión social

Categorías de diferenciación	Pobreza	Exclusión social
Dimensiones	Unidimensional (económica)	Multidimensional (aspectos laborales, educativos, culturales, sociales, económicos,...)
Carácter	Personal	Estructural
Situación	Estado	Proceso
Distancias sociales	Arriba-abajo	Dentro-fuera
Tendencias sociales asociadas	Desigualdad social	Dualización y fragmentación social
Noción	Estática	Dinámica
Momento histórico	Sociedades industriales/tradicionales	Sociedades postindustriales/postmodernas
Afectados	Individuos	Colectivos sociales

Fuente: (Ibíd:4).

Ahora bien, nos dice también Jiménez (2008) que “la pobreza puede ser resultado de una exclusión política, social o cultural (por ejemplo, discriminación sexual o racial en el mercado de trabajo)” (p. 4) y, aunque concordamos con ello, creemos también importante no descartar la posibilidad de que pueda existir una suerte de *recursividad organizacional* (Confr. Soto, 2000) a partir de la cual la pobreza pueda resultar agente causante y dependiente, simultáneamente, de la exclusión social.

1.2.2.2 Marginación

La marginación, por su parte, generalmente es entendida como la “desigual distribución del progreso, en la estructura productiva y en la exclusión de diversos grupos sociales, tanto del proceso como de los beneficios del desarrollo” (CONAPO, 2011; en Consejo Nacional de Población, s.a).

Sin embargo, ésta implica, además, necesariamente la expresión explícita de un *estigma*, es decir una señalación despectiva –por lo que también se le vincula con los conceptos de «discriminación» o el de «alienación»–, lo que a su vez conlleva la visibilización, aunque desaprobatoria, del o los objetos marginados. La exclusión, en contraste, según Esther Raya (2006), comporta la invisibilización de los sujetos al grado de privarlos de ejercer sus derechos y negándoles cualquier tipo de participación social.

1.2.3 Tipos o formas de exclusión

Habiendo referido ya cómo discrepa la exclusión de la pobreza o la marginación podemos ahora describir los distintos niveles o ámbitos de la exclusión social, siendo esto importante para comenzar a vislumbrar los alcances de la misma que, como hemos destacado antes, se trata de un fenómeno multidimensional.

Tendencialmente se incurre a clasificar a la exclusión social como una subdimensión, un tipo o una forma más de exclusión (a la par de la económica, la laboral, la educativa, política, en fin). Esto último ignorando que cuando se habla de exclusión social –desde nuestro punto de vista y partiendo de la definición de exclusión que hemos intentado formular al término del apartado 1.2.1– se está haciendo referencia ya esas categorías, es decir que, la exclusión social engloba o encierra en sí misma a las demás dimensiones.

1.2.4 Implicaciones

Como hemos visto hasta ahora, la exclusión social envuelve múltiples dimensiones y va más allá de los conceptos como el de pobreza u otros afines. Repararemos ahora en otros de los aspectos que creemos también importantes de abordar cuando se habla de exclusión.

1.2.4.1 La pregunta obligada: ¿por qué existe la exclusión?

Al igual que existe una dificultad para definir en términos concretos la exclusión, dada su complejidad, lo mismo ocurre con sus posibles causas: no hay, afortunadamente, un discurso determinista u homogeneizador, o un convenio que especifique las causas concretas de la misma –y, de haberlo, sería poco, por no decir nada, objetivo–, por el contrario existen múltiples explicaciones.

Pese a que pueden ser muchas las interpretaciones que han pretendido brindársele a este enramado fenómeno existen, esencialmente, tres prismas o perspectivas teóricas principales a través de la cuales ha pretendido explicarse la exclusión social (Martín, 2011), estas son: las teorías de autoexclusión, las teorías de la discriminación activa de la estructura y las teorías sobre la desprotección-desadaptación; cada una de ellas propone una explicación propia sobre la existencia de esta última.

Teorías sobre la autoexclusión

Las teorías de auto-exclusión –de las que podríamos definir a autores como Oscar Lewis (1961), Ken Auletta (1982) J. W. Wilson (1987) y Ch. Murray (1989), de acuerdo con Martín (2011), como dables partidarios–, por ejemplo, atribuyen de uno u otro modo a los sujetos excluidos la responsabilidad de su propia condición. Algunos de estos autores –Wilson (1987) y Murray (1989)– reprochaban incluso a las instituciones el “exceso de generosidad” de los programas de asistencia social que, según éstos, no hacían mucho más que fomentar una mayor dependencia y mediocridad en las personas excluidas.

Lewis (1961), a quien habíamos referido ya antes, cuando hablaba sobre la «cultura de la pobreza» hacía referencia a rasgos que los gremios excluidos interiorizan y hacen suyos –características como un predominante sentimiento de inferioridad, conductas económicas poco favorables, dificultad o imposibilidad para ahorrar, recurrente desempleo y endeudamiento, etcétera–, logrando así, casi siempre, según este autor, únicamente favorecer la prolongación de su condición. Sin embargo habrá que considerar que la cultura de la pobreza, más que como una postura que decidan adoptar voluntariamente quienes son objeto de exclusión –teniendo esto serias implicaciones

sociales y psicológicas—, de existir, debe entenderse como una reacción que asumen las personas ante el duro contexto al que cotidianamente deben enfrentarse debido, muchas veces, a la indolencia de algunas instituciones gubernamentales y de otros sectores de la sociedad.

La teoría de la elección racional, por su parte y como su nombre sugiere, sostiene que el orden de las cosas y, en sí, los diferentes fenómenos sociales, pueden ser explicados en principio por *agentes individuales* como lo son las motivaciones, expectativas, creencias y predisposiciones o tendencias de comportamiento de los excluidos.

En el caso del utilitarismo este atribuye la existencia de la exclusión básicamente a una naturaleza humana insoslayablemente egoísta, desprovista de caridad y consideración para con el otro, y que más bien se rige por dos principios básicos que son la auto-preferencia —anteponer, legítimamente, los intereses y conveniencias propios por sobre los de los demás— y la priorización de los propios intereses en aras de solventar las propias necesidades, deseos o aspiraciones.

Las corrientes o propuestas teóricas anteriores se destacaron principalmente en la década de los 80, siendo generalmente bien acogidas y teniendo en ese entonces su máximo apogeo principalmente en las sociedades más desarrolladas como la de Estados Unidos (ibíd.), sin embargo, han sido objeto de numerosas críticas que aluden a que estas formas de concepción de la realidad señalan e incurren en la estigmatización de los excluidos.

En la opinión de Pilar Monreal (1996) únicamente...

“ofrecen una justificación pretendidamente científica, objetiva y neutral de las desigualdades sociales y consiguen compaginar los principios universalistas de igualdad de oportunidades con la existencia real de graves desigualdades, legitimando, así, ideológicamente, la desigualdad y la miseria existentes”(Citado en Martín, 2011).

La postura que adoptaremos aquí respecto a ellas será cautelosa, bajo el supuesto de que en todo hay algo que es posible rescatar, incluso, por lo menos, la noción de lo que no hay que hacer.

Teorías sobre la discriminación activa de la estructura

Otra línea de aproximación teórica sobre la exclusión, surgida como alternativa a las teorías de autoexclusión, es la que conforman, por ejemplo, las teorías funcionalistas que trasladan la responsabilidad de la subsistencia de la exclusión de los individuos a las instituciones y organismos públicos y a la estructura social misma que, argumentan, se torna rígida e inflexible impidiendo que los sujetos logren integrarse a ella, segregándolos y orillándolos irremediablemente a la condición de excluidos.

Wacquant (2007), desde esa misma trinchera, considera que el trabajo asalariado, tal como lo han concebido las elites, únicamente permite a los sujetos subsistir día a día y no progresar, esto limitando sus oportunidades de desarrollo y propiciando una abnegada resignación de las clases media y baja a sus condiciones de vida y señala, además, la influencia que ejercen las instituciones gubernamentales y sociales para asegurar la permanencia de la exclusión y la marginación social a través de la inasistencia pública y de un sistema penal deficiente que discrimina y fomenta una percepción negativa de los menos favorecidos.

Manuel Castells (1974) repara en el papel definitorio que muchas veces juegan las instituciones públicas y gobernantes en la prolongación y agravamiento de las condiciones de vida adversas de los más vulnerables. Habla sobre la existencia de clases dominantes que miran únicamente por sus propios intereses a costa de cualquier cosa o persona y, para asegurarse de ello, son ellos quienes establecen los planeamientos urbanísticos e incluso conjeturan otras formas de incidir en la ideología popular e instalar en ella sus intereses.

Y para Emile Durkheim (1920) la marginación es un fenómeno social que implica excluir a una persona o a un grupo de personas de un representativo social, es decir,

precisamente alejándolas de «la norma», de lo que lo socialmente establecido demarca que es «correcto» o «bueno», en tanto que se les considera así –fuera de ella–.

Teorías sobre la desprotección-desadaptación

Las teorías sobre la desprotección-desadaptación son la minoría y entre ellas figuran las aportaciones de Karl Popper, Anthony Giddens (Citados en Martín, 2011).

Lo que plantean es el reconocimiento de que, en efecto –según las teorías auto-excluyentes–, puede que haya una cierta “predisposición” de algunos individuos a arraigarse a conductas o actitudes que deparan para ellos la segregación, pero –esto de acuerdo con las teorías sobre la discriminación activa de la estructura– que esto ocurra está determinado por procesos estructurales a partir de los cuales la exclusión social se suscita, reproduce y sigue perpetuándose.

Fernando Vidal (2007), es otro de los autores que congenia en bastantes puntos con esta línea y destaca, además, la inminente necesidad de no sólo interpretar aproximarse el fenómeno de la exclusión social desde la perspectiva de los excluidos, qué aunque importante, nos limita a sólo mirar apenas un lado del polígono de la exclusión, por tanto, es también imprescindible conocer las explicaciones de quienes excluyen.

Respecto a cuál de estas vertientes nos parece más acertada, concordamos con Álvarez de Hétier (2001) en que:

“La exclusión no puede explicarse solo por las características socio-político-económicas o solo por las características de los excluidos, sino que debe tomarse en cuenta ambos tipos de factores: objetivos y simbólicos” (Ibíd., p. 70).

Lo cierto es que no existe un único factor capaz de determinar por sí mismo la existencia de un fenómeno, menos aun tratándose de uno tan complejo como la exclusión social de poblaciones ya de por sí vulnerables, y aunque podría resultar útil lograr identificar el más influyente de ellos para orientar nuestro proceder respecto al mismo, la peor postura que podemos adoptar ante cualquier problema es la de un determinismo.

En cambio, deben considerarse todos los posibles elementos que inciden –en menor o mayor medida– en una problemática como la exclusión, idear un modo lo suficientemente adecuado para intervenir en ellos y eventualmente actuar en consecuencia. Sencillamente no hay que descartar ni menospreciar la relevancia que pueden tener el resto de los agentes implicados y, por supuesto, siempre considerar el contexto del que se habla.

Por ahora lo importante, creemos, es discernir cómo es que el problema ha crecido tanto, hasta adquirir las magnitudes que actualmente ha alcanzado y por qué, cuáles son sus raíces, en qué consiste y cómo, de ser posible, podemos modificarlo. Todo esto –en la medida de lo posible, claro está– sin dejar de considerar todos los factores –o los más relevantes, interesantes o inexplorados, al menos desde la perspectiva de cada investigador– que potencialmente hacen posible su existencia.

1.2.4.2 ¿A quiénes afecta y cómo?

Desde la perspectiva de Zygmunt Bauman, dado el contexto de la modernidad en el que nos encontramos, cualquier persona puede ser susceptible de ser excluido (Citado por Ribeiro, 2009), sin embargo, como hemos previsto anteriormente, difícilmente podremos identificar una población más frágil o vulnerable que la que conforman quienes, por diferentes motivos, se ven forzados –o motivados– a habitar en las calles.

En México se han registrado, hasta el 2016, un total de 9.4 millones personas en situación de pobreza extrema (Coneval, 2016; en El economista); en la Ciudad de México cerca de 4354 de ellas forman parte de la población de la calle (Censo preliminar de personas en situación de calle, 2017; en El Universal) siendo, muy probablemente, estos datos inexactos. Recordando, actualmente tan sólo en la delegación Cuauhtémoc, conforme al censo realizado por la Red de Investigaciones y Estudios Avanzados en Trabajo Social A. C. en colaboración con la delegación (2016), cohabitan 1 mil 273 personas en situación de calle, 855 de ellos son hombres, 307 mujeres y 111 miembros de la población son niños y niñas.

1 mil 273 vidas susceptibles, por los factores que sean –un estilo de vida, status, sexo, genero, preferencia sexual, portación de alguna enfermedad, o discapacidad, ocupación, creencias, higiene,..., o la sola pertenencia a ese sector–, a ser objeto de exclusión –de acuerdo con las pautas sociales y/o culturales vigentes–.

No tener un techo, un lugar de residencia estable, ni contar con los recursos necesarios o a penas suficientes para subsistir les hace vulnerables a muchos peligros y precariedades, pero además ante el mundo y las personas que miran.

La exclusión social conlleva necesariamente el desconocimiento del otro (de quién o quiénes son excluidos), de sus necesidades y derechos o bien, de lo mucho o poco “que” es capaz de aportar; la falta de garantía y respeto a sus derechos; la adjudicación de estereotipos y categorías negativas que los “devalúan” y son despectivos; el sesgo de sus oportunidades de desarrollo laboral, personal o educativo; la mayor dificultad para definir su identidad y construir redes en las que apoyarse; ser objeto de la difusión de imágenes o representaciones negativas y erróneas sobre sí; la restricción, o anulación, de su autonomía; la exacerbación de la violencia injusticia de las que pueden y suelen ser objeto; inaccesibilidad a casi cualquier tipo de recursos, la subestimación o minimización de las dificultades a los que ya se enfrentan, y por tanto también su invisibilización –de las personas y sus problemas–; y la terrible naturalización de su condición y el desamparo generalizado al que se ven expuestas.

Debe considerarse además que, factiblemente, muchas de las personas que hoy se encuentran habitando las vías públicas de la ciudad hayan padecido antes de llegar a las calles alguna otra forma o grado de exclusión que, eventualmente, pudiera incluso haberlas orillado a acudir o acabar en las calles.

Por todo lo anterior, la exclusión es un problema que amerita enfocar nuestra atención en él y que debemos aprender a tomar con la seriedad y compromiso que amerita, y a abordar desde una mirada crítica y multidimensional. Certeramente ya no podemos sólo “no hacer nada”.

1.2.4.3 El impacto de las políticas públicas frente a la estigmatización

«Mejoramiento Barrial y Comunitario» es uno de los programas que, según describe la Secretaría de Desarrollo Social, busca “contribuir al rescate y mejoramiento de los espacios públicos e infraestructura social de los barrios, colonias, pueblos y unidades habitacionales de la Ciudad de México”, sin embargo –pese a los argumentos de la misma instancia gubernamental expresando lo contrario– tales programas incurren muchas veces en medidas radicales que involucran replegar de los espacios públicos a la poblaciones callejeras en aras de una “limpieza social”. Incluso los “programas de ayuda” están dirigidos a poblaciones específicas, siendo excluyentes respecto a otras, y las restricciones de acceso a ellos suelen ser muchas.¹

Esto último, consideramos, bien podría deberse a una certera política de segregación, que fomenta, reitera y perpetua la condición de exclusión de los y las habitantes de la calle; o a un profundo desconocimiento–grave, respecto a la labor que, se supone, se intenta realizar– a cerca de las reales implicaciones de la vida en la calle. Cualquiera de estos dos casos sería lamentable.

Sin que ello descarte de forma tajante la posibilidad de que verdaderamente existan instituciones o, más concretamente, fundaciones civiles, públicas o privadas bienintencionadas y con la auténtica vocación de auxiliar, buscar alternativas y procurar el bienestar de las poblaciones vulnerables de la calle, promoviendo, además, la empatía y respeto hacia las mismas.

Lo cierto es que, al menos los programas de los que tenemos referencia, no se adecuan precisamente a los requerimientos de las poblaciones a las que se dirigen y en los más de los casos se limitan a dar un apoyo paliativo, apenas suficiente para permitirse jactarse de ello; o son, sencillamente, por diferentes motivos, negligentes. Incurriendo ellos mismos en lo que, se espera, deben evitar.

Aunque por supuesto que no debemos asumir que la responsabilidad absoluta de contrastar las causas y efectos de la exclusión social radica exclusivamente en las autoridades u organismos públicos sino que, en tanto se trata de una problemática en la

¹Confr.: www.sds.cdmx.gob.mx

que estamos implicados, nos corresponde también hacer algo o, por lo menos, informarnos debidamente y reflexionar sobre nuestras propias actitudes –no es fácil, sabemos, pero también es necesario–.

1.2.4.4 ¿Por qué es tan importante?, ¿qué dice de nosotros?

Sea cual sea la sociedad en la que la exclusión se presente, la existencia de ésta dice mucho sobre los modos de organización, la calidad de los servicios públicos, los vínculos y cultura de la misma, entre otras cosas, y, evidentemente, la impresión que la exclusión envuelve –aunada a altos índices de pobreza, marginación, discriminación y precariedad– no es precisamente la más satisfactoria ni grata.

La indigencia es, de hecho, la forma más severa de exclusión social. Esta no es un fenómeno aislado, que sólo compete a los jóvenes, niños y adultos que viven en las calles, o a otras poblaciones susceptibles de sufrirla, tampoco es un problema propio o característico de los tiempos actuales. Hablamos de un problema que implica mucho más que sólo el que algunos elijan “voluntariamente” vivir así o corran con esa mala suerte; es un problema que nos implica y compete a todos.

De modo que, reiteramos, no se trata de un problema independiente de otros y del que deba responsabilizarse únicamente a los sujetos excluidos—esta sería, de hecho, la peor postura que podamos asumir—, sino que tiene que ver además, en gran medida, con las instituciones, los núcleos familiares, la estructura social misma, las formas de “vincularnos” y, en sí, con el contexto en el que nos encontramos —y del que también somos partícipes y co-creadores (Confr. Berger & Luckmann, 2013) —.

Esencialmente, a la vista de muchos, vivimos en un contexto muy desalentador. Un contexto en el que priman, entre otras cosas, la individuación, la competencia y un creciente fatalismo —derivados del capitalismo y del modelo económico neoliberal, en los que no tienen cabida los intereses y necesidades primarias de los sectores más desfavorecidos— que parecen insertarse en nuestra cultura y se evidencian en el deterioro de los vínculos afectivos, la progresiva exclusión de determinados sectores sociales, en la

desilusión y en el desinterés o indiferencia de más de uno para con el mundo y lo que acontece en él (Confr. Lipovietsky, 2002; García, 2003; Morin, 2003).

Estos, eventualmente, pueden convertirse en factores que influyen en la toma de decisión consciente de muchos de no seguir en la escuela o dejar sus hogares. Se convencen de que “no sirven” para estudiar o para seguir reglas y de que eso no es lo que quieren; hablamos entonces de un cambio ideológico importante que tiene que ver con la forma en que la educación, la escuela, los vínculos y el trabajo son concebidos.

Pueden ser muchas las razones por los que alguien deba o decida voluntariamente dejar sus estudios —probablemente las causas más comunes nos parezcan ser con frecuencia, dadas las volátiles y cada vez más inestables condiciones económicas del país, los problemas económicos, familiares o de carácter personal, el difícil acceso a la educación o la simple convicción de los jóvenes de no querer continuar con sus estudios—, abandonar su casa y a su familia o renunciar a un empleo —circunstancias que, paulatinamente, a algunos pueden orillarlos a terminar en las calles, sin recursos—, pero sean cuáles sean esos motivos estos escenarios, infortunadamente, parecen volverse cada vez más comunes y ello puede ser síntoma de algo mucho más grande. Eso sin contar las implicaciones que la exclusión social tiene y que hemos mencionado antes (Véase apartado 2.2.4.2).

Además, secundariamente, como resultado del fomento a la competencia e individuación radicales al que nos encontramos constantemente expuestos y en el afán de ser mejores *que* los demás, muchas veces terminamos incurriendo, incluso sin que necesariamente lo notemos, en conductas o actitudes poco favorables, al grado de ser despectivos, irrespetuosos, desconsiderados, discriminantes y excluyentes respecto a otros.

1.3 Estigma y discriminación

Dada la pertinencia de este concepto al contexto de nuestra población de interés le dedicaremos el presente apartado, intentando una mayor comprensión del mismo:

La discriminación es definida por el Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación como: “una *práctica cotidiana* que consiste en dar un *trato desfavorable* o de *desprecio inmerecido* [las cursivas son nuestras] a determinada persona o grupo, que a veces no percibimos, pero que en algún momento la hemos causado o recibido” (CONAPRED, s.a).

Puede entenderse también como una conducta de desprecio dirigida hacia un grupo o una persona, motivada por estereotipos o estigmas que tienen que ver, por ejemplo, con condiciones sociales, económicas, de origen étnico, sexo o alguna discapacidad o enfermedad.

Con base en estas primeras definiciones y siguiendo a Irving Goffman (2006), los habitantes de la calle pueden ser especialmente susceptibles de sufrir algún tipo de discriminación.

Goffman distingue entre personas *desacreditadas*, que poseen rasgos socialmente estigmatizados notoriamente visibles o inteligibles; y *desacreditables*, cuyas diferencias no son tan fácilmente reconocibles para el resto, pero siguen siendo punibles para la sociedad.

En los habitantes de la calle convergen varias características socialmente desacreditadas, como pernoctar en las calles, tener adicciones, anti higiene, lesiones físicas notorias y una apariencia descuidada, entre otras —su modo de vida en sí mismo es desacreditado—; y real o virtualmente desacreditables, en tanto que puede atribuírseles o ellos tener realmente enfermedades “censurables”, defectos de temperamento, actitudes delictivas, la carencia de un empleo, inopia o ignorancia u otros rasgos socialmente mal vistos. “Mostrar que es dueño de un atributo que lo vuelve diferente de los demás, lo convierte en alguien menos apetecible —en casos extremos, en una persona casi enteramente malvada, peligrosa o débil—” (Ibid.: 12).

El *estigma* es, básicamente, un *atributo desacreditador*, una diferencia que define a la persona o grupo que lo posee como alguien indeseable. El estereotipo, por su parte,

consiste en la “creencia compartida de que determinados rasgos son característicos de un grupo social” (Alvarado, p. 385)

Los criterios que rigen los cánones de una sociedad indudablemente varían, pero en sociedades como la nuestra comúnmente se valora la formalidad de un empleo, permita este o no una subsistencia digna; la limpieza, que está asociada a la salud y la virtud; asistir a la escuela con el conocimiento y tener un futuro; tener una casa o vivienda fijos a estabilidad –nada distinto de ello puede llamarse “un hogar” –. Estos también son estereotipos a cerca de lo que es “loable para la sociedad”.

Algo contrario a esto se hace acreedor de un estigma social². El estigma en sí mismo conlleva una desvalorización y esta, en muchos casos, deriva en desprecio y discriminación. Estos procesos llevan a la persona o grupo estigmatizados a ocupar un lugar inferior en una jerarquía social que podemos considerar imaginaria y sin embargo tiene implicaciones reales e importantes en la vida de las personas.

Además Henri Tajfel (1981) en su teoría de la identidad, derivada de sus estudios sobre el prejuicio, señala que, como parte del proceso de constitución de nuestra identidad, tendemos a buscar coincidencias que nos permitan afiliarnos y sentirnos parte de un grupo, pero al hacerlo recalcamos nuestras “diferencias” con otros. Esta diferenciación nos permite reafirmar nuestra identidad, pero puede también llevarnos a incurrir en actitudes de discriminación hacia otros.

El proceso de diferenciación usualmente resalta los rasgos negativos que se atribuyen al grupo de referencia –con el que comparamos el nuestro– y a quienes son miembros de él. Al hacerlo menospreciamos sus cualidades y desvalorizamos a los individuos.

1.3.1 *Implicaciones*

De modo que, antes de existir un estigma directamente asociado al habitante de la calle, creemos que lo hay primeramente respecto a sus acciones en el espacio público, su estilo de vida y demás rasgos de carácter que se le atribuyen.

En la conciencia social, un comportamiento hostil y el rechazo hacia quienes son estigmatizados están justificados en tanto que no cumplen, como se espera, las normas sociales, morales o jurídicas establecidas.

“La discriminación es la acción a través de la cual se desvalorizan ciertos atributos (genotípicos y sociales) de las personas, justificando directa e indirectamente el ejercicio de diversos tipos de violencia sobre aquellos que la poseen” (Margulis, et al., 1999, p. 292).

El estigma, pretende dar cuenta del peligro que representa una persona y, en tanto, justifica el trato que se le da. Los sentimientos que nos provoca el verle establecen la discriminación. El estigma fomenta el miedo, recelo, desconfianza y la hostilidad respecto al sujeto estigmatizado.

Una principal repercusión del estigma es la tensión que provoca entre una persona normal y una estigmatizada en las interacciones cara a cara, perjudicando mayormente a la persona desacreditada puesto que debe tratar de mostrar que es una persona normal, tornándose esto difícil al no poder los otros ignorar su defecto. La persona estigmatizada suele considerarse humana y normal, pese a esas ideas conoce su posición “el individuo estigmatizado se define a sí mismo como igual a cualquier otro ser humano, mientras que, al mismo tiempo, es definido por él mismo y por quienes lo rodean como un individuo marginal” (Goffman, 129).

Quien está desacreditado es consciente de que posee un estigma y aprende a ser tratado por el hecho de demostrar lo que es, adopta la imagen que los otros formaron de él aunque en ocasiones buscara que su estigma sea lo menos notorio posible.

1.3.2 Tipos y formas de discriminación

Una persona se vuelve acreedora de un estigma y, por tanto, susceptible de ser discriminada, por tres motivos (Goffman, 2006):

❑ Poseer alguna deformación o detrimento físico –como alguna discapacidad o desfiguración–;

- ❑ Defectos de carácter –que engloban, por ejemplo, la carencia de voluntad, irritabilidad, adicciones o perturbaciones mentales–; y/o
- ❑ Su pertenencia o afiliación a un grupo o colectivo –asociado a la nacionalidad, raza, religión, status social, etcétera–.

1.3.3 *La discriminación a partir de la idea del orden*

Douglas (1973) también hace una interesante propuesta a cerca de los motivos y formas en que ejercemos discriminación hacia ciertos grupos.

Según la autora, la discriminación puede darse a partir de considerar las nociones de «pureza» e «impureza», que están ligadas a las de «orden» y «desorden» que finalmente responden a lo que socialmente ha sido establecido como «correcto» o «incorrecto».

Para aquellos que transgreden los límites de lo socialmente establecido como «puro», «ordenado» o «correcto», no importa el motivo, “las sanciones son sanciones sociales: el desprecio, el ostracismo, las habladurías, incluso la acción policial” (Douglas, 1973, p. 103). Este es el caso del habitante de la calle cuyo estilo de vida, como hemos acotado antes, normalmente da la impresión de cruzar los límites de lo admitido.

La trasgresión de las pautas sociales –o «contaminación»– representa un peligro para el orden establecido y la integridad de las personas. Esto último, por ejemplo, cuando se asocia el vicio, con la violencia y criminalidad.

La cultura nos provee de ordenaciones. La supervivencia del orden implica rechazar elementos que lo quebranten, por ello mismo debe suprimirse la contaminación. Lo suciedad viene enlazada con la idea del desorden.

1.4 ¿Qué son las representaciones sociales?

El término *representaciones sociales* está inspirado en la noción de «representaciones colectivas» con el que en 1898 el sociólogo francés Emile Durkheim refiriera a una suerte de esquemas de conocimiento colectivo de origen social, fijos y objetivos, que preceden a

las personas y que ellas adoptan e integran a sus representaciones individuales (Citado en Vera, 2002).

Serge Moscovici en 1961 retomaría, con algunas variantes, aquel término fundado por Durkheim en su trabajo “El psicoanálisis, su imagen y su público” con el que—y apoyándose además en las aportaciones de Jean Piaget con sus estudios sobre representación del mundo en los y las niñas, de Jeron Bruner a cerca procesos de categorización, de Berger y Luckmann su propuesta sobre la construcción social de la realidad y de Heider sobre de la psicología ingenua—estableció las bases de lo que después se convertiría en la teoría de las representaciones sociales que se convertiría en una de las más destacadas teorías psicosociales de la época contemporánea. Misma a partir de la cual esperamos aproximarnos al estudio del fenómeno de la exclusión social de las y los habitantes de la calle.

1.4.1 Definición y características

Pese a que no existe un consenso sobre la definición precisa de las representaciones sociales y a que aún Moscovici admitía que delimitarlas era una tarea difícil, se han hecho varios intentos por aproximarse a su definición.

Denise Jodelet (1986), por ejemplo, describe a las representaciones sociales como “el conocimiento espontáneo, ingenuo [...], ese que habitualmente se denomina *conocimiento de sentido común*, o bien *pensamiento natural*, por oposición al pensamiento científico. [...] este conocimiento es, en muchos aspectos, *socialmente elaborado y compartido*” (p. 473). No habríamos podido hacerlo de mejor forma.

Por su parte Di Giacomo, complementariamente, las define como “*modelos imaginarios de categorías*, de categorización y de *explicación de las relaciones entre objetos sociales*, particularmente entre grupos, que conducen hacia *normas y decisiones* colectivas de acción [las cursivas son nuestras]” (citado en Pérez, 2003).

Las principales características de las representaciones sociales —adicionales a las que seguramente ya se han hecho asequibles en la lectura de las definiciones anteriores— que hemos querido rescatar aquí son básicamente las siguientes:

- ❑ Para ser consideradas como tales, poseen una estructura diferente a la de una mera opinión o imágenes inconexas. Por lo que no puede haber una representación social de todo aquello que nos rodea. (Confr. Ibid, p. 34).
- ❑ Según Doise (citado en Ibañez, 1988, p. 34), las representaciones sociales están ligadas a determinados factores socio-estructurales, es decir, se vinculan con la estructura social que las enmarca y no sólo con procesos mentales o simbólicos.
- ❑ Son pensamiento constituido, como resultado o reflejo de la vida social, y pensamiento constituyente, en tanto que pueden, al mismo tiempo, contribuir en la construcción de la misma (Jodelet; en Ibíd., p. 36).
- ❑ Son fenómenos versátiles y complejos y, por tanto, para su estudio requieren de un nivel de rigurosidad alto.

1.4.2 ¿Para qué nos sirven?

Citando nuevamente a Jodelet (1986) las representaciones sociales constituyen

“... sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso dar un sentido a lo inesperado; categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos con quienes tenemos algo que ver... *formas de conocimiento social* que permiten interpretar la realidad cotidiana... *un conocimiento práctico* que forja las evidencias de nuestra realidad consensual [las cursivas son nuestras]” (p.).

Las representaciones sociales forman parte de nuestra vida cotidiana, se forjan en ella a la vez que son herramientas con las que construimos la realidad en que vivimos. Son propias de los grupos y se construyen a partir de sus experiencias. Nos ayudan a hacer perceptible y significar el mundo que nos rodea y las cosas que en él se encuentran y, en tanto, nos brindan cierta certidumbre.

Las representaciones sociales permiten asimismo la comunicación social, la sensación de pertenencia, la construcción de una identidad social y la justificación de nuestras acciones y conductas.

Además, para Moscovici la función de una representación social “es la elaboración de los comportamientos y la comunicación entre los individuos” (1979, p. 17). En tanto las representaciones sociales orientan nuestras actitudes, pensamientos, emociones y acciones respecto a los objetos de representación social, como podrían serlo los y las habitantes de la calle.

1.4.3 ¿De dónde vienen? (o ¿cómo se construyen o se forman?)

¿De dónde vienen las representaciones sociales? Seguramente la respuesta variaría de acuerdo al tipo de representación social de la que se hable y del contexto en el que emerge. Pero sabemos al menos que las representaciones sociales tienen su génesis en las interacciones y el sentido común resultante de esas mismas interacciones. Con mayor precisión Jodelet (1986) afirma que *se construyen* “a partir de nuestras experiencias, pero también de las informaciones, conocimientos y modelos de pensamiento que recibimos y transmitimos a través de la tradición, la educación y la comunicación social” (p.)

Ahora bien, interactuamos día a día con múltiples agentes, en las interacciones cara a cara con nuestros vecinos, amigos, familiares, compañeros de trabajo o de transporte, en fin, y todos ellos son fuentes primarias de representaciones sociales, en este caso sobre los y las habitantes de la calle. Pero también pueden serlo los medios masivos de comunicación, el cine u otras formas de arte –como la música, la pintura o la literatura–, las instituciones públicas o privadas, las autoridades delegacionales y las políticas públicas que los involucren.

Cada uno de estos actores sociales posee un discurso –propio o no– y ese discurso casi siempre comunica una postura o actitud con respecto al objeto o sujeto del que se habla contribuyendo en muchos casos a la formación de una representación social sobre los mismos.

Si bien, las representaciones sociales proceden de un fondo cultural que incluye tanto condiciones económicas, sociales e históricas así como creencias y valores de una sociedad también tienen mecanismos internos de formación: la objetivación y el anclaje.

El primer mecanismo es el de *objetivación* que refiere a la manera en que los elementos abstractos se transforman en concretos y los conceptos se transforman en imágenes para pasar de ser algo desconocido a hacerse familiar. En este proceso se construye el núcleo figurativo cuya función es organizar el conjunto de la representación. La objetivación se realiza a través de tres fases:

Construcción selectiva: es la apropiación o adaptación de conocimientos nuevos, a fin de que encajen en las estructuras de pensamiento ya constituidas culturalmente en la persona. *Esquematización estructurante*: los nuevos elementos se organizan, de modo que brinden una imagen coherente del objeto representado que pueda expresarse. A partir de ello surge el núcleo figurativo.

Naturalización: el esquema figurativo se integra como si hubiese existido desde antes, pasando a ser un reflejo fiel de la realidad.

El segundo mecanismo es el de *anclaje*, mediante el cual se integra la información en el sistema de pensamiento adhiriéndose a los conocimientos previos. En él no se descarta la información anterior ni se da prioridad a la nueva más bien ambas se modifican.

El anclaje, por su parte, es un proceso simultáneo al de objetivación y consiste, básicamente, en el arraigamiento de una representación al conocimiento y significados preexistentes de las personas. Convirtiéndose así en una especie de lente con el que estas miran, perciben y se desenvuelven en la realidad social.

1.4.4 ¿Cómo podrían éstas propiciar o soslayar la exclusión, o bien, quizás también ser consecuencia de la misma?

Se ha ahondado antes en la premisa de que las representaciones sociales son un factor en la construcción de la realidad y que poseen la facultad de guiar nuestras actitudes – sentimientos, opiniones y acciones– hacia los objetos o sujetos de representación. De modo que, creemos, no es descabellado pensar a las representaciones sociales –de tener

estas una connotación negativa hacia las personas en situación de calle– como *un* potencial precursor de exclusión –no así el único–.

Es decir, ejemplificando, en tanto que agrupo a una persona dentro de una categoría –por ejemplo, como miembro de un colectivo indigente– y atribuyo a ese colectivo –y a la persona por formar parte de él– ciertos rasgos o características despectivas–desde mi propia experiencia subjetiva o de acuerdo con los parámetros sociales y/o con lo que me parece haber visto sobre ellos en la TV, periódicos, películas, libros y demás fuentes– asumo una actitud –temerosa, evasiva, recelosa o incluso tal vez hostil– respecto a esa persona y la justifico a partir de mis propias cogniciones y sentido común.

Ahora bien, paralelamente existe también la posibilidad de que la misma condición de exclusión social de la que los y las habitantes de la calle innegablemente son objeto sea, a su vez, generadora de una representación social aversiva que recursivamente reafirma y prolonga su marginación.

Soto (1999) –apoyado principalmente en las aportaciones de Alfred Schütz, Harré y Edgar Morín– habla de la existencia de una psicología de lo complejo y, dentro de ella, sobre un principio que explica que un fenómeno puede ser, simultáneamente, causa y efecto de lo que lo genera, a eso llama «recursividad organizacional».

“Un proceso recursivo es aquél en el cual los productos y los efectos son, al mismo tiempo, causas y productores de aquello que les produce” (Morin, 1990:106; en Soto, 1999). Algo similar creemos que puede ocurrir en el caso de las representaciones sociales y la exclusión de los y las habitantes de la calle.

1.4.5 Representación socio – territorial

Habitar la ciudad actualmente no es una actividad fácil de realizar debido a lo cambiante que la realidad de esta puede llegar a ser, aunando a esto la heterogeneidad de personas que forman parte de ella. La ciudad necesita ser organizada para poder habitarla, como consecuencia de ello el espacio es vivido y al mismo tiempo también es representado por quienes lo habitan. Las personas se relacionan con el espacio de distintas maneras de ahí

que lo conciban -lo representen- de distinta manera. Haciendo énfasis en esa pluralidad de vivir y significar el espacio tenemos lo siguiente “las representaciones del territorio nos permiten comprender los significados de los lugares en función de las características y de la identidad social del actor” (De Alba, 2017: 4) de acuerdo con esto la autora recalca – lo cual es muy importante considerar- , que la “lectura” del espacio es hecha a partir de nuestra pertenencia socio-cultural.

Con lo anterior tenemos que los espacios se fragmentan por los usos que cada grupo puede darle, el hecho de que existan múltiples grupos implica la necesidad de una espacialidad propia -dotada de emociones , afectos y símbolos- , el establecimiento de límites es lo que permite la diferenciación del “nosotros” con los “otros”.

En cuanto a la importancia de habitar creemos pertinente hablar de territorialidad en tanto que el término no sólo hace referencia del vínculo de los grupos con su entorno sino que va un poco más allá, al considerar que ese vínculo no deja de lado la existencia de un componente de tipo emocional. Podemos decir que los espacios como producto real o simbólico de las personas - considerando acciones e imaginarios – contienen un aspecto emocional , es decir los lugares son capaces de evocarnos emociones “el espacio se constituye en un territorio dotado de una gran carga afectiva , emotiva , simbólica, a partir de la experiencia de compartir diversas vivencias en él” (Lindón , 2006 :9) , a raíz de esas emociones -y de todo lo anteriormente mencionado- se pueden construir representaciones de ciertos lugares.

Marcando la importancia de lo simbólico y el alcance del término espacio –sólo el medio físico–, “el término de territorio es más amplio que el de espacio físico, porque combina el medio físico natural y ordenado o humanizado, que comprende a las personas que se apropian de él” (Raffestin , 1986 citado en Ulate , 2012: 321)

Finalmente la importancia de conocer las representaciones socio-territoriales está en el ámbito de significaciones, es decir el significado que se le otorga al espacio, ese espacio donde cotidianamente llevamos a cabo actividades que definen y dan cuenta de la dinámica social.

II. .Metodología

2.1 Planteamiento del problema

En este capítulo se presentan de manera más precisa la justificación académica y social de este proyecto, así como las preguntas que guían nuestra investigación. Y expondremos tan concretamente como nos sea posible los criterios metodológicos en los que nos basamos. Para ello comenzaremos especificando el tipo de estudio y nivel de análisis de la investigación que intentamos realizar, posteriormente describiremos las características de la población con la que se trabajó y, después, las de aquellos instrumentos que ocupamos para recabar la información que nos interesaba conocer.

2.1.1 *Justificación*

La exclusión social es un fenómeno bastante amplio, con múltiples dimensiones y cuya complejidad sería difícil abordar cabalmente en una sola investigación. Sin embargo, por sus implicaciones negativas en la vida de muchas personas, la exclusión social no deja de ser un fenómeno que sigue ameritando ser estudiado, puesto que su existencia y persistencia evidencian algunos de los rasgos de las sociedades en las que se presenta. En tanto que dificulta o imposibilita la integración social, suscita la segregación de personas o grupos determinados vulnerándolos y violando o limitando sus derechos generando una imperante desigualdad social.

Si bien existen ya muchas otras investigaciones concernientes al estudio de la exclusión social u otros fenómenos relativos a la misma, lo cierto es que, en tanto el problema persiste, sigue y seguirá ameritando ser objeto de estudio en aras de una mayor comprensión del fenómeno y en busca de alternativas que contribuyan gradualmente a contrarrestarlo, ¿no es ese nuestro deber como científicos sociales?

Lo que este trabajo se propone es llevar a cabo un estudio fundamentalmente cualitativo –sin descartar, de ser pertinentes, herramientas cuantitativas–, desde la teoría de las representaciones sociales aspirando poder discernir cómo se relacionan éstas últimas con la

exclusión y la marginación de aquellas personas que por algún motivo se han visto obligadas o han decidido vivir en la calle.

2.1.2 *Pregunta general de investigación*

- ☐ ¿Cuáles son las representaciones sociales que tienen los locatarios y otros actores sociales en la Delegación Cuauhtémoc (como policías, comerciantes o empleados) en torno a los y las habitantes de la calle que ocupan espacios públicos del Centro Histórico de la Ciudad de México?

2.1.2.1 *Preguntas específicas*

- ☐ ¿Cuál es la representación social de los locatarios y otros actores sociales en la Delegación Cuauhtémoc respecto a los espacios del Centro Histórico de la Ciudad de México que ocupan los y las habitantes de la calle? y ¿los y las habitantes de la calle figuran en esa representación social?
- ☐ ¿Cómo se construyen las representaciones sociales del Habitante de la calle del Centro Histórico de la Ciudad de México?
- ☐ ¿Cómo se relaciona la representación social vigente sobre los Habitantes de la Calle del Centro Histórico de la Ciudad de México con su exclusión?

2.1.3 *Objetivo general*

- ☐ Conocer y describir cuál es la representación social de los locatarios, policías, empleados y comerciantes de la Delegación Cuauhtémoc sobre los habitantes de la calle en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

2.1.3.1 *Objetivos específicos*

- ☐ Conocer la representación social que existe de los espacios que ocupan los y las habitantes de la calle en el Centro Histórico de la Ciudad de México y si ellos forman parte de esa representación.
- ☐ Explorar el proceso de construcción de las representaciones sociales sobre el Habitante de la calle en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

- ❑ Discernir cómo se vinculan las representaciones sociales con la exclusión social de los Habitantes de la Calle en la Ciudad de México.

2.2 ¿Qué hicimos? / Tipo de diseño y alcance de la investigación

En concordancia con las preguntas de investigación y objetivos planteados, nuestro trabajo consiste en un estudio *cualitativo* de carácter *descriptivo* sobre la representación social de los habitantes de la calle en el Centro Histórico de la Ciudad de México.

2.3 ¿Cómo se trabajó?/ Instrumentos

Por tratarse esta de una investigación cualitativa y más aún siendo las representaciones sociales nuestro principal objeto de estudio hemos propuesto una metodología de corte etnográfico que contempló la realización de observaciones de campo y de entrevistas semi-estructuradas cuyas características y resultados preliminares expondremos en el presente apartado.

2.3.1 Observaciones de campo

2.3.1.1 Características del instrumento:

Para identificar aquellos sitios más concurridos por poblaciones callejeras y poder tener, además, una noción empírica de quiénes son quienes habitan esos espacios públicos, qué hacen, cuánto tiempo permanecen ahí durante el día, qué días, y cómo se relacionan entre ellos y con otras personas tuvimos que realizar ineludiblemente y como parte de nuestra etnografía un conjunto de observaciones.

Estas, contemplábamos, serían no participantes –esperando no resultaran invasivas o amenazantes–, sin embargo, una vez en campo, no estuvimos exentas de tener esporádicamente algún tipo de interacción con las personas en cuyas actitudes, acciones e interacciones estábamos interesadas en identificar. De modo que eventualmente, durante nuestras observaciones –y el trabajo de campo en general– tuvimos imprevistas oportunidades de entablar –aunque breves– algunas conversaciones con habitantes de la calle o comerciantes de la zona de las que no tenemos un registro audiovisual, pero que en su momento, en conjunto con lo

observado, nos brindaron una panorámica del contexto de los lugares a los que acudimos.

Todas las observaciones se realizaron en diferentes horarios –siempre entre las 9:30 y las 18:00 hrs– y días de la semana, en lapsos que van de los 40 minutos a 3 o 5 horas alternadas entre las plazas Aquiles Serdán y La Conchita. Por cada observación se tiene un registro de datos en diarios de campo.

Nuestras primeras inversiones en campo contemplaron, en un inicio, al Palacio de Bellas Artes, las plazas Montero y Santo Domingo, la Plaza Aquiles Serdán (frente al antes icónico Teatro Blanquita) y la Plaza de La Conchita. Posteriormente optamos por concentrarnos principalmente en las dos últimas y en sus alrededores, considerando nuestra accesibilidad a la población en esos lugares, la afluencia de Habitante de la calle ahí y que, pese a su proximidad, las diferencias de los contextos históricos y espaciales entre un espacio y otro son considerables.

2.3.2 Entrevistas:

2.3.2.1 Características del instrumento:

Se trató de una entrevista semi-estructurada, cuya guía de entrevista conformaban aproximadamente 25 preguntas base –de contraste, de opinión, estructurales, de conocimiento, para ejemplificar y/o de expresión de sentimientos–. De las cuales 7 correspondían esencialmente a la descripción de la delegación o la colonia de residencia y/o trabajo de nuestros informantes con el fin de que estas sirvieran como introducción al tema sin ser demasiado directas y nos permitieran aseguir que tan visibles son los habitante de la calle en la zona; 3 más atañían a la plaza o parque públicos que los habitante de la calle ocupan, entre ellas un ejercicio de asociación libre de palabras respecto al lugar y el dibujo de un mapa del mismo – y las restantes respecto a la percepción que tienen las personas de los habitante de la calle que ocupan esos espacios. Adicionalmente, los datos socio-demográficos recabados, en concordancia con los criterios de inclusión, fueron sexo, edad, tiempo de residencia u ocupación del espacio, lugar de residencia, ocupación y escolaridad.

2.3.2.2 ¿Con quiénes se trabajo?/ Participantes

Nuestros informantes fueron 11 hombres y 14 mujeres que compartían las siguientes características:

- ☐ Son residentes, comerciantes o dueños y/o empleados de establecimientos aledaños a las principales zonas concurridas por población de calle (Plazas Aquiles Serdán, Bellas Artes y La Conchita) en el Centro Histórico de la Ciudad de México;
- ☐ Residen o trabajan en la zona desde hace al menos 3 años;
- ☐ Tienen contacto constante con alguno de esos espacios públicos; y
- ☐ Sus edades oscilan entre los 18 y 72 años, en el caso de los hombres y los 35 y 78, en el de las mujeres.

El tipo de muestreo que empleamos fue voluntario. Concretamos en total 28 entrevistas, siete de ellas únicamente de contacto inicial y de las cuales sólo pudimos completar dos; dos entrevistas más, una individual u otra colectiva, a 4 habitantes de la calle que ocupan las inmediaciones del Teatro Blanquita en la Colonia Guerrero.

III. Descripción etnográfica

El Centro Histórico, como hemos puntualizado en páginas anteriores, es una zona con mucha actividad comercial y que es transitada cotidianamente hasta por 250 mil personas (EL UNIVERSAL, 2017). Por ello y demás características socio-espaciales es factible suponer que permite, entre otras cosas, a los habitantes de la calle una mayor supervivencia en comparación con otros lugares. De modo que, en los parques, plazas y demás espacios públicos del centro de la Ciudad con frecuencia es posible encontrar a hombres, mujeres y niños con el atavío de habitantes de la calle. Hemos elegido esencialmente dos de estos lugares como escenarios de investigación: la Plaza Aquiles Serdán y la Plaza de la Inmaculada Concepción por tratarse de espacios que son ocupados por los mismos habitantes de la calle que alternativamente se trasladan de un sitio a otro durante el día.

Ambos espacios –como muchas otras de las plazas públicas que alberga El Centro– han sido testigos de diferentes etapas históricas de la CDMX y junto con ella han sufrido cambios y transformaciones tanto en su estructura física como en sus usos y simbolismos. “fueron sitios para el abastecimiento, venta de alimentos y otras mercancías; para procesiones, desfiles y espectáculos; [...] para representaciones teatrales, para el acopio y distribución de noticias”(Blanco & Dillingham, 2008; en Romero,). Y todo ello ha impreso una huella en ellas y su historia.

3.1 Plaza Aquiles Serdán

3.1.1 *Historia*

Desde el siglo XIX, el espacio ocupado por la Plaza Aquiles Serdán ha sido sede de actividades de entretenimiento público.

En el actual número 16 de la Avenida Eje Central Lázaro Cárdenas, donde hoy se encuentra la Plaza Aquiles Serdán –antes conocida como Plaza Villamil–, de 1891 a 1906 se mantuvo en vigor el mítico Circo-Teatro Orrin, de origen inglés.

En 1907, el Orrin pasó a llamarse Circo Bell, cuando fue adquirido por el clown británico Richard Bell. En 1910 el Circo teatro fue demolido y el terreno estuvo desocupado durante casi 30 años.

A finales de los 40, se inauguró ahí la emblemática Carpa Margo, dirigida por la empresaria teatral Margarita Su y su esposo Félix Cervantes. Sin embargo, fue clausurada y demolida en 1958.

Poco después los mismos propietarios reedificarían ahí el actual recinto del Teatro Blanquita, que abrió sus puertas el 27 de agosto de 1960. Margarita Su y Cervantes le otorgaron ese nombre en honor a su hija Blanca Eva Cervantes, la actual dueña del lugar. Habiendo sido fundado en un terreno que tenía ya una vasta trayectoria en el mundo del espectáculo mexicano, el teatro se convertiría, hasta nuestros días, en un ícono del Centro Histórico de la Ciudad de México.

Un teatro de revista que, según los propios vecinos del lugar, acogió en su escenario a un sin fin de artistas, comediantes, conjuntos musicales, bailarines y demás espectáculos populares representativos del folklor y la algarabía mexicanos.

Sergio (Habitante de la Calle en la Plaza Aquiles Serdán, 38 años) menciona algunos personajes célebres que se presentaron en el famoso Blanquita:

“Lola Beltrán, Angélica María, Julio Jaramillo, este, Lucha Villa, pero también, Tongolele, los de las películas: Viruta y capulina, Resortes y la famosísima Sonora Santanera, María Victoria: ahí la ves [señaló la estatua de la actriz que actualmente permanece en la explanada]. Todos esos vinieron aquí”.



Imagen 2. Cartel de la función del día 12 de enero de 1896 del Circo-Teatro Orrin (Archivo Histórico del Distrito Federal; en Luna Cornea, 2006, 149).

Este amplio repertorio convocaba grandes multitudes de personas que formaban interminables filas con tal de tener la oportunidad de presenciar los espectáculos que ahí se ofrecían, tal como corroboran, por ejemplo, estos testimonios:

“Como venían artistas y todo eso, pues venía mucha gente, hasta de lejos” (Trini, 61 años, propietaria de un puesto de periódicos).

“Muchísima gente venía, de verdad, muchísima. Se formaban... eran unas filas: ¡uy, enormes!, desde allí [señalando la taquilla] hasta por allá [refiriéndose a la esquina con la calle Pensador Mexicano]” (Sergio, 38 años).

Persisten las narrativas nostálgicas de la gente que cuenta las anécdotas y los recuerdos de cuando el Teatro Blanquita todavía estaba en funciones:

“Ese era un teatro muy famoso, es el Teatro Blanquita, hace no sé, tres, cuatro años lo cerraron. No, nosotros vendíamos muchísimo porque, pues, traían niños y colgábamos cosas [señaló el marco de la entrada del mercado Pensador Mexicano] y jalaban para acá. Antes de entrar al teatro, pues, compraban y lo metían, pues, desde que lo cerraron ya no hay nada de gente” (Delia, 41 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“vamos, me tocó vivir dos, tres la época actual del teatro, en ese tiempo, digo y la época de triunfos y todo eso, desde el 60, 70 [...] Aquí se vió a Vicente Fernández, se vió Juan Gabriel, a Pérez Prado, a Tongolele, María Victoria, José José... ¡Artistas importantes!” (Gustavo, 58 años, comerciante).

“Yo la recuerdo como era, ¿no? Una plaza pus bonita, limpia. El Teatro, pues un teatro de revista... eeh, *del pueblo, del pueblo* más, más, más que nada, ¿no?” (Margarita, 62 años, comerciante)

“La gente pasaba, o sea, la gente podía pasar, se hacía fotos y eso, pero últimamente ya no, ya no he visto cómo este y si antes, bueno, cuando yo iba, este... pues estaban luego a veces...este, chamaquitos jugando, jugando, haciendo reta de fútbol y eso,

luego ya llegaba uno y hacia sus retas” (Joel, 24 años, empleado de un taller de instrumentos).

“Me viene a la mente la vida nocturna, los espectáculos, este, la época de oro, ¿no? Toda la gente que venía a divertirse con sus familias. Era, era bonito” (Omar, 40 años, comerciante).

“Todo lo que es la plancha: con pasto... dónde están las bolas para acá, de las bolas hacia abajo era todo de piedra alrededor [...] lo que había era... todo, todo rededor: de piedra, y las jardineras. Había pasto, mucha vegetación [...] Y la gente que venía, pus, como venían artistas y todo eso, pues venía mucha gente, hasta de lejos, ahorita ya no” (Trini, 61 años, propietaria de un puesto de periódico).

“podías andar libremente, este venían muchos artistas importantes a... los fines de semana cuando había obras el...el teatro pues venías, se presentaban los artistas, venías y agarrabas y te ibas a ver porque te comprabas un disco, que una tacita, que una playera de los artistas que venían, ¿no?, podías irte y sentarte libremente en el teatro Blanquita” (Rebeca, 35 años, propietaria de una cocina económica).

Después de 55 años de operación, el teatro cerró sus puertas a finales de octubre de 2015. Son diversas las versiones –oficiales y no oficiales–, respecto a los motivos de la interrupción de sus actividades, pero desde entonces y hasta ahora se encuentra inactivo. Los habitantes de la zona entrevistados para este trabajo, aún especulan sobre las causas de la clausura y sobre el futuro que depara al teatro, por ejemplo:

“empezaron a tener decadencia de... de gente por lo mismo de la famosa inseguridad y por el miedo, vamos a decirlo así, porque más que todo es miedo [...] Cerró hace dos años y medio por falta de espectáculo, digo, de público. Más que todo porque había espectáculos, pero no tenían asistencia debido al contorno de los señores que están ahora actualmente aquí [refiriéndose a los

habitantes de la calle que se alojan en las inmediaciones de la Plaza Aquiles Serdán]” (Gustavo, 58 años, comerciante).

“Más que nada es que falleció el dueño... falleció y a las hijas ya no les interesó o no supieron, no sé, dar continuidad al Teatro. Luego vienen, se dan sus vueltas, sí, pero ahí está” (Ramón, 72 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

“De plano ya está muy deteriorado, ya está mal cuidado.... mal cuidado, ajá. [...] Dijeron que lo iban a demoler sería ahí que pusieran una zona recreativa, no sé, para jugar, no sé” (Joel, 24 años, empleado de un taller de instrumentos).

El 9 de diciembre de 2016 Miguel Ángel Mancera, entonces jefe de Gobierno, publicó en la *Gaceta Oficial de la CDMX* un decreto que declara al Teatro Blanquita Patrimonio Cultural Urbano de la CDMX, por formar parte de la memoria histórica y de la identidad de la Ciudad (Bucio, 2016). Además de esto, el inmueble está salvaguardado por otro decreto firmado en 1980³ que lo ubica dentro de una Zona de Monumentos Históricos, que impide su demolición y el uso de ese espacio para fines distintos a los de su creación (Coordinación Nacional de Monumentos Históricos, 2018).

El Gobierno de la Ciudad ha expresado su interés por comprar el inmueble, pero no ha podido llegar a una negociación con la dueña. (MILENIO, 2015).

3.1.2 Cartografía del lugar

El Teatro Blanquita dominaba la dinámica sociocultural de la Plaza Aquiles Serdán y los significados otorgados a ésta. Al cerrar sus puertas, fueron tomando relevancia en ese espacio otras actividades y usos del lugar.

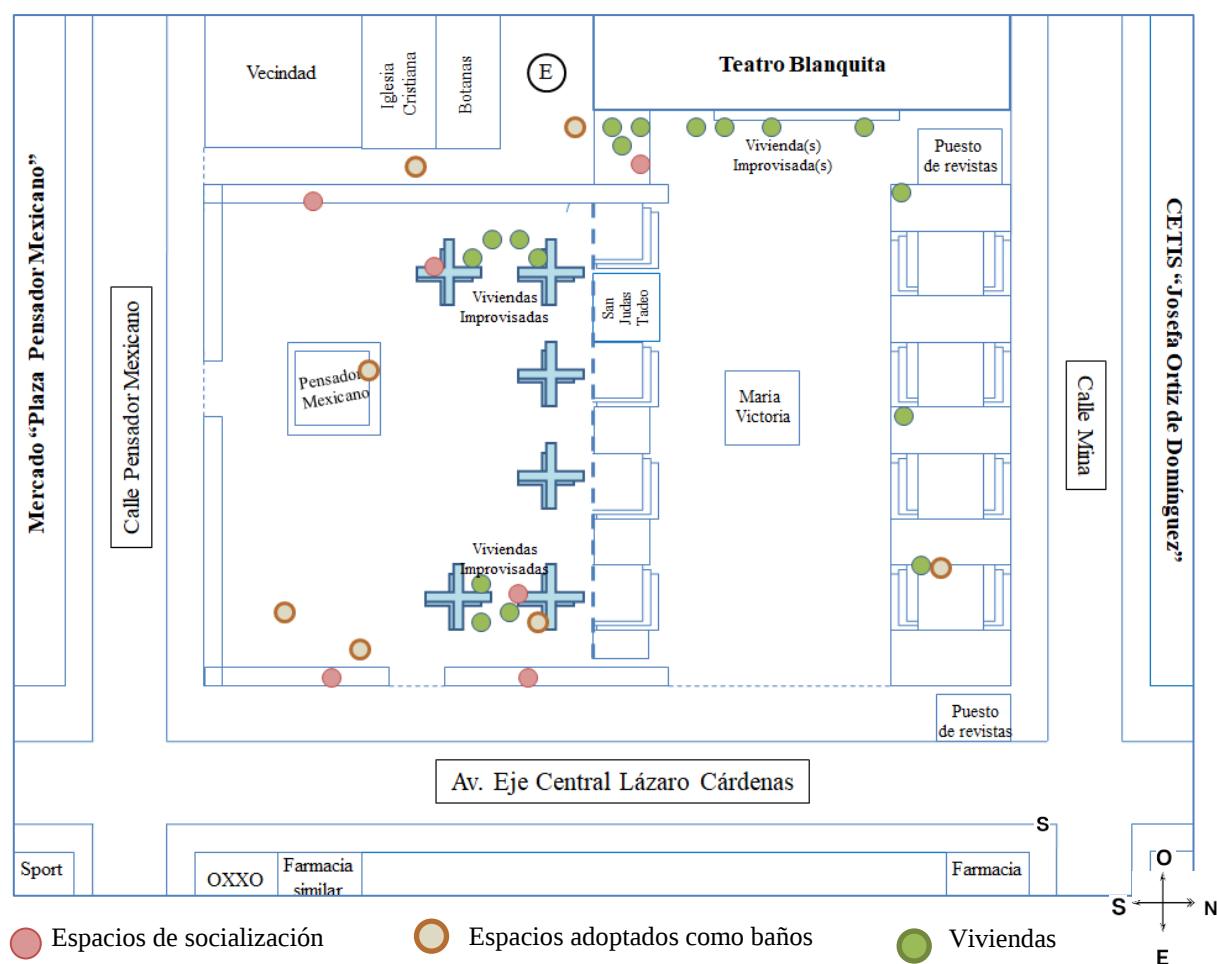
A continuación, presentamos una descripción de la plaza hasta mayo de 2018, resultado de nuestros recorridos de campo en distintos días y horarios. Para ilustrarla elaboramos un croquis del lugar⁴ y presentamos algunas fotografías.

³ Disponible en: [<http://www.monumentoshistoricos.inah.gob.mx/index.php>]

⁴Véase la imagen 3.

La Plaza Aquiles Serdán se ubica en la Colonia Guerrero, entre las calles Mina y Pensador Mexicano. Con ella colindan el Mercado “Plaza Pensador Mexicano” –a la izquierda–, donde hay locales de comida, papelería, dulces, ropa nueva y usada; el Mercado 2 de Abril, ubicado a espaldas del Teatro Blanquita, cuyo abasto privilegia el consumo culinario de carnes, frutas y verduras, etcétera; y el Colegio de Estudios Tecnológico Industrial y de Servicios (CETIS) n° 9 “Josefa Ortiz de Domínguez” –a la derecha–.

Imagen 3 . Croquis de la plaza Aquiles Serdán



En la esquina del Eje Central con la calle Mina hay un semáforo y un puesto de revistas y otro más próximo a las taquillas del teatro. Junto al Teatro se ubica un estacionamiento vehicular, una iglesia cristiana–inactiva–, una vecindad y una tienda de botanas con maquinitas en su interior.

Frente a la Plaza, cruzando el Eje Central –donde inicia la Colonia Centro– se encuentran diversos establecimientos comerciales como farmacias, tiendas de ropa y calzado o loncherías y una tienda oxoxo.

La línea punteada, al centro de la imagen 3, divide lo que consideramos la explanada del Teatro Blanquita del resto del espacio que comprende la Plaza Aquiles Serdán. Siendo así: en el parque de la Plaza –del lado izquierdo– todavía se ven grandes árboles y palmeras y bancas de cemento diseñadas con una forma similar a la del signo “+” dónde la gente puede sentarse.

Ahí también se encuentra una fuente con la figura del General Aquiles Serdán⁵, sobre una base de aproximadamente dos metros de altura que, al igual que otras fracciones del inmueble, ha sido grafiteada.

El costado derecho de toda la Plaza –que colinda con la calle Mina– está delimitado por cuatro escalinatas. En total son alrededor de 12 lámparas las que se encuentran distribuidas en la extensión de la plaza, pero casi ninguna de ellas funciona.

En el centro de la explanada del teatro luce una estatua de la actriz y cantante María Victoria –quien debutó en el escenario del Blanquita–y, en el costado izquierdo, dónde también hay escalinatas, hay un pequeño nicho de San Judas Tadeo.

⁵ Aquiles Serdán Alatrister (1877-1910) fue un activista político, originario de Puebla, aliado de Francisco I. Madero en oposición al mandato de Porfirio Díaz que lideró la revolución antireeleccionista en su estado.

Imagen 4. Fuente Aquiles Serdán



Imagen 5. Estatua de María Victoria



Imagen 6 . Foto de la explanada de la Plaza Aquiles Serdán



3.1.3 *Habitantes de la Calle de la Plaza Aquiles Serdán*

La plaza y sus alrededores regularmente son concurridos por diferentes personas, que van de paso, se pasean o se detienen a tomar un breve descanso o a conversar, etcétera. Es notable la constante presencia o tránsito de estudiantes, padres de familia, amas de casa, comerciantes, personal de limpieza de la delegación o de establecimientos comerciales aledaños, turistas, oficiales de la policía, entre otros.

Sin embargo, es un grupo de habitantes de la calle quien se encuentra ocupando este espacio de forma permanente desde hace por lo menos dos años. No pasando desapercibida su presencia por los vecinos, comerciantes y transeúntes de la zona:

“Lo que es atrás del teatro Blanquita hay mucho vago” (Rebeca, 35 años, propietaria de una cocina económica).

“[Al preguntarles por quiénes generalmente frecuentan la plaza] ¡Los vagos!... Sí, los indigentes allí. También por eso ya, ya la demás gente ya no viene” (Trini, 61 años, propietaria de un puesto de periódicos).

A pesar de no contar con el dato exacto por las evidentes dificultades para censarlos, gracias a los testimonios recabados –de habitantes de la calle y no habitantes de la calle– y a nuestras observaciones de campo calculamos que son aproximadamente una centena –posiblemente más– de habitantes de la calle los que residen y frecuentan de manera más o menos constante la Plaza Aquiles Serdán.

Se trata de una población integrada mayoritariamente por varones

“[Son] más hombres que mujeres, un 70% hombres y unas 30 mujeres” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

Aunque también hay un número considerable de mujeres, niños –incluso lactantes– y adolescentes de entre 11 y 17 años.

“[Hay] de todo: Chicas de su edad, niños, adultos mayores, adultos muy mayores, mujeres, hombres... todo, todo. Todo hay” (Juan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos).

De acuerdo con observaciones previas y con los testimonios, el rango de edad aproximado de los adultos va de los 18 a los 82 años.

3.1.4 Usos del lugar

Siendo los habitantes de la calle quienes casi permanentemente se encuentran ocupando la Plaza Aquiles Serdán son ellos también quienes hacen un mayor uso de ella. Realizan ahí diferentes prácticas cotidianas durante el día: acampan, pernotan, realizan sus necesidades fisiológicas, comen, entablan conversaciones entre ellos, interactúan con otras personas, barren la explanada o al menos sus respectivas áreas o “cuartos” –como hemos escuchado que les llaman–, consumen alcohol u otras drogas, leen” –periódicos y revistas viejos, biblias o libros que llevan para ellos sus benefactores–, lavan su ropa, etcétera.

“Están nada más en el vicio, en la calle durmiendo” (Oscar, 40 años, empleado de un puesto de dulces).

“Bueno, hay están sentados, perdiendo el tiempo todo el día, luego se van a pedir y regresan muchos ahí mismo, a veces duermen ahí o se van a albergues, pero normalmente duermen en la calle con cartón, bolsas o no sé cómo, pero ahí duermen en el suelo y dando mal aspecto a la ciudad” (Jacinto, 67 años, contador en una tienda de pieles frente al Teatro Blanquita)

“Pues luego están ahí sentados, están comiendo, o sea, están, están ahí durmiendo, están haciendo cosas o a veces luego están orinándose, luego se están cagando... se están cagando [...], están drogándose, pero pues eso ya... ya es cada quien” (Joel, 24 años, empleado en un taller de instrumentos).

“Se acomiden luego ellos a barrer porque, pues, porque están ahí ellos. Luego se ponen a lavar allá afuera, pero, pues, aunque se pongan a lavar, pues huele mal. Luego se bañan” (Julián, 20 años, encargado del estacionamiento junto al Blanquita).

“Y pues, mmm... la fuente es lo que utiliza ellos para asearse” (Cristian, 52 años, empleado del Hotel Diligencias, junto a la Plaza la Conchita).

Tales usos que los habitantes de la calle hacen de la Plaza tienden a ser mal vistos por otros usuarios del lugar y residentes de la zona.

Imagen 9. Pertenencias de algunos de los HC frente a la entrada del “Blanquita”.

La imagen captura algunas cobijas, ropa, tablas de madera, bolsas de plástico, una colchoneta, una escoba y costales aglutinados, propiedad de algunos de los Habitantes de la Calle del lugar.

Imagen 10. Montículos de basura en la explanada.



En las rejas que ahora custodian la entrada al Teatro Blanquita están apoyados algunos colchones y varias de las pertenencias de los habitantes de la calle. Están cubiertas con hule cristal, telas y lazos con los que intentan resguardarlas. Hay cobijas, camas improvisadas,

algunos muebles viejos, cajas de plástico y bancos (o botes de pintura que usan como tales).

Las bancas de cemento de la plaza, especialmente las del fondo, en su mayoría son ocupadas por los habitantes de la calle para pernoctar o improvisar sencillas viviendas y resguardarse de las inclemencias del clima.

En el lugar hay grandes cantidades de basura –pedazos de cartón, plástico o tela, empaques de frituras, bolsas de hule, platos desechables, botellas de plástico vacías o llenas con lo que aparenta ser orina–, resultado natural de su habitabilidad. La Plaza es ocupada como lugar de residencia de los habitantes de la calle y, por tanto, como en cualquier hogar, en ella continua y cotidianamente se generan residuos. Esto, sumado a que en los alrededores no se avista un solo contenedor de basura en condiciones óptimas y a que, según los vecinos, la atención prestada al mantenimiento y aseo del espacio no es la suficiente por parte de la delegación proyecta una imagen desatendida de la plaza.

Los vecinos y quienes trabajan en las cercanías denuncian constantemente el mal estado en que se encuentra la plaza y el acérrimo deterioro al que, aseguran, está expuesta –situación que comparte con otros espacios y edificios de antaño en la zona–.

“A mediados de enero se apagaron las lámparas, hasta ahorita no han vuelto a funcionar. Hicimos el reporte y nos dicen: ¿sabe qué?, tiene 60 días a partir de que hizo su reporte para ver si las luces se componen o... tiene que volver a llamar. Entonces en eso dices: ‘oye, pero es que es una plaza, es un lugar de...,

‘ora sí que de ambiente familiar. Tiene que estar iluminado, los árboles podados, botes de basura...’ y no, la verdad no” (María, 36 años, copropietaria de un puesto de periódicos).

“Esos espacios que son históricos, deberían de limpiarlos ¿no? La verdad, porque lo que es el Centro Histórico no tiene nada de limpieza. Madero porque de verdad ya sería el colmo que no le pusieran atención, pero aquí [refiriéndose a la Aquiles Serdán] es una porquería” (Rebeca, 35 años, propietaria de una cocina económica).

De modo que varias de las personas entrevistadas expresan tener una percepción nada satisfactoria de este espacio.

“[al pedirle enunciar las primeras palabras que trajeran a su mente el nombre de la Plaza Aquiles Serdán] Basura, el olor a orines, la indigencia, la inseguridad porque ya después de cierta hora ya está muy peligroso [...] ya se torna muy solo” (María, 36 años, copropietaria de un puesto de periódico).

“Te apuesto que tú a las siete de la noche no pasas por aquí...” (Trini, 61 años, propietaria de un puesto de periódico).

“Dije: ‘No inventes, esto está horrible’, pero jamás me imaginé vivir aquí...” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

Lo que persiste es un sentimiento de inconformidad general por parte de los vecinos, empleados y comerciantes de la zona respecto las formas de ocupación del espacio por parte de los Habitantes de la Calle. A ellos, de hecho, tienden a atribuir las malas condiciones en que se encuentra la plaza:

“Tienen muy sucio, tienen cosas que luego no ocupen, tienen muchos... mucha madera, mucha ropa que luego ni se ponen... y todo eso, pues, genera que, aaah, que se hagan ratas, que huela mal... pues lo agarran de baño público” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

“que tengan ahí lleno de mierday los meados, toda la comida y, no, no es asqueroso, asqueroso [su expresión seguía siendo de desagrado]. No, hija, ya ahorita ya se viene el tiempo de calor, que no puedes ni respirar porque todo el olor de la mierda, de los meados... todo el aire lo mete. Y estamos, aquí, olvídase... horrible, horrible...” (Margarita, 62 años, comerciante).

Sin embargo, los Habitantes de la Calle argumentan algo distinto:

“nosotros que... que nos quedamos aquí pues tenemos que barrer, tenemos que mantener limpio, si no, pus, no nos permiten quedarnos [...] la gente de bajos recursos, la gente de la calle [...] Él [señalando a uno de sus compañeros] es uno de las personas que barre todo lo que es arriba de la plaza. Y cuando vienen los de la Delegación ellos nomás barren por encimita... Y dicen: ‘y ya’. Y si nosotros lo hacemos es porque no nos corran de aquí y tenemos dónde vivir” (Gaby, 35 años, habitante de la calle de la Plaza Aquiles Serdán).

Además de los habitantes de la calle, otros actores sociales eventualmente también hacen uso las Plaza Aquiles Serdán. Ocasionalmente alguien que va de paso se detiene a mirar el panorama, esperar a alguien o tomar un descanso. Los alumnos del CETIS se quedan un rato—usualmente no más de 20 minutos—, antes de entrar o luego de salir de la escuela, conversando o jugueteando en grupos numerosos. A la plaza acuden también empleados de la delegación con frecuencia para asearla—según los propios habitantes de la calle, una vez cada 15 días y esporádicamente cada siete, sin un horario específico—. Y en ocasiones, al término de su labor, se quedan a tomar un refrigerio, siempre guardando regular distancia de los espacios ocupados por los habitantes de la calle del lugar.

Imagen 11. Grupo de jóvenes congregado en la explanada del Blanquita.



3.2 Plaza de la Inmaculada Concepción de María

3.2.1 Historia

La también llamada plaza de *La conchita* está asentada sobre un terreno rectangular que delimitan abundantes arboles y colinda con las Calles Belisario Domínguez y República de Perú.

La plaza y el contiguo templo popularmente llamados “De la Conchita” tienen una larga historia que comienza aproximadamente en el siglo XVII. Pese a no haber un dato exacto sobre su fundación –entre 1540 y 1575– la iglesia de La Inmaculada Concepción de María, está instituida como el primer convento de la Nueva (Cfr. Ratto, 2012; CDMXtravel, s.f.).

Durante el siglo XX se tiene registro de sólo tres intervenciones con fines de remodelación de la Plaza y de la célebre Capilla de la Concepción



Imagen 12. Antiguo aspecto de la Capilla de la Concepción Cuepopan

Cuepopan. La primera en 1927; en el 2011, durante la administración de Marcelo Ebrard y recientemente en marzo del año pasado se concluyó su rehabilitación de nueva cuenta para acondicionarlo e instalar ahí parte de un corredor que originalmente pretendía exponer y dar difusión a la caricatura, encontrándose esta aún se encuentra en el lugar. Actualmente en ella se han instalado un considerable número de habitantes de la calle.

3.2.2 *Cartografía del lugar*

Dónde empieza la plaza, del lado de la avenida Belisario Domínguez, se encuentra una fuente. En la explanada: algunas mamparas que exponen algunas caricaturas en no muy buen estado y, al centro, la capilla de la Concepción Cuepopan –actualmente cerrada– y, a espaldas de esta última: el Comedor Comunitario Vicentino. Las bancas son escasas, y la gente que asiste se sienta en banquetas, en las escalinatas o en los bordes de la fuente.

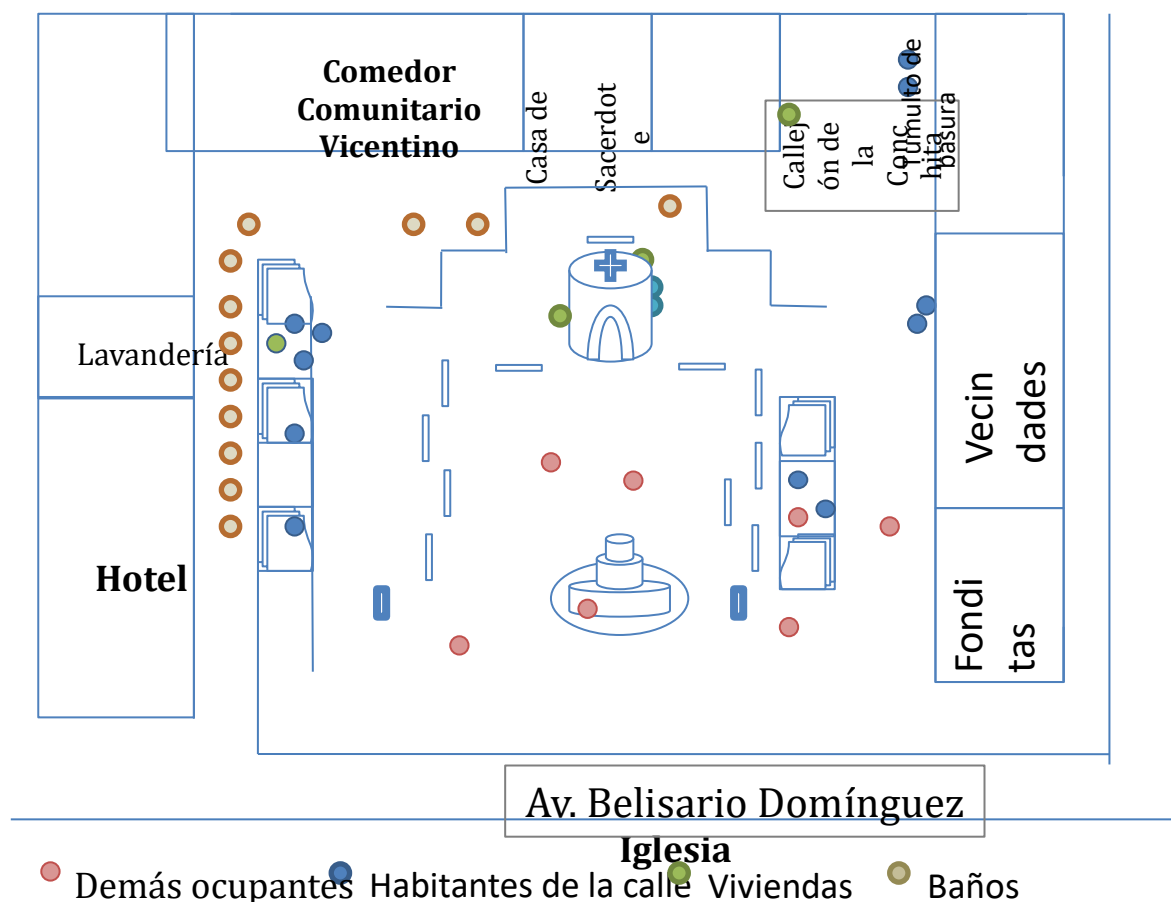
Imagen 13. Fachada de la Plaza de la Conchita



A sus alrededores hay algunas viviendas particulares, vecindades, y algunos comercios, entre ellos, una lavandería, un par de fonditas y el Hotel Diligencias con vista a la plaza. En la

esquina del Callejón de la Conchita con República de Perú con frecuencia es posible encontrar una montaña de basura dónde pepenan habitantes de la calle. Cerca hay una vivienda improvisada con muebles y utensilios precarios, quizás tomados de la basura.

Imagen 14. Croquis de la Plaza La Conchita



3.2.3 *Ocupantes y usos del lugar*

3.2.3.1 *Habitantes de la calle*

La población de habitantes de la calle que se hospedan en la Plaza de la Concepción, está conformada predominantemente por hombres y ello es aún más evidente en ella en comparación con la Plaza Aquiles Serdán.

Ellos lo ocupan también para suplir ahí sus necesidades fisiológicas, dormir, asearse, convivir entre ellos o con otras personas, abastecerse de alimentos, ocuparse de empleos informales,

el consumo de drogas y alcohol. Algunas de estas actividades los llevan a significar el espacio como un hogar

“Muchos piden dinero, la mayoría, ¿verdad? Charolean, piden dinero” (Lisette, 30 años, vecina de la Plaza la Conchita).

“En el parque se toman su cerveza, su solvente, se drogan” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

“Otros cartonean, pepenan [...] desde temprano se levantan a hacer sus cosas y tienen luego hasta sus propias estufas para hacer en la calle, ponen su desa cosita de... atún, le ponen alcohol de no sé qué y se hace una estufita y ahí mismo se preparan, se ahorran lo de eso y comen” (Vanessa, 38 años, visitante recurrente de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle).

Los habitantes de la calle casi todas las tardes ahí aguardan su turno para poder acceder al comedor comunitario que les brinda asistencia principalmente alimentaria cuatro días a la semana desde 1960 y que es administrado por la iglesia y subsidiado en parte por la delegación y algunos donativos.

Es a este de hecho, al que muchos atribuyen la permanencia de los habitantes de la calle en la zona.

“Acá a la vuelta donde esta esa pared rosa, a un lado, hay otro parque igual y ahí fue a donde se originó todo eso de que se dormían, hay como un tipo convento, ahí les dan de comer, ahí creo que hasta se bañan, se duermen, y pues por eso empezó a traer, a traer, incluso afuera de la iglesia está lleno de indigentes” (Delia, 41 años, comerciante en el Mercado Pensador Mexicano).

“Luego que vienen... eeh, gentes que no son ni de esta zona. A lo mejor son de otras calles, este, que están eeh, en situación de calle en otras calles... pero como los sábados ven el apoyo que les traen vienen a... a hacer ahí” (Cristian, 52 años, empleado del Hotel Diligencias, junto a la Plaza la Conchita).

“Aquí, aquí se empezaron a ir para allá como año y medio también, es que entre ellos se corren la voz... ‘Este, allá esta bonito. Allá está tranquilo. Allá está el pisito. Allá hay... ¿Ya no abren el Teatro Blanquita?: allá nos dormimos, es más hacemos nuestra... nuestra casita’. Ajá, así es como viven ellos” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

Y, en efecto, buena parte de los habitantes de la calle en la zona que residen o frecuentan alternadamente la Plaza de la Conchita y la Aquiles Serdán lo hacen motivados por la ayuda otorgada por el comedor:

“Hay apoyo, vienen a apoyar también aquí a... apoyan, de alguna u otra manera apoyan” (Esteban 42 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

“[Sobre si es frecuente la presencia de habitantes de la calle] Sí, uta, y más aquí porque aquí está el comedor. Es un comedor público ahí dónde está morado, en el fondo, es un comedor, este, público, entonces aquí siempre llegan, aquí siempre están” (Vanessa, 38 años, visitante recurrente de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle).

Imagen 15. Comedor comunitario



Algunos se encuentran comúnmente acostados en los rincones de la plaza o en las puertas de una vecindad colindante, resguardados bajo la sombra de los árboles o cerca de la fuente.

“Hay unos que están de planta ahí frente a la iglesia, si se asoma ve usted ahí que tienen sus colchones, sus colchonetas algunos, sus plásticos cuando llueve se refugian ahí y ahí están, sí. Pero actividades no, no... yo no veo que realicen actividades ellos” (Cristian, 52 años, empleado del Hotel Diligencias, junto a la Plaza la Conchita).

Con lo anterior podemos darnos cuenta que su presencia no es estable ni mucho menos definitiva, bueno, al menos no de todas las personas que acuden al lugar. La plaza sólo ocupada a ciertas horas.

Pese a parecer estar más dispersos, los habitantes de la calle llegan a congregarse para platicar –casi siempre detrás de la capilla- en grupos de 4 a 8 integrantes.

Los vecinos de la plaza describen prácticas poco convencionales que los habitantes de la calletambién realizan en la explanada de La conchita:

“Dos, tres se ponen agresivos porque andan...mal. O sea, se les pasa el...lo que consumen y eso hace que se pongan mal y sí, se ponen agresivos y así, pero, entre ellos luego se golpean. Había otro que andaba también ahí, andaba con un palo de madera así grueso y pasa y “!pasí”, les pegaba, entre ellos [aclarába]” (Cristian, 52 años, empleado del Hotel Diligencias, junto a la Plaza la Conchita).

“hay quienes se bañan en la fuente [...], toman agua, de ahí la toman” (Vanessa, 38 años, desempleada y visitante recurrente de la plaza).

“Me ha tocado ver así gente que, así igual vagos que se ponen a defecar en la banqueta pasando la gente, y digo, pues a nadie le gusta, es desagradable” (Osvaldo, 20 años, ocupante concurrente de la plaza). “No todo el tiempo se meten en la fuente, eh [risas], namás cuando hace calor. Ha pasado que luego

hasta se están bañando adentro” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

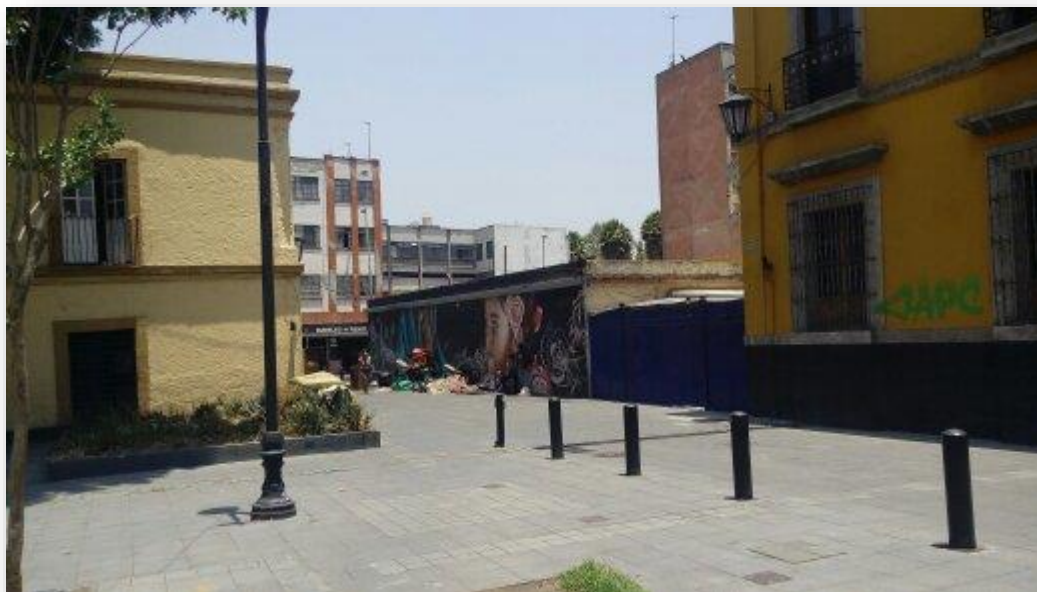


Imagen 16 . Habitantes de la calle sobre un montículo de basura en el callejón de La Conchita

3.2.3.1.1 Otros actores sociales

En el caso de La Conchita, otras personas parecen sentirse con mayor libertad para hacer uso de la plaza: acuden chicos a patinar o jugar sobre la explanada; algún curioso interesado en los posters de las mamparas o la capilla de la Conchita; paseantes; padres de familia con sus hijos que, después de recogerles en la escuela, hacen una parada para jugar; parejas; quienes se sientan en la fuente; que conversan; toman un rápido refrigerio; personas mayores que disfrutan del paisaje urbano tras la misa en la parroquia; en fin.

“Aquí los días domingos vienen muchos jóvenes a hacer deporte, los domingos si vienen muchos jóvenes, patineta, bicicleta y patines, si los días domingos si andan, este...haciendo o lo ocupan para el deporte y ellos mismos, los de la calle saben que el domingo es para los deportistas, se van, se desaparecen del parque, esta limpiecito” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

Imagen 17. Visitantes de la plaza



Además, esporádicamente, en especial después de haber sido remodelada la plaza, se realizan ahí eventos recreativos

“la delegación ha hecho varios eventos aquí en este jardín no tanto en apoyo a ellos [aclaró], sino porque utilizan... para, para actividades culturales”
(Cristian, 52 años, empleado del Hotel Diligencias, junto a la Plaza la Conchita).

De modo que, a diferencia de la Plaza Aquiles Serdán, actualmente La Conchita tiene con mayor frecuencia otros usos: de contemplación del lugar, de recreación, uso lúdico o de esparcimiento.

Es destacable que cuando la presencia de los habitantes de la calle disminuye, la afluencia de otras personas en la plaza incrementa considerablemente y ello quizás se deba a que se sienten con mayor confianza de permanecer en el lugar cuando la presencia de habitantes de la calle no es tan evidente o bien, aunque no tenemos la certeza de sí tal vez el horario también influiría y fueron más bien los habitantes de la calle quienes se dispersaron a sabiendas de

que a esa hora –alrededor de las 14:30 pm, según lo observado– la Plaza comenzaría a ocuparse. Algo distinto ocurre en otros horarios:

“Haz de cuenta están desde las 11 y 11, 12, una, dos, tres, tres y media o cuatro, después se desaparecen y ya en la mañana yo creo que les da... no están porque hace frío, porque es muy temprano, pero eso de las 11 o 12, ¡uff!, andan por grupitos” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

Podríamos pensar también en la posibilidad de que exista un acuerdo informal respecto al uso de la plaza, ya que uno de nuestros informantes nos dijo lo siguiente:

“Ellos mismos, los de la calle saben que el domingo es para los deportistas, se van, se desaparecen del parque, esta limpiecito. Se van por ahí, yo creo que es como su día de...es mi domingo, ¿no?, es como nosotros, es domingo” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

3.2.4 Apropiación del espacio

Indudablemente los habitantes de la calle han ordenado estos espacios como sus casas. De ello hemos venido dando cuenta a lo largo de toda la etnografía, pero veamos ahora algunos otros ejemplos más concretos:

“Hay, había veces que estaban hasta los... les decían ‘departamentos’. Aquí esta banquita era de unos, esa de otros, la de allá de otros, acá de otros” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

“él se imagina que es su casa, su colchón, sus sillas, sus trastes, su tendedero, y en las mañanas levanta y se baña, pone su cubeta y se baña, se arregla y compra su periódico y ya a estas horas de la tarde lo ves que ya va a preparar su comida para comer, esa es su casa, para él en su imaginación es su casa” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

“[Sobre si consideran que la Plaza es como su casa] ¡Pues sí!, es dónde vivimos, dónde nos vamos a morir. Es nuestra casa, una casa. Con sus cuartitos y toda la cosa” (Ramón, 72 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

Además, a pesar de encontrarse viviendo en la calle, ellos dicen contar con reglas, como en cualquier hogar, que por un lado les permiten tener una buena convivencia con sus compañeros y con las que buscan que les permitan quedarse el mayor tiempo posible en el espacio que han configurado como su casa:

“Aquí hay reglas, a pesar de ser de la calle tenemos que doblar nuestras cobijas, trapear, barrer, ir a trabajar, regresar. La regla de la calle, no es necesario que te lo digan, tienes que ir a hacerlo” (Abril, 20 años, ex Habitante de la Calle Plaza Aquiles Serdán).

Habitar, trae consigo la idea de ordenación de un espacio para poder hacer uso de él, de modo que termina por imprimírsele la huella de los actores sociales que la ocupan:

“Conlleva a la vez producirlo y pensarlo en tanto que espacio propio, subjetivo, imaginario, que se instituye dinámicamente como proceso de plasmación de las prácticas sociales de los sujetos, y que simultáneamente es percibido como instituido, esto es, organizado, en virtud justamente de esa experiencia activa de creación del espacio” (Miceli & Gallego, 2008; 17)

Ahora bien, hay un proceso de domesticación de la Plaza Aquiles Serdán y La Conchita no sólo por parte de los Habitantes de la Calle sino también por de los otros actores sociales que las concurren y quienes sostienen algún grado de familiaridad con el lugar.

Esta domesticación consiste en asignar usos particulares a esos espacios: generalmente recreativos y comerciales por parte de los demás actores sociales de la zona; y de residencia –y todo lo que eso implica–, en el caso de los habitantes de la calle.

Hablamos entonces de al menos dos formas de apropiación de los espacios distintas, que incluso se contraponen y ello deriva en una constante disputa por esos espacios. A ello, seguramente, se debe parte de la antipatía emergente hacia los habitantes de la calle.

Sin embargo, estos no son los únicos lugares en los que se han instalado colectivos de habitantes de la calle. Nuestros informantes nos dicen, por ejemplo:

“Te los encuentras dónde vayas, caminando, en el centro. En el mismo primer cuadro... Del eje central para allá [haciendo ademanes con sus manos] es el Centro Histórico, del eje central para acá es la Colonia Guerrero. Del eje... eeh, de Reforma [corrigió] y el eje central para allá es la Colonia Morelos... a dónde está Tepito, la Lagunilla, todo eso” (Juan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos).

“Está cerca Garibaldi, también ahí. Tú vas a Garibaldi y están los vagos acostados ahí” (Rebeca, 35 años).

Representaciones sociales de los espacios

Lo anteriormente expuesto acerca de lo encontrado en nuestra etnografía nos ha llevado a discernir entre cuatro factibles representaciones sociales sobre los espacios comprendidos por la Plaza Aquiles Serdán y la Plaza de la Conchita:

a) Nostálgica

La primera de estas representaciones sería una *nostálgica*. Esta se hace inteligible en la expresión explícita de sentimientos como decepción, tristeza, resignación o lastima al recordar cómo eran antes esos espacios y en comparación con cómo son ahora⁶. Además las personas muestran indicios de tener un cierto apego melancólico hacia ellos.

⁶ Véanse testimonios de la página 11.

“Tristeza, a uno le da tristeza de que... se acuerda cómo antes era. La gente que venía, los niños, la convivencia. ¿Cuántos años no han pasado? Ya no es igual, nada que ver, pero ¿qué podemos hacer?” (Lupita, 78 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

b) *Condescendiente*

Esta y la anterior son los tipos de representación de los espacios menos comunes.

Particularmente en esta los individuos dicen tener una percepción más o menos aprobatoria del espacio, encontrándolo un lugar tranquilo, transitado, bonito, restaurado y de uso público que frecuentan con regularidad para pasear, tomar un descanso, un refrigerio o realizar ahí otras actividades. Aunque hay algunos aspectos que no les gustan del todo –como lo es la presencia de “indigentes”–, tienden a restarles importancia o dicen haberse habituado a ellos.

c) *Negativa*

Énfasis en las malas condiciones de los espacios, tendiendo a describirles como lugares feos, sucios, descuidados, en deterioro e inseguros. Debido a esto también evitan, en lo posible, acercarse demasiado a ellos. Aplica también un general desapego respecto a ellos. Personas con este tipo de representación omiten expresar algún juicio positivo o negativo sobre los espacios y el uso que hacen de estos, si lo hacen, generalmente es sólo de tránsito.

d) *Ambivalente*

Existe también un tipo de representación que llamamos *ambivalente* puesto que en ella convergen la negativa y la nostálgica. Es el caso de quienes tienen una imagen negativa de los espacios, pero sienten también un cierto afecto por los mismos en tanto que tienen recuerdos, anécdotas e historias de vida que involucran esos espacios.

Por lo anterior, es fácil descifrar que las representaciones sociales existentes acerca de estos espacios se encuentran muy ligadas a la percepción que se tiene de los habitantes de la calle que los ocupan.

IV. Interacciones sociales del habitante de la calle: entre nosotros y con otros.

La interacción social es el proceso mediante el cual se construye, evidencia y reproduce la realidad social. Para este trabajo resulta fundamental considerarla puesto que es a partir de ella que se fundamenta la representación social del habitante de la calle, pero también se manifiesta. Dicho de otro modo que las interacciones dan cuenta de las representaciones sociales vigentes al tiempo que sirven de referencia para cimentarlas.

Existe una discriminación hacia este actor social, que se manifiesta sobre todo –o más explícitamente– en el discurso de los entrevistados, pero también en las interacciones cara a cara –aquellas “en las que dos o más individuos se hallan en presencia de sus respuestas físicas respectivas” (Goffman, 1982)–. Los actos discriminatorios son notables a través de la evitación, la hostilidad, las calumnias, la indiferencia y la desconfianza de la que son objeto.

En la evitación, la hostilidad, las calumnias, el estoicismo, la desconfianza, etc.

4.1 Formas de interacción entre habitantes de la calle

Plaza Aquiles Serdán

Aunque las interacciones que más interesan a los fines de este trabajo son aquellas que se entablan entre habitantes de la calle y otros actores sociales, antes de abordarlas consideramos también importante describir cuáles son las características de las formas de convivencia que se dan entre los propios habitantes de la calle. En tanto que estas evidentemente inciden en la construcción de la representación social que elaboran los vecinos, comerciantes o empleados de la zona sobre ellos.

Frente al “Blanquita”, la convivencia entre los ocupantes de planta de la plaza, según ellos mismos describen, es predominantemente armónica y hasta fraterna, al grado de considerarse la gran mayoría miembros de una extensa familia –en tanto que comparten una misma casa: la calle y, más concretamente, la plaza– que procura el bien común –a veces atreves del compartir utensilios o alimentos, dividir las labores de aseo de la plaza y la cooperación–.

“Pues, nos conocemos de nombres o sus seudónimos. Nos ayudamos, nos ubicamos todos. Yo... fíjense, por ejemplo, a mí me dicen «abuelo», soy el abuelo. ‘Abuelo, esto, abuelo, el otro’, sí [reía sutilmente]” (Ramón, 72 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

“no peleamos, no nada, aquí nos juntamos, aquí dormimos, como una familia, ¿no?” (Esteban 42 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

“Siempre es juntos, siempre es juntos, la verdad es mejor es...estar juntos todos, conviene más, ¿no?, porque si es por tu propia cuenta, por tu propia cuenta, pues, este, no...además no sabe la comida así. Entonces ya nos acostumbramos a comer siempre juntos todos, uno va a comer, todos comemos, ¿no? [...] Esta chida la convivencia, se siente bien estar con... personas que...si [pausa larga] hay pleitos, ¿no?, como en todos lados y lo feo, ¿no? A algunos sí los considere mi familia...a algunos, ¿no?, así como hay amigos, pues también hay enemigos, ¿no?, tienes que andar a las vivas, ¿no? (Abril, 20 años, ex habitante de la calle que aún visita la plaza).

“Yo la relación que tengo con ellos es muy buena, todos me quieren, todos me respetan, todos tienen una atención ante mí, de respeto y de cariño. Ellos son mi familia, todos ellos son mi familia, no importa la edad, no importa de dónde vengan, no, a todos los quiero igual ya todos, a todos los respeto igual, con sus valores, conocimientos y sus atenciones propias. Si se quieren subir a mis barbas también los bajo con una bola de madrazos” (Leonardo, 62 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

Retomando a Goffman, habida cuenta de que los habitantes de la calle son consientes de la falta de aceptación a la que están expuestos, en tanto que sus diferencias parecen acentuarse y siempre estar presentes en el juicio del resto de la gente –y ello lo comprobaremos en apartados posteriores⁷– se hace necesaria para ellos la búsqueda de una aceptación real. Lo

⁷ Véanse testimonios de Germán y Gaby en la página 85.

anterior sólo puede buscarse sin demasiado riesgo dentro de un grupo de iguales. Es esto, seguramente, lo que los ha llevado a familiarizarse tanto y constituirse como una comunidad.

Pese a que es una población oscilante, porque varios de ellos eventualmente se trasladan a otros sitios –relativamente aledaños como Garibaldi, la Alameda Central, el Palacio de Bellas Artes o la Plaza de Santo Domingo, entre otros– o vuelven a sus hogares y casualmente regresan a la Plaza todo parece apuntar a que comparten vínculos estables:

“Luego unos se van y otros regresan, pero hagan de cuenta que cuando regresan no cambia nada, no. Como si nada. Todo bien, bien... normal ‘¿qué pasó?, ¿a dónde fuistes?’ Somos una familia” (Ramón, 72 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

Sin embargo, no están exentos de que, en ocasiones, surjan enemistades entre ellos. Mismas que derivan en conflictos o peleas que eventualmente los llevan desde agresiones verbales hasta provocarse lesiones físicas seberas – generalmente cuando están bajo el influjo del alcohol o de alguna sustancia psicotrópica, de acuerdo con los vecinos del lugar que han sido testigos de esas peleas en más de una ocasión–.

“Digo, a veces sí, sí hay problemas, ¿no?, pero... lo normal y, este, y no dura uno enojado, se les olvida. [Pelea] porque a este no le pareció algo y..., pero, lo normal” (Ramón, 72 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

“básicamente aquí... has de cuenta que aquí... entre ellos si hay muchas broncas, se pican por... por una mona, porque ‘tú me robaste un peso’ o que ‘agarraste una playera que yo dejé ahí’. Se llegan hasta a picar” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

“A cada rato se pelean, a cada rato se pelean entre ellos” (Trini, 61 años, propietaria de un puesto de periódico).

Esto último afianza la creencia de que son agresivos y que pueden responder aversiva o compulsivamente transgrediendo la integridad de alguien –además de ellos mismos–

, más aún encontrándose azorados por alguna afección psicológica o el influjo del alcohol o narcóticos.

Plaza de la Conchita

La dinámica en La Conchita tiende a ser relativamente distinta. A diferencia de cómo ocurre en la Aquiles Sedán los habitantes de la calle, pese a no ser tantos, parecen estar menos cohesionados. En la plaza, en horarios no tan concurridos están generalmente dispersos, o en parejas. Sin embargo, cuando se congregan suelen hacerlo en grupos más numerosos, de hasta más de 8 y además refieren también haber establecido relaciones filiales, de amistad y sana convivencia:

“Ellos mismos te dicen ‘¿quieres un café güerita?’ Bueno, a mí en mi caso sí, ellos te llevan a dónde dan de comer. Son buenas personas, por eso uno se integra no tanto a estar en grupo con ellos, pero sí, o sea de, de pasar y este: ‘Oye manito, ¿no me regalas refresco?’, ‘Ah, sí’ [...] todo mundo se cuida como una familia grande” (Vanessa, 38 años, antigua habitante de la calle en la Plaza La Conchita).

Imagen 18. Colectivo de habitantes de la calle reunidos detrás de la Capilla de la Conchita



Habitantes de la calle de los alrededores acuden a La Conchita fundamentalmente por los servicios que el comedor comunitario les ofrece de modo que ahí, en el interior del edificio y las inmediaciones de la plaza, frecuentemente encuentran un espacio de convivencia incluso con otros. Generalmente conversan, comparten y mercantilizan psicoactivos u, ocasionalmente, también juegan, incentivados por los voluntarios que ocasionalmente los visitan. La forma de interacción cotidiana entre ellos es, incluso a simple vista, aparentemente desinhibida y coloquial.

También entre los habitantes de esta plaza esporádicamente se suscitan conflictos o conductas agresivas:

“dos, tres se ponen agresivos porque andan... mal. O sea, se les pasa el... lo que consumen y eso hace que se pongan mal y sí, se ponen agresivos y así... pero, entre ellos luego se golpean. Había otro que andaba también ahí, andaba con un palo de madera así grueso y pasa y “¡Pas!”, les pegaba, entre ellos [aclaraba] y se pegaban, se enojaban y se decían y a la hora se abrazaban y todo” (Cristian, 52 años, empleado del Hotel Diligencias, junto a la Plaza la Conchita).

- Interacciones entre habitantes de la calle y otros actores sociales

Transeúntes

Considerando que «transeúntes» son aquellas personas que están de paso o que permanecen durante un periodo corto de tiempo en el lugar –descartando a vecinos o comerciantes y empleados de la zona y a quienes esporádicamente acuden a brindarles algún tipo de ayuda y de cuyas interacciones hablaremos más adelante– incluyendo también a automovilistas.

Diremos que la interacción de los transeúntes respecto a los habitantes de la calle es casi siempre predominantemente estoica. Quienes comúnmente sólo van de paso o incluso llegan a detenerse esporádicamente en la plaza para tomar un descanso tienden a mostrar una actitud

de indiferencia y o, en su defecto, temerosa o un tanto hostil –aunque con menos frecuencia– hacia estos sujetos de representación social.

En su mayoría, quienes transitan la zona a su paso se limitan a dar apenas un vistazo al lugar, antes de desviar la mirada y continuar su camino. Quienes se sientan y permanecen al menos por un rato en las inmediaciones de la plaza lo hacen lejos de los habitantes de la calle o de las áreas en las que ellos se encuentran concentrados y tienen sus pertenencias.

Sin embargo, la situación cambia un poco cuando algún habitante de la calle intenta acercarse a la gente de paso –para pedirles una moneda o ayuda en especie, para ofrecerles –en venta– un dulce o servicio –por ejemplo, de limpia parabrisas– o incluso para probar su disposición para entablar una conversación–. Cuando ello ocurre con frecuencia las personas reaccionan evasivamente –apresurando el paso, negando reiteradamente con la cabeza, no respondiéndoles verbalmente o, además, en el caso de los vehículos, subiendo los vidrios de la ventanas y/o acelerando la marcha– e incluso, aunque con menor frecuencia, con algún mal gesto –principalmente evidenciando con ademanes el desagrado que siente por el mal olor de la plaza o de quien intenta acercárseles–.

“Si hay gente que es muy grosera y despectiva, pero pues cada quién, ¿no?, [...] yo noto a veces una actitud, despectiva en que yo creo que les molestan que estén aquí, ¿no? En que ellos se acercan o o o a veces son amables, a veces ‘Oiga...’, este ¿no? Y la gente así [indiferente o mala cara]” (Lisette, 30 años, vecina de la Plaza la Conchita).

“...en ocasiones si hay gente que sí les... responde con una agresión, un golpe o algo, una palabra y así. [Tras preguntar con qué frecuencia eso ocurre] Mmm... no, pues, diario sí, pero así que tu digas ‘Ay, a todas horas’, no” (María, 36 años, copropietaria de un puesto de periódicos).

A veces incluso basta que las personas tengan la impresión de que un habitante de la calle pretende o puede aproximárseles para que adopten medidas preventivas como cambiar de trayectoria mientras caminan en dirección opuesta a ellos, moverse de lugar, emparejarse a otras personas que pasan caminando, etcétera. Tal parece que les perciben como una amenaza

latente o sujetos indeseables y ello justifica su aparente intimidación o bien, la actitud defensiva que asumen hacia ellos.

De esto hemos dado cuenta a través de nuestras observaciones y visitas al campo pero también rescatando las denuncias de los propios habitantes de la calle e incluso las declaraciones de otras de las personas a las que entrevistamos que ante el cuestionamiento de con qué frecuencia los habitantes de la calle conviven con otras personas declaran, por ejemplo:

“No, no, porque llegan y se te acercan lo primero que te provocan es miedo. ¿No? Así de: ‘me vas a saltar o me vas a lastimar’, ¿no? y ellos se dan cuenta que, de lo que provocan... y se van” (Joan, 48 años, propietario de un taller de guitarras).

“no sé..., [la gente siente] miedo de que los vayan a asaltar, de que les vayan a robar, o si les vayan a hacer algo: ¡miedo!”. (María, 36 años, copropietaria de un puesto de periódicos).

“La gente les da miedo, has de cuenta, nosotros...vamos a cruzar acá y vemos a ellos y nos vamos por allá o mejor le damos la vuelta , entonces ya no nos atrevemos a cruzar porque en la calle, en la siguiente...este paso conecta con la calle de Perú, y la gente ya no pasa, pasan pero realmente los que viven por aquí o por ejemplo yo que trabajo acá y quiero cruzar para allá,¡ah, ya sé quiénes son!, me paso, pero la gente desconfía y dice "no, me da miedo" (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

Testimonios de los propios habitantes de la calle como los siguientes dan cuenta de que existe una conciencia en ellos de la percepción que se tiene de su persona:

“ustedes no se sacan de onda, [...] otros se asustan, se enojan, pero ustedes no se sacan de onda” (Germán, 38 años, habitante de la calle).

“Luego la gente nos... nos mal mira, nos hace groserías. Y... hay algunos que no somos malos...” (Gaby, 35 años, habitante de la calle).

- Vecinos y comerciantes

Las formas de interacción entre vecinos, comerciantes y empleados de los alrededores de las Plazas Aquiles Serdán y La Conchita y los habitantes de la calle que residen en esos espacios públicos suelen variar destacadamente en relación a:

a) Su proximidad física a los espacios ocupados por los habitantes de la calle

Ciertamente que tan próximos están los lugares de trabajo o de residencia de las personas entrevistadas a las Plazas Aquiles Serdán y La conchita –aunado a cuánto tiempo al día permanecen cerca de esos lugares– parece vincularse con cómo cada una de ellas interactúa con los habitantes de la calle.

De modo que, hasta dónde pudimos comprobar, usualmente quienes tienen contacto inmediato con las plazas y, por tanto, también con los habitantes de la calle durante buena parte del día generan respecto a *algunos* de ellos interacciones que trascienden la sola co-presencia física en el espacio, propiciando el diálogo, la cooperación o incluso camaradería, como es el caso de quienes esporádica o rutinariamente los emplean en labores informales.

Mirna (comerciante y vecina del la Plaza Aquiles Serdán) emplea a Ramiro que es uno de los habitantes de la calle que se hospeda en las inmediaciones de la Aquiles Serdán y conoce a prácticamente al resto porque suelen acudir a comprar a su local –aunque no con todos mantiene una relación tan afín–. Durante su entrevista nos compartía que

“si necesitas un mandado ya sabes a quién mandar, si quieres tirar tu basura también ya sabes a quién decirle. Aquí casi todos son comerciantes, venden en... Garibaldí... para que les acarreen su puesto, les laven el comal o les pongan la lona también a ellos se los llevan. Algunos de ellos trabajan aquí en la placita lavando trastes o haciendo mandados. O sea, ya toda la colonia..., y esto quién sabe cuántos años tenga, pero imagínate, pues, ya hasta saben...”

“En un 80% todos son buenas personas, al menos conmigo, me respetan y me llevo bien con ellos hasta ahí [...] Con muy pocos que yo me... que me siente a platicar y así... ¡no!”.

Quienes le son afines procuran convidarle de lo que otras personas les ofrecen

“Sí, ese, esas son cosas, qué.., te digo, se agradecen, porque todo lo que les traen siempre me traen algo a mí, siempre, siempre. Has de cuenta si les traen un plato de salchichas con arroz: “ten manita, ya te traje...”, hasta cuentan a mis hijos, tengo dos hijos, me traen tres platos, tres cafés, tres panes, tres... tres cosas”.

y no sólo eso sino que inclusive siete que puede contar con el respaldo de varios de ellos cuando así lo requiera:

“...te digo, también hay algunos que te digo, me tiran un paro...”

En estos casos la comunicación por ambos lados es profusa, informal, coloquial y espontanea. Aunque no por ello dicen tener una percepción más aprobatoria de ellos.

Mirna, por ejemplo, menciona:

“no tienen... vergüenza pa’ pronto”

“Aquí toda la gente, por eso te digo, toda a gente es de algún modo... agresiva”

Esto último tienden a atribuirlo a su modo de vida, carácter y adicciones, mismas que desapruaban y que inspiran formas de interacción alternativas más severas

“A mí no me molesta que estén en la calle porque hay gente que en verdad no tiene, eeh... dónde vivir, pero todas esas porquerías... no, no, pues no. [...] Y lógico que pus, la demás gente pues, nos, nos molesta, ¿no? Pero pus, ¿qué podemos hacer? Y te repito: hay gente que no es ofensiva, como este muchacho [refiriéndose a un habitante de la calle que la acompañaba], pero hay gente que viene mal, que vienen a robar” (Margarita, 62 años, comerciante).

b) La periodicidad con la que frecuentan esos espacios

La frecuencia con la que estos actores sociales acuden a esos espacios y deben toparse con los habitantes de la calle es también una variable estrechamente vinculada al trato que reciben estos últimos.

“La gente de aquí alrededor, pues, está Garibaldi, toda la noche hay vida, ya están familiarizados, ya, porque ya se conocen, ya todos los que están aquí aunque la gente... la misma gente pues ya los ve y “Ah, sí es cierto este es de aquí” O sea ya, ya lo conocen, ya lo ven diario, mjú, se familiariza”.

Quienes no conocen la zona, en cambio, a su paso expresan con mayor frecuencia facciones de desconcierto al toparse con alguno de los habitantes de la calle

Resulta evidente que para la mayoría de las personas “normales” la interacción con actores considerados desviados sociales, tal como el Habitante de la Calle, los encuentros sociales suelen ser molestos y para quienes no es así –quienes tuvieron experiencias similares y los benefactores-, el estigma no puede dejarse de lado, este siempre está presente en las relaciones que puedan darse.

Un estudio que corrobora -a partir de testimonios de personas en situación de calle- que la gente tiende a evitar establecer algún contacto con los Habitantes de la Calle porque ellos les generan desconfianza es el realizado por Weason (2006) y nosotras también pudimos notarlo a partir de los testimonios recabados y nuestras visitas al campo.

c) La existencia o ausencia de algún parentesco o vínculo laboral, comercial o de amistad
Queremos acotar aquí que interesantemente quienes admitieron tener un familiar en condición de calle expresaban no contar con demasiada disposición para entablar nuevas interacciones con ellos o a pesar de mantener contacto sus vínculos no eran estrechos ni con ellos ni demás familiares.

La mayoría de los vecinos de las plazas prefieren mantener distancia e incurren en diversas conductas evasivas para evitar cualquier encuentro y cuando no pueden hacerlo buscan los medios para zafarse lo antes posible de ellos.

Tampoco aquellas personas con las que sostienen algún vínculo de amistad o laboral fuera de la Plaza, construyen vínculos demasiado estrechos, sin embargo sus interacciones sí son más abiertas.

Los habitantes de la calle tienen conciencia de todo esto.

d) La experiencia previa

Algunas de las personas entrevistadas que resultaron ser antiguas habitantes de la calle se muestran considerablemente más abiertas a sostener interacciones cara a cara con los habitantes de la calle que el resto y son también como corroboraremos más adelante⁸, quienes tienen una percepción más condescendiente de ellos. Esto da pista de que debe persistir aún cierta familiaridad e identificación respecto a ellos.

-Benefactores

El trabajo de campo y la realización de las entrevistas también nos permitieron corroborar que, efectivamente, los habitantes de la calle que ocupan las Plazas Aquiles Serdán con frecuencia suelen recibir ayuda, principalmente, alimentaria y de vestido por parte de

Aunque a veces los vecinos caen en la especulación

“Sé que hay un sacerdote que les da asilo ahí al fondo de... del jardín, que me dicen que los apoya. Los sábados a medio día, ven mucho movimiento porque dicen que les dan alimentos, que el sacerdote les ayuda. Y que es uno de los motivos por los que no se van también, porque como saben que aquí van a ayudarlos, pues... [esbozó entonces una sutil mueca] sí”.

“Se ponen a platicar con ellos y pues ellos ya saben que les van a dejar algún tipo de dinero o comida o ropa y así es, te digo, todos los días, vienen alrededor de dos o tres, este cristianos o instituciones o cosas así.” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

“los sábados luego vienen grupos de apoyo para ellos, vienen y les dan alimento, les traen ropa, se ponen a jugar con ellos, a cantar, a bailar ahí” (Cristián, 52 años, Empleado del Hotel Diligencias).

“Se supone que son aso-cia-ciones [silabeó], eh y... y el gobierno. Eh, muchas asociaciones dicen que lo hacen para reducir impuestos o, y otras el gobierno, pues los de, este, desarrollo social, prevención social, todos ellos son los que les traen...

⁸ Véase apartado sobre Representaciones sociales del habitante de la calle.

Date una vuelta a las... cuatro, entre cuatro y cinco de la tarde y vas a ver la cantidad de comida que les traen” (Juan, 48 años).

-Policías

En cuanto al vínculo con los gendarmes, estos raramente se prestan a una interacción con los habitantes de la calle más allá de, esporádicamente, señalarles que deben evitar incurrir en determinadas conductas –como desnudarse, defecar u orinar en la vía pública– o retirarse. Aunque, por lo que observamos –salvo el caso de los oficiales en Bellas Artes–, tampoco se vinculan demasiado con otras personas y se limitan sólo a permanecer en guardia o patrullar la zona.

Muchos de los testimonios coinciden en argumentos similares a los siguientes:

“nada más observo cuando llegan y los empiezan ahí a... a revisar, pero, pues no, no, pues la interacción es...pues, namas, pues revisarlos, digo, no, no hablan mucho, nada más les dicen que qué traen” (Osvaldo, 20 años, estudiante/Patina en la Plaza La Conchita)

“La patrulla no se los lleva, usted le dice ‘no, es que está un niño ahí... inhalando algo o una droga’ incluso, no sé, ‘Pues a ver, eeh, vete de aquí, camínele’. Es lo más que hacen, porque si se lo lleva ya, no le va hacer nada” (Cristian, 52 años).

“Naah, esos no, no se meten [expresó con desdén]” (Margarita, 62 años, comerciante en el Mercado Pensador Mexicano).

“No hay autoridades que les digan, este ‘te voy a llevar’ o ‘no hagas esto, no hagas el otro’, los mismos policías los corren o... o los insultan nada más [...] Es mutuo, es mutuo [...] Los policías pa’ ponto ni se meten. Por... y no sé, no te puedo decir que por miedo, pero... no sé, es más bien que es como falta de autoridad, ¿no? O... de algún modo es lo que te digo, es hablarle a la pared” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

“Sí te, sí... sí te llevan... por ejemplo cuando están fumando mota se los llevan [rio], pero... pero no. O sea que se metan así porque estén, porque estén ahí: no, noo. O

sea no vienen y “Oigan, ¡párense y váyanse!”, no, no, no. Al menos que estés haciendo algo que no debas, pero no”. (Lisette, 30 años, vecina y ex habitante de la calle en la Plaza La Conchita)

Con respecto a la incidencia de agresiones físicas o verbales entre habitantes de la calle y los policías, al menos durante nuestras observaciones de campo no tenemos registro de haber avistado alguna, sin embargo en alguna ocasión algunos de los habitantes de la calle que tuvimos oportunidad de entrevistar hicieron mención sobre que anteriormente la relación existente entre ellos sí era aparentemente un tanto más hostil:

“...pues, estamos bien, bien... los policías hacen su patrullaje, pasan, se van... *ya no nos maltratan*” (Ramón, 72 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

V. La representación social del Habitante de la Calle

El principal objetivo del presente trabajo ha sido conocer cuáles son las representaciones sociales vigentes en torno al sujeto social «Habitante de la Calle» en el Centro Histórico de la capital del país.

Basándonos en las definiciones sobre Representaciones Sociales propuestas por autores como Jodelet, Ibanez, Di Giacomo y el propio Moscovici, entenderemos concretamente por *Representaciones sociales del habitante de la calle* todas las formas de conocimiento, pensamientos, ideas, atribuciones o creencias construidas y compartidas en torno a ellos ya sus circunstancias.

Habiendo advertido durante el trabajo de campo que tendencialmente estas representaciones se asocian con el aspecto físico del Habitante de la Calle, con su forma de vida y con los usos que le da al espacio público, estratificamos la información obtenida en las entrevistas considerando las siguientes subcategorías o dimensiones de análisis⁹ para hacerlas tangibles: el origen de su situación, la psicología y la apariencia del Habitante de la Calle.

⁹ No consideramos necesario diferenciar entre las representaciones sociales de los Habitantes de Calle que viven en la Plaza Aquiles Serdán y la de los de La Conchita, habida cuenta de que tanto unos como otros alternan cotidianamente ambos espacios y nuestros informantes no dieron indicios de tal distinción.

El análisis de cada una de estas subcategorías nos llevó a la inferencia de una tipología de entrevistados que considera al menos tres principales actores sociales cuyos discursos y formas de representar al Habitante de la Calle muchas veces tienden a diferenciarse. Estos son: quienes sostienen con alguno de ellos una relación sanguínea, laboral o afectiva (hermanos, madres, jefes y amigos); quienes comparten la experiencia de haber vivido en la calle; y quienes no tienen ningún vínculo con ellos (dueños de establecimientos aledaños a las plazas, sus empleados o comerciantes informales que se mantienen al margen).

En seguida ahondaremos acerca cada una de las subcategorías mencionadas, haciendo especial énfasis en las diferencias entre los discursos de estos tres tipos de actores sociales, siempre que sea pertinente.

❑ Origen de la situación del habitante de la calle:

Esta categoría contempla aquellos discernimientos entorno a las razones o motivos que, nuestros entrevistados suponen llevan a alguien a alojarse y permanecer en la vía pública. Es decir que básicamente responde a la interrogante: ¿cómo explican las personas que otros vivan en condición de calle?

○ Personas sin parentesco ni experiencia previa de vivir en la calle

Las narrativas de vecinos y comerciantes de la zona entrevistados (particularmente de aquellos que no comparten ningún parentesco con los Habitantes de la Calle ni una experiencia previa similar) frecuentemente remitían al medio familiar del que provenían los Habitantes de la Calle como un factor determinante de su condición. Específicamente respecto a este aspecto suponen, en muchos casos, que:

1. Los habitantes de la calle provienen generalmente de familias en las que hubo la ausencia de alguna de las figura paternas, o incluso ambas;
2. Quienes estuvieron a cargo de su cuidado fueron un mal ejemplo para ellos, por no imponerles suficientes límites, encaminarlos al vicio e inculcándoles otras conductas antisociales o siendo permisivos; o en su defecto

3. Crecieron en un entorno carente de amor, protección y apoyo que quizá fue sustituido por un espacio en el estaban presentes el maltrato y una dominante desvinculación familiar.

Para ejemplificar lo anterior, al preguntarles sobre cuáles creían que podían ser las causas de que hubiera gente viviendo en la calle, algunos de nuestros entrevistados respondieron:

“La mayoría vienen porque vienen de hogares... pues mal. O sea esto es una cadena, eeh, que nunca se termina, es un circulo vicioso. Los papás fueron viciosos y mayoría de ellos sufrieron en la calle. Obvio ellos siguen lo mismo, toman, se envician. Como están acostumbrados toda su vida avivir en la calle vuelven a hacerlo y así sigue generación tras generación, tras generación. Aquí hay familias completas que se han venido a... tienen un... tiempo, años viviendo en la calle. Hay... una familia aquí en especial que todos han vivido en la calle desde siempre y ya es fácil, o sea ya no es normal, ¿no? O sea los hijos, de los hijos, de los hijos embarazadas y se traen a los bebecitos aquí a dormir [...] Y, pues obvio, lo tienes a la mano: muy chico empiezas a ingerir porque, pues, lo tienes aquí [a la mano]” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina cercana a la Plaza Aquiles Serdán).

“Obviamente si también el papá trae un antecedente de ser ex convicto o es, es ladrón, es narcomenudista o consume drogas, pues, ¿qué puedes esperar?, ¿no? O sea no, no... no dice nada ni hace nada... Al contrario hasta los defienden: ‘¿Cómo crees? Mi hijo no es ratero’. ‘Nooo, no,,,’[sarcástico]” (Joan, 48 años, propietario de un taller de guitarras y empleado federal).

Estos relatos pueden estar dando cuenta de cuán arraigada está al conocimiento del sentido común de las personas la premisa de que “la familia y la educación lo son todo”.

Las anteriores elocuciones comienzan reafirmando la existencia de una serie de estereotipos negativos en torno al habitante de la calle.

Otros discursos estaban más direccionados a los propios habitantes de la calle:

"Solamente él [refiriéndose a su hermano] sabe y no te dicen. Yo digo que ellos ya traen algo adentro, por eso" (Karla, 38 años, vecina de la Plaza Aquiles Serdán y hermana de un habitante de la calle).

"Yo digo que se debe a los problemas que ellos tienen psicológicamente, ¿no? [...] los problemas que ellos manejan interiormente. O sea, algo que tienen psicológicamente, interiormente, es algo psicológico que tienen[...]. Lo que...lo que la gente tiene son esos problemas psicológicos o esos problemas morales" (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

"Mmm... me imagino que no tienen otro lugar a dónde irse. Aunque uno de ellos, este, un cliente de aquí, de muchos años el cliente, le... ofreció trabajo y se lo llevó a trabajar y lo tuvo un tiempo allá, se regeneró el muchacho, estaba bien, pero... de un día para otro dice 'Me voy' y se vino para acá y otra vez andaba ahí...Entonces, no, no, no entiendo si ya estaba... ya se había establecido allá, ya tenía un trabajo, o sea, ya no era el que tenía que sufrir por alimento, ¿no?, por un lugar dónde estar. Y de repente le renunció allá y se vino para acá y otra vez lo veían aquí. Así que... yo creo que ya lo traía, ¿no?" (Cristian, 52 años, empleado del Hotel Diligencias, junto a la Plaza la Conchita).

Estos testimonios inclusive atribuyen su situación a un componente interno o psicológico inherente a ellos.

La mayoría exponía juicios un tanto más duros como:

"Porque quiere ser delincuente y porque quiere ser vago, no porque tengas una histo... no porque tengas que contar una historia de drama, la verdad eso es una vil mentira. Los psicólogos están equivocados en...respecto de decir 'ay, es que mi...este muchacho es así por la familia que', no es cierto, eres lo que tú quieres ser [...] Porque la verdad eso es, la huevonada de la gente, es mentira de que 'Ay, porque esto que porque lo otro', no es cierto. 'Porque mi papá me trató

mal ya me voy de vago’: esa es una vil mentira. O sea, no puede ser posible que...que uno sea tan mediocre de salirse de esa manera” (Rebeca, 35 años, propietaria de una cocina económica y madre de un habitante de la calle).

“Pues, es que no les gusta trabajar, no les gusta estar en un centro de rehabilitación porque no, no, no les gusta, su manera de vivir es en la calle, no se quieren ir, no quieren irse, no les gusta estar encerrados, ni... , prefieren vivir en la calle” (Lupita, 78 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“Desgraciadamente ellos agarran y están acostumbrados a que... no les gusta que les llamen la atención, no les gusta que les digan nada, no les gusta que les agredan” (Gustavo, 58 años, comerciante frente al Teatro Blanquita).

“No sé de donde les nació, pero como que yo siento que...que no quieren trabajar, o sea, también ese es otro problema, ellos como que les encanta más la calle, estar en el solecito, que pase lunes, martes, miércoles, jueves, viernes y no piensan en un futuro, a que me voy a hacer mi casa, me voy a casar, me voy a comprar un carro, voy a amar a mi esposa toda la vida, así, cosas... que sienta, ¿no? sino ellos sienten de que ‘No trabajo. Vivo tranquilo con lo que me den. La comida es segura, ahí los vicentinos me dan la comida, me la llevo más tranquila’. Es un...la forma de ellos es de que miedo al trabajar, ¿no? El miedo a progresar, miedo a que, ‘¿para qué trapeo si estoy mejor allá en el solecito?’, entonces es el miedo a progresar, es el miedo al trabajo”(Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

“Fíjate que es una, es una mezcla de muchas cosas pero lo principal eres tú, o somos nosotros. Eh, sí a ti te pegan [señalando a una de nosotras] y a ti te pegan [señalando a la otra] lo viven de diferente manera, ¿sí? A lo mejor si a ti te pegan: ‘híjole, pero es que chin’ y ahí te quedas y ya te hiciste bolita y ‘Huy, es que me pego y siento feo’. Y a otro le pegan y dice: ‘Ah, qué poca madre, ahorita vas a ver lo que le voy a hacer’, y todo[teatralizando]. O sea esas son las reacciones que vas a tener para el transcurso de la vida,esas son las reacciones que tienen ellos. ‘Ah, porque, es que mi papá me trató mal, por eso

me fui de la casa, porque no quiero que me ponga a lavar ni a planchar, ni...’. O sea, y dices tú: ‘Pues bueno, es una casa, es cooperación, es actividad mutua, para beneficio mutuo’, ‘Ah no, pero no me gusta hacer eso’, ‘Bueno, ¿por eso te saliste?’, ‘sí, prefiero estar en la calle’. Fíjate la mentalidad [expresó inconforme]. Hay otros que no, no podemos generalizar, hay otros que dicen: ‘¿sabes qué? Que cuando yo era doctor que cometieron un fraude mi contador, mi mujer me dejó, bla, bla, bla, bla... Me quede en la calle y prefiero estar en la calle que afrontar esa situación’. Eso también estamos hablando de debilidad, ¿no?” (Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

“[Al preguntarle por cuáles supone que son las causas que llevan a una persona a vivir en la calle] ¡Flojera!... flojera, porque realmente dices tú: no tienen otra cosa más que... pues, pueden trabajar, no sé, tú ves realmente y es gente joven... gente joven y en edad de poder laborar y no lo hacen” (María, 36 años, copropietaria de un puesto de periódicos frente al Teatro Blanquita).

Tales disertaciones, como es posible advertir, tienden a responsabilizar a los habitantes de la calle de su condición y adjudicarles rasgos como flaqueza emocional, mediocridad, rebeldía o pereza.

Según la teoría del estigma, dichas formas de construcción y categorización de la realidad pueden estar respondiendo a mecanismos de normalización de la marginalidad y de justificación de la discriminación.

En cualquier caso, todos estos, en términos Goffmanianos, son atributos socialmente *desacreditables*. Y por tanto acreedores de un estigma social del que seguiremos dando cuenta conformeal desarrollo las siguientes subcategorías.

Otros, aunque con menor recurrencia, connotan una actitud más empática o considerada como:

“Hay quién nació en la calle. Hay gente que sí lo... lo abandonaron, lo recogieron y vivió en una casa hogar o con gente que no era su familia o con primos, ¿no? Y que no tienen familia. O hay gente que se sale de su casa desde niño. O hay gente que, bueno, su situación por un problema familiar, por divorcio, separación o se les separa todo por enfermedad, por cosas [...]. O que no tienes dinero, que no tienes ni un quinto, este, siempre te mantuvieron, no sabes cómo trabajar, cosas así”(Lisette, 30 años, vecina de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 10 años).

“Son indocumentados, pero como por no regresar a sus países porque dicen que viven una vida horrible, pues ya se quedan aquí, pues hay lugares como estos dónde se cambian el nombre, se dejan la mugre y pues, cambian de identidad, nadie los busca, ya no son la misma persona que toman en las fotografías. Hay gente que ya no quiere regresar a su casa” (Vanessa, 38 años, visitante recurrente de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 8 años).

“[motivos] Personales, digamos psicológicos, personales, si o sea...problemas en los que no... sí, o sea, personales, o sea que no... no se puede uno ni llegar a meter para poder... o sea decirles ‘ya, ¿no?, échale ganas’. Es muy personal, son cosas de ellos[...] es gente que pues pasó por algo o pues la neta ya no...ya no tienen ganas de trabajar o no sé. ‘Ora sí que son cosas que pues pasan a ellas y ya mejor optan por irse a la calle [...] El gobierno no les da un chance para trabajar y luego son personas que son en situación de pobreza extrema, y luego quieren... o tienen ganas de salir adelante pero no pueden”(Joel, 24 años, empleado de un taller de instrumentos).

En el testimonio de Joel, por citar un ejemplo, el fragmento que dice “ya no tienen ganas de trabajar” adjudica un cierto grado de responsabilidad a los habitantes de la calle al tiempo que, durante el resto de su discurso, alude también la incidencia de problemas psicológicos o personales y la falta de oportunidades que no pueden esquivar fácilmente y por los que se ven afectados de modo que influyen considerablemente para que ellos asuman esa actitud de desanimo que les impide emplearse en alguna actividad laboral.

Con recurrencia, quienes elaboraron este tipo de explicaciones eran personas que tienen una cierta familiaridad con la experiencia de vivir en la calle o jóvenes menores de 30 años de edad.

Las personas que se autodenominan como ex miembros de esa población y admiten identificarse y mantener aún vínculos con algunos de ellos se muestran más conscientes y empáticos ante sus necesidades y las dificultades de vivir en la calle.

“Me llega a mí la nostalgia porque yo fui igual, ¿sí?, yo fui igual [con lágrimas a punto de salir]. Entonces pues ellos, pues, quisiera uno como decimos ahora, me metí en estos...en estos productos de las vitaminas...es...eh, quisiera uno que tomarán también ellos estas vitaminas...para que no haya drogadicción...que tengamos buena salud, que tengamos ese auge...de salir adelante, ¿sí?” (Manuel, 72 años, comerciante en la plaza Pensador Mexicano ex habitante de la calle)

“Yo... la verdad yo un tiempo yo viví en la calle y ya pues ya tengo mis hijos y todo, pero antes de casarme yo también... no me quedaba aquí, me quedaba en otro lado, pero aquí me venía porque venía a comer aquí también, pero, o sea sí me refiero a eso, a esa situación porque... Entonces, ‘hora, bueno tengo a mis hijos y todo, ya rento y eso, pero igual fui parte dé, ¿no? Entonces te das cuenta y dices ‘¿qué era lo que no me... pues eso no me ayudaba, si esto hubiera tenido me hubiera, este, hubiera hecho yo otra cosa’, ¿no?, pero igual a veces no tiene uno el apoyo de la familia y nada [...] Entonces ahora, pus, yo sí conozco a todos los muchachos de aquí. Ya, ya no me quedó aquí, pero... pues son los más, igual, son gente y platicas y... y realmente si tienen problemas, pero... no... hay la forma de cómo los solucionen, no es que no quieran trabajar, es que [...] pues, sí, todo es cuestión de cada quién. Ellos también a lo mejor no tienen mucho interés [rió brevemente]. Sí, pero hay quien sí y a veces no tiene el apoyo”(Lisette, 30 años, vecina de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 10 años).

También existen narración es más elaboradas como:

“Pues la mayoría viene... hay unos que de verdad vienen porque les gusta el desmadre, pero la mayoría vienen porque vienen de hogares... pues mal” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

“A mí me platica una muchacha que llegó a la calle porque le robaron a su hijo, que al momento de subir al taxi le jalaron al niño y el mismo taxi se llevó al niño, entonces ella es como agarró

el vicio de la drogadicción y por no tener dinero iba a agarrar el vicio de la prostitución, pero se dio cuenta de que...de que mejor la drogadicción y resulta que se anda drogando. Ajá, sí, gente que por haber perdido un hijo...eh, y no pudieron superarlo [...] Pero otros, ejemplo, a alguno de ellos ‘me dejó la novia: me voy al parque’, ‘no encuentro trabajo: me voy al parque’, este... ‘me gusta tomar: me voy al parque’, así como pretexto” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

“Son muchas, son variadas, las historias, pero la mayoría, un... yo calculo que como un 80% es por, por cero cerebro, y el otro 20 por circunstancias de la vida. Algunos que nos va bien, otros que nos va mal, pero los demás noo, los demás son hijos de sushi. Sí, la verdad, son chavitos que no les gusta que papá los regañara o les hacen algo y... prefieren salirse. Y para mí eso no es”(Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

En estas aseveraciones apuntan a la incidencia de problemas personales o la proveniencia de un hogar conflictivo o demasiado permisivo como posibles precedentes que pudieron orillar a los habitantes de la calle a sus condiciones de vida actuales. Sin embargo, no descartan la posibilidad de que también haya a quienes el estilo de vida «callejero» les atrae.

En cualquiera de los casos, todas las evaluaciones –positivas o negativas– existentes en torno a los motivos que pudieron llevar a un individuo a convertirse en un habitante de la calle son resultado del aprendizaje de las personas y su transmisión; “no fruto de un proceso universal y autogenerativo, sino que es producto de la asimilación de los valores y normas sociales de la cultura a la que se pertenece” (Tajfel, 1978; en Garrido & Alvarado, 2007). El siguiente testimonio nos parece una fiel demostración de ello:

“A mí, por ejemplo, me enseñaron que hay que trabajar para ganarse el pan, para hacerse de una casa. Nada es regalado y si robas hay que atenerse a las consecuencias de eso [...].Ya cuando ustedes tengan mi edad se van a dar cuenta porque se los digo, sí. ¿Por qué? Porque yo también fui de alguna manera rebelde. Yo le decía a mi mamá: ‘¿por qué me tratabas así?, ¿por qué me pegabas?’... Y ahora ya me doy cuenta. Porque si no me hubiera enmendado se puede decir el camino, a lo mejor andaría un poquito equivocado y... no tanto que semanchara como se manchaba, ¿no? Pero sí, sí funcionó. Y yo... si mis hijos lo hacen, créeme que si los veo yo

los pateo, les digo: ‘te alivianas o te alivianas...’, ¿eh?”(Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

Las dos siguientes subcategorías están basadas en el término «fachada personal», de Erving Goffman (1959), que se refiere aquellos elementos con los que es posible “identificar íntimamente con el actuante mismo[en este caso, al habitante de la calle] y que, como es natural, esperamos que lo sigan dondequiera que vaya” (p.15; los corchetes son nuestros) y que es posible dividir en *apariencia* y *modales*.

❑ Aspecto del habitante de la calle

Esta categoría responde a ¿cómo luce un habitante de la calle? Y, equiparándola al concepto de «apariencia», comprende los rasgos físicos, de compleción, de vestido, etnia o porte que se asocian a los habitantes de la calle y que usualmente asocian con su status social.

Al respecto recabamos las siguientes declaraciones:

“Pues, hay viejitos, personas discapacitadas... Hay un muchacho que está en silla de ruedas, hay uno que no tiene una pierna... hay de todo, de todo” (Delia, 41 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“Los ven sucios o drogados y, lógico, piensan que los van a agredir” (María, 36 años, copropietaria de un puesto de periódicos frente al Teatro Blanquita).

“[Al preguntarle por cómo se distingue a un habitante de la calle de otras personas] en la higiene, es más que nada la higiene” (Karla, 38 años, vecina de la Plaza Aquiles Serdán y hermana de un habitante de la calle).

“Allá en el Centro dan mal aspecto por la forma en como andan vestidos [...] así, mugrooso, todo rooto, sí” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

“A leguas se nota de que una persona es trabajadora, que esta así siendo un mecánico, un albañil o lo que es mi oficio, yo reparo instrumentos y otra cosa es de que ser indigente y que de plano se ve así de...o sea se ve de días que no se baña y eso [...] El mal aspecto” (Joel, 24 años, empleado de un taller de instrumentos).

“... pasó una muchacha flaquita, flaquita, con los ojos totalmente cerrados, morados” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

Abundan comentarios como los anteriores que nos remiten a que una imagen descuida, lastimada, con alguna afección física –que son, de hecho, bastante comunes en los habitantes de la calle–, desaseada, ropa deteriorada o en buen estado pero sucia forman parte de la percepción física que se tiene de los habitantes de la calle.

❑ **Psicosociología de los habitante de la calle**

Esta subcategoría contiene las descripciones de las personas entrevistadas ante la pregunta ¿cómo es una persona de la calle? Y se refiere, asociándola con el término «modales», a los rasgos de personalidad, carácter, temperamento o actitud y maneras–como valores morales, propensiones o pautas de lenguaje– que tienen a asociarse a los habitantes de la calle.

Como ya habrá alcanzado a vislumbrarse en varios de los testimonios expuestos en categorías anteriores, acorde con la información recabada, estos rasgos habitualmente tienen una connotación negativa aseverándose a la criminalidad, blandura, agresividad, mediocridad, flojedad e inestabilidad. Conforme vayamos describiendo casa uno de estos irán entreviéndose también algunas particularidades que se achacan a sus condiciones de vida y actividades.

Criminalidad y violencia

“[No hacen] Nada, nada más que dedicarse a robar o a faltarle el respeto a la gente, o sea, ahí hay de todo, desde robo, pornografía...de todo [...] Aquí del diario quieren que les de uno comida y si no se ponen locos y dicen un montón de cosas, pero uno los tiene que mandar a la fregada porque si no aquí los tiene uno molestando a los clientes todos los días” (Rebeca, 35 años, propietaria de una cocina económica y madre de un habitante de la calle).

“[Compartiéndonos una anécdota con uno de los habitantes de la calle que visitan la iglesia] No, no, no y hay uno que viene y ya este...viene vendado de la cara porque dice que lo asaltaron, le digo: no seas así, le digo no seas chismoso, le digo: yo creo que fue al revés, tú querías asaltarlos y dice " me pegaron, me hicieron a un lado la... ¿cómo se llama? [...] de seguro andas

asaltando a la gente, entonces ya no asaltes a la gente” (Jasiel, 38 años, sacristán de la iglesia de la Inmaculada Concepción de María).

“la gente no viene porque pues le dan miedo de que les vayan a hacer algo, los vayan a robar, los vayan a asaltar, los vayan a... a golpear” (Julia, 41 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“Y te repito: hay gente que no es ofensiva, como este muchacho [refiriéndose a un habitante de la calle que la acompañaba], pero hay gente que viene mal, que vienen a robar... a las muchachas de la escuela, namás las están esperando [...] Namás están esperando que las otras babosas también que salen de... la escuela... con su celular comiendo esquites, ¿no? Vienen en la pend#ja, lógico que las agarran y las roban aquí” (Margarita, 62 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“Si pasas por ahí [el espacio ocupado exclusivamente por los habitantes de la calle en la Plaza Aquiles Serdán]: te asaltan, te roban, te abusan, de todo, te pican... de todo te puede pasar...¿por qué? Por qué ahí vas” (Gustavo, 58 años, comerciante frente al Teatro Blanquita).

“Huy, a cada rato, se quieren robar paletas, se roban cigarros... Pero yo les digo, por eso les digo: ‘a mí no me agarren nada, a mí pídanmelo y yo se los doy, pero no andén robándome nada’, porque si no...” (Lupita, 78 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano)

A pesar de que *ninguna* de las 27 personas entrevistadas había experimentado o sido testigo físico de algún atraco o acto de rapiña a mano de alguno de los habitantes de la calle—salvo el caso de la señora Lupita, que afirma que han intentado tomar algunos dulces o cigarros de su negocio— y que algunos incluso señalan abiertamente a pandillas o vagos de otras áreas que se trasladan a la zona a delinquir como los auténticos responsables de la inseguridad, ciertamente hay una notoria tendencia a su criminalización.

“[Sobre si alguna vez ha sabido de algún incidente de tipo delictivo en el que alguna de las personas que se encuentra rediciendo en la plaza se haya visto involucrada] Pues, vamos: los rumores son, ¿qué me conste?... nnno [titubeo]. Te lo voy a decir, ¿qué me conste a mí?... No, no sé” (Gustavo, 58 años, comerciante frente al Teatro Blanquita).

“No, pero aunque uno lo viera así en el momento ¿y uno qué puede hacer?... ¿qué puede uno hacer? uno no se puede meter porque yo, este es mi trabajo de esto vivo, no se puede uno meter. [...] Hay, hay, hay, algunos, y no son de aquí, ¿eh? Porque no son de aquí... Los nuevos son los que vienen agresivos, vienen robando, vienen [breve pausa] a qué... Los que ya están aquí normalmente no roban, son viciosos, son gente de la calle, sí, pero no roban... pero los nuevos sí” (Margarita, 62 años, comerciante Mercado Pensador Mexicano).

“[al cuestionarle sobre si le constaba que los habitantes de la calle de las Plazas aledañas incurrieran en actos delictivos] No, en general los que somos de aquí ya los conocemos y son ‘x’, pero la gente que viene de fuera y los ve sí te provoca miedo, te provoca... que es una zona insegura o sea: todo eso. Pero, han cambiado las cosas porque hubo muchas denuncias entonces ahorita hay mucha vigilancia. Las cámaras, todo. Eeh, es muy complicado que ya te asalten. [...] Algunos sí y otros de por acá [señalando en dirección a Reforma]... algunas pandillas que se forman”(Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

“A mí no me ha tocado, no me ha tocado, pero, déjame decirte, porque para allá yo ni me meto. Pero la otra vez a un joven que vino... vino, se compró su camisa, una camisa como esa [señalo una estantería], se la llevo y agarró y se fue ahí, por ese rumbo, dice, y, este, dice que allá lo agarraron los lacras y se la quitaron [...] que luego vienen de otras partes, pues, pero los ves a estos así y ¿a quién le echas la culpa?” (Jasinto, 67 años, contador de una tienda de pieles frente a la Plaza Aquiles Serdán).

Llama especialmente nuestra atención que muchos de estos testimonios pertenecen a personas que han establecido interacciones cara a cara más allá de la eventualidad o incluso formado vínculos con al menos alguno de los habitantes de la calle de las plazas cercanas a sus lugares de trabajo o residencia. Esto concuerda con la proposición de Goffman (2006) acerca de que la familiaridad no siempre trae como resultado la reducción del menosprecio hacia las personas estigmatizadas.

El mismo autor, decía que la persona “normal” califica como humanamente inferior a la persona estigmatizada por considerar que sus conductas y valores son diferentes a las que deben tener

—o se espera que tengan— y, como resultado, se le percibe como alguien peligroso, adjudicándole semblanzas —como la ilicitud—que justifiquen esa visión.

Según Douglas (1973) aquellas personas que sobrepasan las normas sociales son llamadas «contaminadoras», en tanto que fomentan el desorden y, por ende, se convierten en objeto de desaprobación y pueden para otros representar un riesgo importante ante el que responden defensivamente: “una persona contaminadora siempre está equivocada. Ha desarrollado alguna condición errónea o atravesado sencillamente alguna línea que no debe cruzarse y este desplazamiento desencadena el peligro para alguien” (p. 154).

Mediocridad y flojera

La falta de determinación para salir adelante, la blandura de carácter, irresponsabilidad y la desgana son también algunos atributos con los que, tendencialmente, se describe al habitante de la calle.

“Les gusta... vivir cómodamente y fácil sin que les llamen la atención o que tengan una obligación” (Gustavo, 58 años, comerciante frente al Teatro Blanquita).

“No tienen ningún tipo de trabajo, no tienen ningún tipo de distracción, de tareas, nada, nada, nada, namás a ser lo que son: vagos y nada más [...] Sí hay albergues, pero no les gusta estar porque pues tienen que hacer limpieza, tienen que hacer sus cosas, obviamente, ¿no?, y entonces no les gusta estar ahí, cómo crees que van a lavar trastes o van a lavar pisos, ellos no hacen nada de eso”(Rebeca, 35 años, propietaria de una cocina económica y madre de un habitante de la calle).

“Hay uno que me dijo... alguna vez platicando: ‘Oye, ¿y no te gustaría trabajar? para que tengas dinero, para que te compres por lo menos lo que te tragas’ ‘No —dice— me traen’, ‘Bueno, por lo menos para tu droga’, ‘Esa la consigo fácilmente’, ‘Bueno pues para que descanses, algo, que estés tranquilo’, ‘¿descansar? —dice— Si me la paso todo el día durmiendo’. ¡Tiene razón!, tiene razón... respuesta muy sabia [dijo sarcástico]. Me dio una lección ¡El complicado soy yo! [dijo riendo], porque yo tengo que estarme preocupando por pagar la luz, el teléfono, el internet,

este, mi teléfono, este... la ropa, la comida, todo eso. Estoy enfocado, por eso trabajo, imagínate, y en eso me ocupo... ellos no se ocupan en eso y ahí están, tranquilitos” (Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

“¡Porque son huevones, es gente que no le gusta trabajar! Así, definitivamente: no les gusta trabajar. Porque trabajos hay...” (Delia, 41 años, comerciante en el Mercado Pensador Mexicano)

Antihigiene e impudor

A lo anterior, se suma la atribución de otros rasgos desacreditados como lo son la falta de aseo, el exhibicionismo y la negligencia.

“Hay gente de todo, cochinos y no cochinos... Sí, hay gente que no se puede ni bañar: no les gusta bañarse y aunque les ofrezcas de plano... no” (Lisette, 30 años, vecina de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 10 años).

“Pasas y no soportas el olor, es un asco, o sea yo no digo que no, pero tampoco no hay que ser así, te imaginas una persona que tiene semanas enteras sin bañarse y no nomas es uno...son como 50, imagínate” (Rebeca, 35 años, vecina y propietaria de una cocina económica).

“Se meten encuerados ahí [en la fuente de la plaza] a bañar” (Vanessa, 38 años, visitante recurrente de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 8 años).

“Lo malo de esto que hay algunas [personas] que son muy sucias [...] no tienen tan, tan sucio dónde viven, pero hay otros que... ¡ay, no! [dijo con molestia]. Que se quieren venir a bañar a la fuente mana, ¡ay no!” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

“Ahí los miras, nomás ahí haciendo desfiguros, sin camisa...” (Jacinto, 67 años, contador en una tienda de pieles frente al Teatro Blanquita)

Sí bien, en ocasiones tanto actitudes contra canónicas y el desaseo o impudor sí se muestran explícitos en la cotidianidad de los habitantes de la calle –cosa que pudimos corroborar en el trabajo de campo–, debe tomarse en cuenta que este comportamiento anti-social puede estar

respondiendo a la debida expresión de su condición marginal (Webster, 1905; en Douglas, 1973).

Sin mencionar una vez más que por las condiciones de vida y características de los espacios en los que se encuentran instalados los habitantes de la calle ineludiblemente se ven forzados a suplir sus necesidades fisiológicas a la vista de muchos y eso, así lo han expresado, no es tampoco lo más grato para ellos.

“Pues, luego la gente se disgusta, sí se enojan y se quejan. Pero pus, es que no queda de otra, aquí ¿dónde? Y uno trata, pues, de vivir lo más en paz posible...” (Ramón, 72 años, habitante de la calle en la Plaza Aquiles Serdán).

Adicciones

Cuando hablamos de los usos que hacen de los espacios comprendidos por la Plaza Aquiles Serdán y la Plaza de la Conchita los habitantes de la callese hizo alusión a que estos con frecuencia fuman, ingieren o inhalan generalmente alcohol, marihuana, pero también algún otro tipo de sustancias ahí. Este tipo de prácticas les han valido a los habitantes de la calle como referente para la representación que los demás actores de la zona han construido de ellos:

“Ellos nada más se dedican a estarse drogando con activo y eso...y...esa es su vida de ellos” (Rebeca, 35 años, propietaria de una cocina económica y madre de un habitante de la calle).

“Ah, ellos, pues se ponen ahí a tomar, a drogarse, es lo único que pueden hacer” (Julián, 20 años, encargado de un estacionamiento)

“Luego los indigentes andan...andan drogados y empiezan a gritar cualquier cosa ... y pues la gente se asusta porque piensan que los van a asaltar o piensan que se van a poner locos, o sea piensan hasta de lo peor” (Joel, 24 años, ayudante en un taller de instrumentos de viento)

“Bueno, hay están sentados, perdiendo el tiempo todo el día, luego se van a pedir y regresan muchos ahí mismo, a veces duermen ahí o se van a albergues, pero normalmente duermen en la calle con cartón, bolsas o no sé cómo, pero ahí duermen en el suelo y dando mal aspecto a la ciudad” (Jasinto, 67 años, contador en una tienda de pieles).

Evidentemente la drogadicción o farmacodependencia son asociadas prontamente con rasgos como la inestabilidad, la agresividad y hasta la delictividad.

Siendo estas –la inmoralidad, la antihigiene y el impudor y la posible criminalidad o irritabilidad atribuidas a los habitantes de la calle–, las características más sobresalientes en las narrativas de quienes fueron entrevistados, consideramos una vez más la pertinencia de la teoría de la identidad social de Tajfel (1981) que afirma que las personas constituimos y reafirmamos nuestra identidad a partir de la afiliación a un grupo y de un *proceso de diferenciación*¹⁰ que usualmente resalta los rasgos negativos que se atribuyen a los grupos de referencia –aquellos con los que comparamos al nuestro– y a sus miembros. Es decir, menospreciamos sus cualidades y acentuamos sus diferencias, defectos y/o faltas desvalorizando a los otros individuos.

La mayoría de nuestros informantes se consideraba dentro un colectivo de sujetos “normales” en relación a los habitantes de la calle.

“[Sobre quienes ocupan la Plaza Aquiles Serdán] los *indigentes*... *los indigentes* porque ya *gente «nooormal»*, a la plazaya no viene, mm-m [negaba]” (Margarita, 62 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“Alguien *«normal»* no hace esas cosas que ellos hacen [...] *«Normal»* en el sentido de no lastimar a la gente para obtener algo, ése es el camino equivocado. O sea, si tú, si tú eres una persona que está yendo a la escuela... en la escuela no te educan, en la escuela te prepara para trabajar. El que te educa es tu casa, la sociedad y tu familia, ¿sí?” (Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

“En diferentes partes igual encuentras seguido *gente así, gente de ese tipo* [...] personas normales[incluyéndose], no se les acercan” (Osvaldo, 21 años, Estudiantes y visitante recurrente de la Plaza La Conchita).

Recordemos que lo que determina qué es legítimamente “bueno” o “malo”, “correcto” o “incorrecto” y “normal” o “anormal” y digno de ser sancionado son los parámetros del orden

¹⁰ La lógica de este es más o menos esta: En tanto que yo/nosotros no soy/somos ‘y’, soy/somos ‘x’.

social establecido a través de convenciones adoptados y difundidos por la mayoría de los miembros de una sociedad determinada (Cfr. Goffman, 2006; Douglas, 1973).

Tabla. 2

Pureza	Impureza
Limpieza	Suciedad
Sobriedad	Vicio
Orden	Desorden
Trabajo	Inactividad/ Ocio
Pudor	Indecoro
Sedentarismo	Nomadismo
Bonito / estilizado	Antiestético

Elaboración propia, 2018.

Pese a que evidentemente tales prácticas resultan reprobables y son socialmente mal vistas por la gran mayoría, subsisten argumentos que buscan justificar de algún modo que los habitantes de la calle incurran en ellas.

“Muchas veces dicen: ‘es que se drogan’, pero ya estando así te das cuenta que... Imagínate pasar la noche en la calle y sin nada. A veces la droga es un aliciente, te genera calor, te genera, este... pues tantito el aguantar la noche, esperar a que pase, a que... ¿no?” (Lisette, 30 años, vecina de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 10 años).

Quienes incurrieron en esta clase de discursos fueron, esperadamente, las mismas personas que mostraban una actitud más empática respecto a las dimensiones anteriores. Algunas de ellas inclusive no sólo son menos severas en cuanto a los juicios con los que describen a los

habitantes de la calle sino que pueden, en ocasiones, hasta adjudicarles rasgos en esencia positivos.

Rasgos con una connotación positiva

“Qué crees que la verdad son muy respetuosos, muy respetuosos” (Vanessa, 38 años, visitante recurrente de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 8 años).

“Cuando están bien, son nobles como si nada” (Manuel, 72 años, comerciante en la plaza Pensador Mexicano)

“Obedecen, sí, sí, ellos son entendidos y obedecen” (Jasiel, 38 años, sacristán)

“Los que ya están aquí normalmente no roban, son viciosos, son gente de a calle, sí, pero no roban” (Margarita, 62 años, comerciante de la plaza Pensador Mexicano)

“Son buenas personas, amables [...] ¡Cuidan!” (Lisette, 30 años, vecina de la Plaza La Conchita y ex habitante de la calle desde hace 10 años).

“Este, hasta eso se acomiden [...] Y hay algunos que, te digo, me tiran un paro... [...] Hay unas que son limpias a pesar de dónde viven y de que están viciosos y de todo, hay personas que son limpias, que se bañan, que... que se procuran” (Mirna, 38 años, comerciante y vecina de la Plaza Aquiles Serdán).

❑ Actitud del entrevistado frente al habitante de la calle

La actitud es uno de los principales ejes o dimensiones de la representación social.

Moscovici (1979) la define como la “orientación global en relación con el objeto de la representación social” (p.45).

Se refiere a la predisposición favorable o desfavorable hacia el objeto de representación social –en este caso hacia el habitante de la calle– y es el componente más conductual –y por tanto el más fáctico– de la representación.

Representamos algo y en función de ello surge una toma de posición hacia ese algo.

De acuerdo con Tajfel () la actitud de alguien hacia cualquier cosa o persona se hace asequible a través de lo que pensamos, sentimos y hacemos respecto al objeto de actitud.

El presente apartado responde a ¿cómo se posicionan las personas frente a los habitantes de la calle?

A esta pregunta encontramos diversas respuestas. La tendencia de algunas de ellas apuntaba a una general inconformidad o descontento patentado en los siguientes ejemplos:

“Hubo un operativo ayer en Universidad y Eje 7: quitaron a los ambulantes, ¡y ellos están trabajando! [expresó inconforme]. ‘Ay no es que se ve, eeh... fea la calle y no dejan pasar y por eso los quitamos’. ¿Y estos [los habitantes de la calle] qué? ¿No son...?, ¿no afean la calle?, ¿no estorban la calle? y ¿no ensucian las calles?” (Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

“Pero los, este, los desos de humanos, que no les... ¿por qué no se los llevan pa’ su casa entonces? Aquí a nosotros nos dejan: se hacen pipi, se hacen popo, apenas limpia uno ya tiran lo que les dan” (Lupita, 78 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“¡Pues me da mucho coraje!... Bola de huevones, que se pongan a trabajar. Da mucho coraje, ¿sabes por qué?: porque luego estoy todo el día y no vendo... Por lo mismo de que la gente les da miedo acercarse... y ellos sí tienen su comida calentita. Luego estoy aquí con mis hijos y les digo: ‘Ah, ya les trajeron. Váyanse a formar’. Mínimo, y les da risa, ¿no? ‘Ay, mamá’. Y, les digo, uno aquí trabajando y ellos haciendo filita, ahí sentada la tienen todos los días, todos los días” (Delia, 41 años, comerciante del Mercado Pensador Mexicano).

“[Con respecto así creía que hubiera algo que los habitantes de la calle pudieran aportar a la sociedad] Nada, no, no, no, nada, para mí no aportan nada, ¿eh?... y para la sociedad tampoco” (Trini, 61 años, propietaria de un puesto de periódicos).

Tales argumentos, como ya hemos apuntado, evidencian aún más tácitamente la imperante inconformidad, desazón y molestia que produce en varios de los vecinos y comerciantes de la zona la permanencia de los habitantes de la calle.

Sin embargo también hay otros testimonios que rescatan más bien ha sido la incidencia de un cierto sentimiento ambivalente en personas que expresan tolerancia e incluso tener cierta disposición para ayudar, pero tal ayuda está condicionada a las actitudes de los habitantes de la calle.

“Yo no estoy en contra de eso, ¿no? O sea digo, a final de cuentas son seres humanos, pero... pues, ensucian la calle”(Joan, 48 años, propietario de un taller de instrumentos próximo a la Plaza Aquiles Serdán).

“Pues mientras no hagan... desfiguros y...mantengan limpio su espacio no tengo ningún problema, y que no se metan con la gente [...] De igual forma, apoyar en lo que podamos, en lo que está a nuestro alcance, pero siempre y cuando pongan de su parte, ¿no? porque digo si tú les, los apoyas o les das y nada más los quieren para seguir en...en sus vicios o en sus malos pasos, pues para qué, ¿no?, que pongan de su parte también ellos” (Osvaldo, 21 años, Estudiantes y visitante recurrente de la Plaza La Conchita).

No debe descartarse la posible intención de alguno de los entrevistados de querer adherirse a los parámetros de deseabilidad social¹¹.

Aun así, casi todos los entrevistados que dicen ya haberse acostumbrado a la presencia de los habitantes de la calle, también admiten no terminar de aceptarles y tienen un concepto predominantemente desaprobatorio de ellos y, más específicamente, de sus acciones.

5.1 Formas de representar al habitante de la calle

El balance del análisis de la información obtenida en cada una de estas categorías nos ha llevado a la inferencia de al menos cuatro tipos de representaciones sociales en torno a los habitantes de la calle que ocupan las Plazas Aquiles Serdán y La Conchita, siendo estas las siguientes:

a) Recelosa

Responde a un sentimiento de temor, desconfianza o sospecha (Diccionario OCEANO, s.a), en este caso, para con el habitante de la calle. Las personas que la poseen admiten *evitarlos* y sentir *desconfianza* hacia su persona. Los asumen *agresivos* y *asocian con actitudes criminales*.

¹¹ La deseabilidad social responde a la tendencia de los entrevistados de responder acorde a lo que consideran o saben es socialmente acreditable o esperado.

Confiesan tener constantemente una sensación de *riesgo latente o potencial* pese a que ninguno refiere tener certeza a ciencia cierta de que los actos delictivos importantes en la zona los involucren necesariamente a ellos.

b) Aversiva

Se le llama *aversión* la “oposición o repugnancia que se tiene a alguna persona o cosa” (Diccionario OCEANO, s.a).

Se manifiesta en el *desagrado* o *repulsión* que expresan tener los entrevistados hacia los habitantes de la calle y sus prácticas. Externan *intolerancia*, *desaprobación*, *coraje* y una *inconformidad* general por su permanencia en el espacio y con la ayuda “inmerecida” que reciben recurrentemente; además les atribuyen muchas veces *flojera*, *mediocridad*, *ignorancia*, *debilidad moral*, *malvivencia*, *insalubridad*, *vandalismo*, *obscenidad* y *drogadicción*. **Los llaman “vagos”, “indigentes”, “inútiles”, “flojos”, “malvivientes”, “lacras”, “drogadictos”, etc. Los responsabilizan de su condición y del deterioro del espacio, de la reducción de ventas de sus locales y la inseguridad de la zona. Los evitan y reprenden en ocasiones. Y proponen soluciones contundentes como correrlos –por los medios que sean– o internarlos, aunque encuentran poco probables cualquiera de estas alternativas.**

c) Flexible

La flexibilidad tiende a referirse a una cierta maleabilidad y disposición para adquirir nuevas formas o adaptarse. En este caso el término nos vale para describir a quienes han asumido una actitud *menos severa*, *más tolerante* y/o *empática* que el resto hacia los habitantes de la calle. Estas personas tienen una percepción, si bien no del todo aprobatoria, si más *compasiva* respecto a ellos. Esto, dicen, porque a pesar de que les disgustan o no aprueban del todo ciertas acciones que ellos realizan en el espacio público, entienden que no hay otro lugar en el ellos puedan estar y que si se encuentran en esas circunstancias es debido a problemas familiares, económicos u otras circunstancias adversas, no dejando toda responsabilidad a ellos, pese a que no descartan que, en efecto, haya también a quienes les es más cómodo no hacer nada por salir de esa situación en la que se encuentran.

Son considerados respecto a las condiciones de vida de los habitantes de la calle y sus necesidades. Algunos conviven con ellos esporádicamente o forman vínculos, pocas veces estrechos.

Los actores sociales entrevistados que comparten este tipo de representación eran minoría y con frecuencia resultaban tener:

1. algún grado de identificación, parentesco, interacción previa con los habitantes de la calle por su proximidad a los espacios que ellos ocupan o cuestiones laborales, que es el caso de algunos vecinos –los menos–; o
2. poco contacto durante visitas eventuales como ocurre en algunos casos de quienes acuden a las Plazas a brindarles algún tipo de asistencia–benefactores–.

d) Indiferente

La *indiferencia* consiste en la falta de afecto –positivo o negativo– o interés hacia algo o alguien (Diccionario OCEANO, s.a).

Hay quienes se decían “indiferentes” o argumentaban ya haberse habituado o acostumbrado a la presencia de los habitantes de la calle, lo que connota una cierta cotidianización o naturalización de su condición. No tienen inconveniente con su permanencia en el espacio en tanto no se involucren con ellos o hagan algo que los perjudique directamente.

Fue más común encontrarle entre chicos de 18 a 24 años.

En el discurso de una misma persona podían converger dos diferentes tipos de representaciones sociales, generalmente la flexible y la aversiva o la recelosa.

VI. Conclusiones

En este trabajo nos propusimos indagar sobre la representación social que se tiene de las personas que ocupan y significan los espacios públicos como su hogar, es decir: que los habitan; y, a partir de lo anterior, aproximar una explicación acerca de los factores que a veces propician su exclusión social. Considerando esta una problemática compleja que se gesta dentro de las relaciones y, particularmente, en las interacciones cara a cara. Esta

aproxima a muchas personas, y en este caso a los Habitantes de la Calle, a una situación vulnerable o de desventaja que termina por expulsarlos de la dinámica social.

A continuación presentaremos un balance de las principales conclusiones a las que llegamos y, luego, hablaremos brevemente de las pertinencias y limitaciones que encontramos en las teorías sobre la discriminación para abordar nuestro problema de investigación. Finalmente, también mencionaremos algunos aspectos que quedaron por resolver y algunas consideraciones que, creemos, debieran tomarse en cuenta en trabajos posteriores.

Principales resultados

Corroboramos que la vida en la calle está predominantemente asociada a categorías negativas – como mediocridad, holgazanería, libertinaje, impudor, anti higiene, violencia y delincuencia–, desde un análisis interpretativo basado en la intercepción de las aportaciones de autores como Irving Goffman, Henri Tajfel o Sara Douglas, debido a que se percibe alejada de los valores y normas generales de la cultura occidental. Y, en tanto que en el bagaje social los habitantes de la calle no respetan las convenciones sociales, están sujetos a un rechazo y desaprobación social “justificados”.

Sin embargo, antes que exclusión social, nos topamos con procesos de discriminación hacia el habitante de la calle que responden a la percepción que se tiene sobre la apariencia, el peculiar estilo de vida y los rasgos de temperamento que se le atribuyen y que no siempre se corresponden tácitamente con el verdadero atavío de los habitantes de la calle.

Esta apremiante discriminación también tiene implicaciones importantes en la vida de los habitantes de la calle en tanto que, sin importar los motivos por los que se encuentren en esa situación, están constantemente expuestos a una estigmatización de la que son conscientes llevándolos esto, muchas veces, a reorientar sus actitudes, asumiendo aquellas que reafirman su condición de estigmatizado. Varias de las conductas anticanónicas en las que, en efecto, con frecuencia inciden algunos habitantes de la calle son resultado de la introyección del estigma social y la asimilación de la discriminación de los que son objeto cotidianamente. Otras tantas –como tener que dormir en las plazas, generar basura, defecar y orinar a la

intemperie— se deben, en esencia, a que no tienen forma de eludirlas ni demasiadas alternativas para suplir sus necesidades básicas fisiológicas o de asilo.

Además, en respuesta a nuestra principal pregunta de investigación —¿cuál es la representación social del habitante de la calle en el Centro Histórico?—, encontramos la existencia de al menos cuatro tipos de representaciones sociales sobre el habitante de la calle. Estas fueron: una *recelosa*, una *flexible*, una *aversiva* y otra *indiferente*.

En quienes tienen una representación recelosa a cerca de ellos, los habitantes de la calle, despiertan miedo, sospecha e incertidumbre y, por tanto, asumen actitudes evasivas, cautelosas, de sospecha o defensivas ante ellos. En cambio, quienes asumen una postura más flexible se prestan más a interacciones cara a cara, sostienen relaciones laborales o de convivencia cotidiana, aunque con límites bien establecidos y una marcada diferenciación, tienen una percepción menos severa respecto a ellos, pero aún así no aprueban del todo que se mantengan en las plazas y/o algunas de las actividades que realizan ahí.

Quienes se forman una representación predominantemente aversiva tienden más a la confrontación o se limitan a expresar abiertamente su intolerancia e inconformidad respecto a la permanencia de los Habitantes de la Calle, a quienes generalmente perciben como flojos, mediocres, agresivos, inmorales, sucios e invasores del espacio público y proponen medidas drásticas para erradicarlos.

Y, finalmente, la indiferente corresponde a personas que afirman no tener una postura definida sobre los Habitantes de la Calle, simplemente son conscientes de su presencia, pero no se sienten demasiado aludidos por ello e intentan mantenerse al margen.

Equiparablemente hallamos cuatro formas de representar los espacios que ocupan o concurren los Habitantes de la Calle, resultando estas representaciones ser: una *negativa*, una *nostálgica*, una *ambivalente*, y otra *condescendiente*. En todas estas representaciones influyen los usos que ellos hacen de estos lugares. Es decir, que las representaciones halladas a cerca de las plazas públicas Aquiles Serdán y La Conchita no son independientes a las representaciones vigentes sobre los Habitantes de la Calle y sus prácticas.

En el caso de la representación negativa de los espacios, la permanencia de los Habitantes de la Calle en esos sitios los hace ver sucios, deteriorados e inseguros ante los ojos de la mayoría de los vecinos y demás actores sociales en la zona entrevistados. Quienes evocan con nostalgia múltiples recuerdos a cerca de las plazas y expresan tristeza al percatarse de sus condiciones actuales que consideran muy distintas a las de antes coinciden, precisamente, en una representación nostálgica sobre esos lugares –mucho más notoria en el caso de la Plaza Aquiles Serdán–. En la ambivalente convergen características de la representación negativa y la nostálgica.

Adicionalmente, dimos cuenta de que verdaderamente existe una apropiación del espacio por parte de los habitantes de la calle que han configurado el área comprendida por las Plazas Aquiles Serdán y La Conchita como *su* hogar y han impreso en ellas diferentes significados.

Además de haber construido ahí redes que les permiten considerarse parte de un grupo y, gracias a ello, hacerse de una identidad colectiva que los lleva a autodefinirse como miembros de una extensa familia. Dicho proceso identitario pudo estar motivado por una necesidad de pertenencia y reafirmación, propia de cualquier persona.

Las interacciones que establecen con otras personas que frecuentan las plazas generalmente están mediadas por disputas por el espacio y son a veces de carácter más receloso –por parte de los demás actores sociales– y en ocasiones hostil e intolerante –aunque con mucha menor frecuencia–. Sin embargo, sí entablan relaciones de amistad y cooperación con otros, siendo estas ordinariamente de tipo laboral o benefactor-beneficiario.

Aportes y limitaciones teóricas

Las aportaciones teóricas de los autores consultados para este trabajo ya han sido retomadas antes y mostrado ser competentes, por su valor intelectual, en muchos otros trabajos para explicar fenómenos diversos.

En nuestro caso, conceptos como estigma, fachada, modales, desacreditable y desacreditado, contaminación y prejuicio, etcétera, se aproximaban de una forma muy afín a nuestro fenómeno de estudio y ello fue útil para la interpretación y análisis de los datos que obtuvimos

y fueron guía para la categorización de nuestra principal variable, que fue la representación social del habitante de la calle.

Pudimos constatar que la discriminación hacia el Habitante de la Calle es resultado de considerarlo un desviado social, de no acatar las convenciones sociales. La generalización de los aspectos negativos suelen aplicarse a todos los miembros del grupo por igual.

Pero hubo otros aspectos interesantes emergentes durante el proceso de la investigación igual de relevantes que no alcanzamos a abordar o aproximar una explicación satisfactoria y suficiente partiendo exclusivamente de estas aportaciones teóricas.

Discusiones para futuras investigaciones

Es importante seguir indagando acerca del rol que puede jugar la familia como mediadora de las actitudes discriminatorias hacia ellos. Hubo quien nos comentaba que incluso sus hijos pequeños hacían comentarios descalificadores hacia el Habitante de la Calle.

No tratamos de justificar las conductas discriminatorias hacia los Habitantes de la Calle, pero estas son resultado de las representaciones que se forman sobre ellos y en ellas tienen un importante grado de incidencia las representaciones de lo socialmente “correcto” o “incorrecto” que muchas veces responden a los aprendizajes adquiridos en el núcleo familiar desde edades muy tempranas. Algo muy similar, suponemos, puede aplicar en diversos fenómenos psicosociales, principalmente en aquellos que implican alguna forma de discriminación.

Los habitantes de la calle, en tanto muestran tener consciencia del estigma del que son objeto, se permiten *a veces* lucrar con este y/o “jugar con la norma”, es decir, que piden explícitamente dinero o ayuda adicional a la que las personas que acuden a las plazas les brindan apelando a argumentos que recrudecen más de lo necesario su situación¹² y entre

¹² NOTA IMPORTANTE: Sin embargo, esto no significa que no requieran esa ayuda o que su realidad no sea conflictiva, sino que, más bien, se apoyan de ese recurso para garantizársela. Si bien es cierto que con frecuencia, por estar establecidos en esas plazas públicas en las que son visibles, reciben asistencia comunitaria de voluntarios independientes o de distintas organizaciones, incluyendo la ayuda que les brinda el comedor comunitario varias veces por semana –no todos los días–, difícilmente logran soslayar suficientemente todas sus necesidades.

bromas o comentarios no necesariamente mal intencionados insinúan satíricamente sí ser capaces, por ejemplo, de robar o asaltar a alguien, robarle un beso o privarle de su libertad, sin embargo, también hacen explícito su rechazo o desaprobación hacia ese tipo de acciones y verdaderamente existe muy poca evidencia a cerca de que ellos incurran en ellas. De hecho, al menos durante toda nuestra estadía en el trabajo de campo no nos topamos ni recibimos testimonios fidedignos de alguna situación infortunada que los involucrara. Y, por el contrario, en nuestros encuentros con ellos recibimos de su parte un trato mayormente cordial y respetuoso, salvo a las permisiones menores que esporádicamente se permitían al hacer comentarios como “buscan novio? Con lo que a mí me urge una novia”, “¿Qué ganamos?, ¿nada? un beso tan siquiera, ¿no?” y de los que, apenas notaban la incomodidad que generaban, preferían retractarse y desistir. La mayoría de ellos inclusive mostró una disposición honesta para colaborar con nosotras mayor a la de algunos vecinos de la zona, aún antes de pedirles su participación, y varios más hicieron explícita su gratitud por la disposición que veían en nosotras para conversar con ellos.

Consideramos también de suma importancia, y por ello no descartamos dar seguimiento a trabajos afines que permitan el posterior fomento de la creación de políticas públicas que respondan adecuadamente a aquellas necesidades primarias de los habitantes de la calle que siguen sin resolver y los restriñimientos a los que están expuestos –como el decadente estado de los albergues con lo que todos coinciden, la falta de un baño y lugar dónde acerarse, –. Lo anterior sin incurrir tan terminantemente en un asistencialismo paliativo que muchas veces sólo consigue agravar y alimentar el descontento del resto de las personas que observan con desaprobación esa clase de ayuda “regalada” y que consideran “injusta”, pero que realmente no contribuye a aminorar el problema de fondo.

Consideraciones finales

Es obligatorio tratar de ir más allá de las meras especulaciones sobre la situación de los Habitantes de la calle para tener una mayor comprensión –hablando de vecinos, comerciantes y transeúntes–. Y si bien hay estudios que abordan la complejidad de la vida en la calle, esto se hace casi siempre desde el ámbito académico y no ha logrado filtrarse en la vida social en

forma de propuestas adaptativas que logren trascender y contribuir a contrarrestar los fenómenos discriminatorios.

Identificamos que para aproximar alternativas efectivas que respondan a las problemáticas que enfrentan las personas en situación de calle –que consideramos relevantes– y las demandas de los vecinos, comerciantes, empleados de la zona no basta, en absoluto, la ayuda asistencialista –que, por cierto, favorece la creciente inconformidad existente respecto a la permanencia de los habitantes de la calle en las plazas públicas de la CDMX–, evidentemente se requiere mucho más que ello.

Se trata de una situación sumamente compleja, principalmente porque compromete creencias, aprendizajes, ideologías e incluso las mismas representaciones sociales sobre los habitantes de la calle que apuntamos en este trabajo impregnadas en el sentido común de muchas personas y que muy difícilmente podrán modificarse.

Sin embargo, consideramos que un buen inicio sería, esperando no sonar demasiado optimistas, emprender el fomento de negociaciones y acuerdos entre vecinos y habitantes de la calle que favorezcan una mayor integración social, así como una conciencia crítica quizás no empática –porque posiblemente sea difícil–, pero sí más flexible o tolerante y la apertura a que existen diversas preferencias y estilos de vida y formas de hacer frente a situaciones adversas¹³, alternativas a las convencionales, que no necesariamente tienen que resultar amenazantes o perjudiciales para nuestras vidas.

Tal vez, para quienes estén dispuestos a –y comprobamos que los hay–, brindar una consistente atención psicológica gratuita y poner en marcha programas efectivos de reinserción social, rehabilitación y prevención ante la farmacodependencia y el alcoholismo que no busquen imponer una norma sino abordar estos problemas de forma integral considerando inclusive la situación emocional de los actores sociales habitantes de la calle que, indudablemente, sí incide en la predisposición de muchos de ellos para adoptar algún

¹³ Cuando no se cuenta con los recursos emocionales suficientes la sola voluntad de las personas para reponerse a un shot emocional puede no bastar para que haya una respuesta resiliente. Además, ¿cómo decir a una persona que perdió a su hijo dolosamente, a su esposa, su trabajo y al resto de su familia que está exagerando?

tipo de adicción e inclusive en la manifestación de una latente “falta de voluntad” a la que muchos de nuestros entrevistados –habitantes y no habitantes de la calle– hacían referencia.

Además, considerando incluso algunos testimonios, sería bueno hacerlos partícipes de esos cambios –rehabilitación, aseo, embellecimiento y mantenimiento– que tanto requieren el resto de las personas en la zona para mejorar, en conjunto, la ciudad y la percepción que se tiene de las plazas públicas que los habitantes de la calle ocupan.

Adicionalmente valdría la pena considerar una posible diferenciación entre habitantes de la calle ancianos, hombres, mujeres, niños, porque, aunque no apareció en nuestra investigación tan explícitamente si puede haberla en otros contextos o respecto a situaciones concretas.

Es curioso que no hayamos tenido oportunidad de entrevistar algún policía, fuera de las breves entrevistas que tuvimos oportunidad de entablar con oficiales de vigilancia del colindante Palacio de Bellas Artes (que habitualmente están más acostumbrados a dialogar con la gente, responder dudas, dar referencias o instrucciones para llegar a otros sitios, en fin).

Referencias bibliográficas

Abrams, Dominic, Julie Christian & David Gordon (2007). *Multidisciplinary handbook of social exclusion research*. Inglaterra: Wiley.

Aguilar, Rubén (2017). “Pobreza y pobreza extrema”. En *El Economista* [En línea]. Recuperado de: [[https://www.eleconomista.com.mx/opini3n/Pobreza-y-pobreza-extrema-20170919-0013.html](https://www.eleconomista.com.mx/opinion/Pobreza-y-pobreza-extrema-20170919-0013.html)]. Fecha de consulta, Octubre, 2017.

Arellano, Carmen (2002). Una mirada a la calle: Descripción etnográfica de un grupo de jóvenes en situación de calle (Tesis de licenciatura). UAMI.

- Ariza, Marina (Coord.). (2016). *Emociones, afectos y sociología: Diálogos desde la investigación social y la interdisciplina*, México: UNAM. También disponible en:[http://ru.iis.sociales.unam.mx/jspui/bitstream/IIS/5233/4/emociones_afectos_c.pdf].
- Barreat, Yariani (2007). Indigencia: un síndrome biopsicosocial [en línea].pp. 162-170. Recuperado de: [<http://www.saber.ula.ve/bitstream/123456789/14897/1/capitulo16.pdf>]
- Bayón, Cristina (2015). La construcción del otro y el discurso de la pobreza: Narrativas y experiencias desde la periferia de la ciudad de México [en línea]. *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 60(223), pp.357-376. Recuperado de: [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0185-19182015000100013&script=sci_arttext&tlng=en].
- Berger, Peter & Thomas, Luckmann (2013). *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Calcagno, Luis (1999). *Los que duermen en la calle. Un abordaje de la indigencia extrema en la Ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires: s.n.
- Cambiasso, Mariela (2015). Consideraciones críticas sobre la teoría de la estructuración de Anthony Giddens. *Athenea Digital. Revista De Pensamiento E Investigación Social* [En línea], 15(3), 217-232. Recuperado de: [<http://atheneadigital.net/article/view/v15-n3-cambiasso/1406-pdf-es>]. Fecha de consulta: Septiembre, 2017. DOI: <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.1406>.
- Carrascal, Oscar & William Tamayo (2009). Representación social del habitante en situación de calle. *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, 1(1), pp.7-34
- Carrascal, Oscar & Marta Londoño (2010). Representaciones sociales del habitante de la calle. *Universitas Psychologica*, [en línea] 9(2), pp.345-355. Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=64716832004>
- Castells, Manuel (1974). *La cuestión urbana* (1st ed.). España: Siglo XXI.

- CDMXtravel. (s.f). Convento y Plaza de la Concepción. Disponible en:
[<http://cdmxtravel.com/es/lugares/convento-y-plaza-de-la-concepcion.html>].
Fecha de consulta: Abril, 2018._
- Centurión, Stella (2015). Exclusión social en adolescentes: una mirada desde las emociones positivas y resiliencia (Tesis de grado). UDELAR. También disponible en:
[http://sifp1.psico.edu.uy/sites/default/files/Trabajos%20finales/%20Archivos/trabajo_final_de_grado-monografia_monica_centurion.pdf]. Fecha de consulta: Septiembre, 2017.
- Chóliz, M. y Gómez, C. (2002). Emociones sociales II (enamoramamiento, celos, envidia y empatía). En F.Palmero, E.G: Fernández-Abascal, F. Martínez y M. Chóliz (eds.), *Psicología de la Motivación y Emoción* (pp. 395-418). Madrid: McGrawHill. También disponible en:
[<https://www.uv.es/=cholz/EmocionesSociales.pdf>].
- Conangla, M. & J. Soler (2014). *Ecología Emocional para el nuevo milenio: El arte de reinventarse a uno mismo*. Barcelona: Amat.
- Consejo Nacional de Población (s.f). *Índice absoluto de marginación 2000-2010*. [En línea]. Recuperado de:
[<http://www.conapo.gob.mx/work/models/CONAPO/Resource/1755/1/images/01Capitulo.pdf>]. Fecha de consulta: Octubre, 2017.
- Contreras, Paula, et al. (2007). Las nuevas formas de prejuicio y sus instrumentos de medida. En *Revista de Psicología [En línea]*. 16(1): Pp. 69-96. Recuperado de:
[<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=26416103>]. Fecha de consulta: Agosto, 2017.
- Cordera, Rolando, Patricia Ramírez & Alicia Ziccardi (Coord.). (2008). *Pobreza, desigualdad y exclusión social en la ciudad del siglo XXI*. México: SIGLO XXI.
- Correa, Marta (2007). La otra ciudad-Otros sujetos: los habitantes de la calle. *Revista del Departamento*, Issue 9, pp. 37-56.

De Alba, Martha (2017) *Estudios de representaciones socio-territoriales en México*. Notas para curso.

Douglas, Mary (1973). *Pureza y peligro: Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Madrid: Siglo XXI de España.

El Economista (2017). El 43.6% de los mexicanos vive en situación de pobreza: Coneval. [En línea]. Recuperado de: [<https://www.eleconomista.com.mx/economia/El-43.6-de-los-mexicanos-vive-en-situacion-de-pobreza-Coneval-20170830-0151.html>]. Fecha de consulta: Noviembre, 2017.

Espinosa, Agustín. & Cueto, Rosa Ma. (2014). Estereotipos raciales, racismo y discriminación en América Latina. En: E. Zubietta, J.F. Valencia & Delfino, G. (Coords). *Psicología social y política. Procesos teóricos y estudios aplicados* (pp. 431-442). Buenos Aires: EUDEBA. Recuperado de: https://www.researchgate.net/publication/277332573_Estereotipos_Raciales_Racismo_y_Discriminacion_en_America_Latina]. Fecha de consulta: Enero, 2018.

Etxebarria, I. (2008). Emociones sociales. En *Motivación y Emoción*. Madrid: McGraw-Hill. Pp. 275-314. También disponible en: [https://www.researchgate.net/publication/264910427_Etxebarria_I_2008_Emociones_sociales_En_P_Palmero_y_F_Martinez_Sanchez_Coors_Motivacion_y_Emocion_pp_275-314_Madrid_McGraw-Hill_ISBN_978-84-481-6101-9].

Fernández, Ivan (2010). La imagen de los vagabundos en la prensa. Persistencia de un estereotipo inmemorial. *Aposta. Revista de Ciencias Sociales*, [en línea] (44), 1-17. Disponible en: [<http://www.redalyc.org/pdf/4959/495950240004.pdf>].

Fernández, Pablo (1994). *La psicología colectiva un fin de siglo más tarde*. Colombia: Anthropos.

- (2000). *La afectividad colectiva como conocimiento de la realidad Social* [En línea]. Recuperado de: [<http://luishurtado.net/wp-content/uploads/2014/04/118363852-La-Afectividad-Colectiva.pdf>]. Fecha de consulta: Septiembre, 2017.
- García, Federico (1996). *Psicosociología de la indigencia: un estudio de caso* (Tesis de licenciatura). UAMI.
- García, Néstor (2003). Entrada. En *culturas híbridas. Estrategias para entrar y salir de la modernidad*. México: Grijalbo.
- Garfinkel, Harold (2006). *Estudios en etnometodología*. España: Anthropos.
- Garrido, Alicia & José Luis Alvarado. (2007). *Psicología social: perspectivas psicológicas y sociológicas*. Madrid: McGRAW-HILL
- Garrido, Rocío, Violeta Luque-Ribelles & Manuel García-Ramírez, et al. (2013). La Investigación-Acción Participativa como Estrategia de Intervención Psicosocial. En *Manual de intervención comunitaria en barrios* [En línea]. Pp. 103-122. Recuperado de: [http://nadiesinfuturo.org/IMG/pdf/Manual_de_intervencion_comunitaria_en_barrios_2.pdf]. Fecha de consulta: Agosto, 2017.
- Geertz, Clifford (1994). *Conocimiento local: Ensayos sobre la interpretación de las culturas*. Barcelona: Paidós básica.
- Giglia, Ángela (2012). *El habitar y la cultura* (1a edición). Barcelona: Anthropos.
- Goffman, Erving. (2006). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires-Madrid: Amorrortu editores.
- Hernández Roberto, Carlos Fernández y Pilar Baptista (2006). Diseños de investigación-acción. En *Metodología de la Investigación*. Pp. 496-501. México: McGraw-Hill Interamericana.
- Huici, Carmen, et al. (Coord.). (2012). *Psicología de los grupos*. Madrid: UNED
- Ibáñez, Tomas (2004). *Introducción a la psicología social*. Barcelona: UOC.
- (1988). Representaciones sociales: teoría y método. En *Ideologías de la vida cotidiana*. Barcelona: Sendai.

- Jodelet, Denise (1986). La representación social: fenómenos, concepto y teoría. En *Psicología social II*. Barcelona: Paidós.
- Joseph, Isaac (1999). *Erving Goffman y la microsociología*. Barcelona: Gedisa.
- Lindón, Alicia (2006), “Territorialidad y género: una aproximación desde la subjetividad espacial” en M. A. Aguilar y P. Ramírez (coords.), *Pensar y habitar la ciudad. Afectividad, memoria y significado en el espacio urbano contemporáneo*, Barcelona: Anthropos.
- Lipovietsky, Gilles (2002). *Metamorfosis de la cultura liberal*. Barcelona, España: Anagrama.
- López-Cabanas, Miguel & Fernando Chacón (2003). *Intervención psicosocial y servicios sociales: Un enfoque participativo*. Madrid: Síntesis.
- Makowski, Sara (2007). Ciudad de México: territorios de la exclusión [en línea]. *Espaço Plural*, 8(17).
- (2010). *Niños, niñas, adolescentes y jóvenes en situaciones de calle. Elementos para repensar las formas de intervención* [En línea]. Recuperado de: [http://www.prevenciondelaviolencia.org/system/files/recursos/16_ninos_ninas_adolescentes_y_jovenes.pdf]. Fecha de consulta: Septiembre, 2017.
- (2010). *Jóvenes que viven en la calle*. Siglo XXI Editores: Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa
- Martín, Alejandro (2011). Diferentes prismas para estudiar la exclusión social. Marco teórico y propuesta de re concepción de la exclusión basada en el sujeto. En *Revista Documentos de trabajo social* [en línea]. 8(49). Pp. 110-124. Recuperado de: [http://www.trabajosocialmalaga.org/revista_dts_numeros/DTS_49.pdf]. Fecha de consulta: Junio, 2017.
- Martinez, Emilio (2014). Configuración urbana, habitar y apropiación del espacio. En *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, Volumen 18, pp. 1-21.

- *Martínez, M. (1996). Algunos problemas de las políticas públicas de empleo dirigidas a los colectivos con mayores dificultades de inserción. En *IV Encuentro Internacional sobre Servicios Sociales: Exclusión e Intervención social*. Valencia.
- Mazettelle, Liliana & Clelia Tomarchio (s.f.). *La ciudad narrada por los chicos que habitan las calles de la ciudad* [en línea]. Pp. 1-23. Recuperado de: [<http://www.historiaoralargentina.org/attachments/article/eho2009/Historialocal/Mazettelle-Liliana.pdf>]. Fecha de consulta: Diciembre, 2017.
- Monreal, Pilar (1996). *Antropología y pobreza humana*. Madrid, España: Los libros de la catarata.
- Morales, J. Francisco, et al. (2007). *Psicología social*. México: McGraw. Pp. 124-319.
- Morin, Edgar (2003). *La identidad humana*, Círculo de Lectores, Barcelona.
- Moscovici, Serge (1979). El psicoanálisis, su imagen y su público, Buenos Aires, Huemul.
- Navarro, oscar & William Tamayo (2011). Representación social del habitante en situación de calle. En *Revista de Psicología Universidad de Antioquia*, [s.l.], p. 7-34. Recuperado de: [<http://aprendeonline.udea.edu.co/revistas/index.php/psicologia/article/view/10025>]. Fecha de consulta: Enero, 2018.
- Navarro, oscar & Marta Gaviria (2010). Representaciones sociales del habitante de la calle. En *Universitas Psychologica*, [S.l.], 9[2], p. 345-356. Recuperado de: [<http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/revPsycho/article/view/259>]. Fecha de consulta: Enero, 2018.
- Nieto, Carlos & Silvia Koller (2015). Definiciones de Habitante de Calle y de Niño, Niña y Adolescente en Situación de Calle: Diferencias y yuxtaposiciones. En *Acta de Investigación Psicológica – Psychological Research Records* [en línea], 5(3), pp. 2162-2182. Recuperado de: [[http://www.psicologia.unam.mx/documentos/pdf/actas_ip/2015/articulos_c/Acta_Inv_Psicol_2015_5\(3\)_2162_2181_Definiciones_de_Habitante_de_Calle_y_de_Nino_Nina_y_Adolescente.pdf](http://www.psicologia.unam.mx/documentos/pdf/actas_ip/2015/articulos_c/Acta_Inv_Psicol_2015_5(3)_2162_2181_Definiciones_de_Habitante_de_Calle_y_de_Nino_Nina_y_Adolescente.pdf)]. Fecha de consulta: Diciembre, 2017.

- Nussbaum, Martha (2012). *Crear capacidades: Propuesta para el desarrollo humano*. España: Grupo planeta.
- (2014). *Emociones políticas*. México: Paidós.
- Ortega, Norma, Gualberto Reyes, Ximena Vargas & Ana Rivera (2009). *Percepción de la ciudadanía hacia los indigentes en Pachuca Hidalgo* [en línea]. Recuperado de: [<http://repository.uaeh.edu.mx/bitstream/handle/123456789/12177>]. Fecha de consulta: Diciembre, 2017.
- Ossa, Luis (2005). “Adolescentes en situación de calle: construcción de identidad en situación de extrema vulnerabilidad. Un acercamiento cualitativo” (tesis de maestría). Santiago: Universidad de Chile.
- Pérez, Karlos & Marlen Eizagirre (2006). Exclusión social. En *Diccionario de Acción Humanitaria y Cooperación al Desarrollo*. Recuperado de: [<http://www.dicc.hegoa.ehu.es/listar/mostrar/96>]. Fecha de consulta: Noviembre, 2017.
- Pérez, Maricela (2003). A propósito de las representaciones sociales. Apuntes teóricos, trayectoria y actualidad. La Habana: CIPS [en línea]. *Recuperado de* http://biblioteca.clacso.org.ar/Cuba/cips/20130628110808/Perera_perez_repr_sociales.pdf
- Pérez, Ruth (2012). *Vivir y sobrevivir en la Ciudad de México* (1. edición). CDMX: Plaza y Valdes.
- Pol, Enric (1996). La apropiación del espacio. En *Cognición, representación y apropiación del espacio*. Barcelona: Publicacions Universitat de Barcelona.
- Ratto, Cristina. (2012). La ciudad dentro de la gran ciudad. Las imágenes del convento de monjas en los virreinos de Nueva España y Perú. En *Anales del Instituto de*

Investigaciones Estéticas. 31(94), pp. 59-92. Disponible en:
[<http://www.analesiie.unam.mx/index.php/analesiie/article/view/2285/2624>].

Fecha de consulta: Abril, 2018.

Raya, Esther (2006). *Indicadores de exclusión social. Una aproximación al estudio aplicado de la exclusión*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco.

Red de Investigaciones y Estudios Avanzados en Trabajo Social A. C. (2016). *Primer censo y diagnóstico social de poblaciones callejeras de la delegación Cuauhtémoc 2016, CDMX* [En línea]. Recuperado de:
[<https://www.cuauhtemoc.cdmx.gob.mx/archivos/CensoPoblacionesCallejeras2016.pdf>]. Fecha de consulta: Octubre, 2017.

Restrepo, André (2016). El ser humano al límite: una mirada reflexiva al habitante de la calle. En *Drugs and Addictive Behavior*. 1(1), pp. 89-100.

Ribeiro, Luci (2009). La percepción de lo extraño. Contribuciones teóricas para la comprensión de los procesos de exclusión social: Simmel, Schütz, Elías y Zygmunt Bauman. En *Sociedad Hoy* [En línea]. Recuperado de:
[<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=90219257010>]. Fecha de consulta: Septiembre, 2017.

Rodríguez, Gregorio, Javier Gil & Eduardo García (2004). *Metodología de la Investigación Cualitativa*. La Habana: Félix Varela.

Rodríguez, Sara, et al. (2010). *Investigación Acción* [En línea]. Recuperado de:
[https://www.uam.es/personal_pdi/stmaria/jmurillo/InvestigacionEE/Presentaciones/Curso_10/Inv_accion_trabajo.pdf]. Fecha de consulta: Agosto, 2017.

Salazar, María (coord.) (2006). *La investigación-acción participativa: Inicios y desarrollos*. Madrid: Popular.

- Sánchez, Ana & Mercedes Jiménez (2013). Exclusión social: fundamentos teóricos y de la intervención. En *Trabajo social global. Revista de investigaciones en intervención social*. 3(4): Pp. 133-156. Recuperado de: [http://digibug.ugr.es/bitstream/10481/30361/1/TSG%20V3_N4_9.%20S.AI%C3%ADas%20%26%20Jim%C3%A9nez.pdf]. Fecha de consulta: septiembre, 2017.
- Sánchez, Isabel (2015). *Un rostro de la exclusión social: Infancia callejera* (Tesis de licenciatura). UAMI.
- Santillán, Rafael & Fátima Palacios (2014). Niño de calle: representación social del concepto en Guadalajara y Ciudad de México. *Psicología Iberoamericana*, [en línea]. 22(2), pp.54-63. Recuperado de: [http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=133938134007]. Fecha de consulta: Noviembre, 2017.
- Saraví, Gonzalo (2007). Nuevas realidades y nuevos enfoques: exclusión social en América Latina. En *De la pobreza a la exclusión. Continuidades y rupturas de la cuestión social en América Latina*. Buenos Aires, Argentina: CIESAS.
- Sigmund, Freud. (1998). *El malestar de la cultura*. México: siglo XXI.
- Sosa, Raquel (2006). *Exclusión y conocimiento social* [en línea]. Recuperado de: [http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=86819557009]. Fecha de consulta: Agosto, 2017.
- Soto, Juan. (2000). Tres principios para la configuración de una psicología de lo complejo. En *Cinta moebio*[en línea]. pp. 159-168 Recuperado de: [http://www.revistas.uchile.cl/index.php/CDM/article/viewFile/26383/27682]. Fecha de consulta: Noviembre, 2017.
- Strickland, Rebeca (s.f.). La calle de los jóvenes en la Ciudad de México: territorios y redes de las poblaciones callejeras. *Rayuela* [en línea].pp. 122-128. Recuperado de:

[<http://codeni.org.mx/wp-content/uploads/2016/05/la-calle-de-los-jovenes-en-la-ciudad-de-mexico.pdf>]. Fecha de consulta: Noviembre, 2017.

Ulate, Gilbert (2012) “Espacio y territorio en el análisis geográfico. *Reflexiones* [en línea], 91 (1), pp. 313- 326. Recuperado de: [<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=72923937025>]. Fecha de consulta: Noviembre, 2017.

Vidal, Fernando (2007). *La agenda de investigación en exclusión y desarrollo social*. Madrid: Caritas española.

Wacquant, Loïc (2007). *Los condenados de la ciudad*. Buenos Aires: Siglo XXI.